

El regalo
más grande

MORUENA
ESTRÍNGANA

Copyright

EDICIONES KIWI, 2020
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, marzo 2020

© 2020 Moruena Estríngana
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Merche Diolch

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Carta a mis lectores y seres queridos](#)

A mis padres porque un padre es amor. No hay nada más poderoso que calme que el abrazo de un padre en tiempos de tormenta.
Os quiero.

Prólogo

La joven Dalia de quince años miraba el telediario con sus padres sin poder dejar de llorar. En él aparecía el hombre de treinta y dos años que había seducido a la preciosa niña con la firme idea de usarla para sus fines... Ella.

Dalia se acariciaba la tripa sintiendo que la ansiedad le hacía temblar. ¿Cómo no se había dado cuenta de que estaba jugando con ella? Había caído en el juego de un pederasta... La sedujo y robó su virginidad.

Por suerte, si se puede llamarlo así, el tema no fue a más porque su padre, un detective de policía retirado, lo investigó en cuanto vio el interés que mostraba por su única hija. Aunque llegó tarde, ya que no pudo impedir que su hija se fugara de casa y acabara acostándose con ese desgraciado.

Lo atraparon antes de que la convenciera o la presionara con el vídeo de su primera vez para que hiciera cosas que no deseaba hacer.

Todo acabó.

Ese desgraciado seductor de jovencitas iba a pasar muchos años en la cárcel.

Ahora tocaba remendar los destrozos que su paso había dejado por aquella humilde familia.

Lo que ninguno esperaba, es que Dalia estuviera embarazada y que acabara siendo una niña al cuidado de otra niña.

Esa niña se convertiría en el regalo más grande para todos, pero también un regalo que llegaba demasiado pronto y que llevaba consigo que la pequeña Dalia dejara su vida de lado... Sus sueños, sus proyectos de futuro, su vida dejó de ser prioritaria y, tal vez, fuera para siempre...

Crio a una niña con miedo a que repitiera sus errores, con temor a que pasara por un dolor tan grande como el suyo, sobreprotegiéndola en exceso cuando lo que en realidad necesitaba era caer para aprender a levantarse.

Y es que una sola acción, tiene un sinfín de consecuencias que, sin que te des cuenta, perduran de alguna forma en el tiempo para siempre... o hasta que se ponen sobre la mesa y se hablan.

El problema es que no siempre se sabe identificar la causa de tus males hasta que es demasiado tarde.

Capítulo 1

Lila estaba en el patio con su mejor amigo mirando como caía la noche. Su cabeza estaba apoyada en el hombro del chico y este, Brennan, la tenía abrazada.

—Va a ser lo mejor —dijo Lila tratando de contener el nudo de lágrimas que tenía en la garganta—. Necesito hacer esto sola.

—Y conmigo no puedes crecer como persona... Lo he entendido.

Lila se separó y lo miró a los ojos, esos iris verdes que la habían visto crecer.

—Seguiremos estando juntos...

—Pero desde la distancia. Lo he entendido. —Brennan observó en los ojos de su amiga las ganas que tenía de volar sola. De ir a la universidad sin amigos, sin familia... sin él. Su mejor amiga desde niños.

—Pero eso será mañana. Ahora... ¿Puedes abrazarme un poco más?

—Todo lo que quieras.

Lila se refugió en los brazos de su amigo, ese lugar del que no quería salir nunca y por eso sabía que si quería crecer como persona, debía hacerlo. Quería por primera vez ser fuerte para dejar de vivir entre algodones; pero no esa noche, esa noche podía seguir ahí, entre sus brazos, su burbuja... Donde no existía ni el tiempo, ni el espacio... Solo él, su querido Brennan.



Dalia veía, con lágrimas en los ojos que trataba de reprimir con todas sus fuerzas, como su hija de dieciocho años terminaba de hacer su maleta para irse a estudiar a la universidad. Casi toda su ropa era de colores atrevidos y alegres, ya que Lila siempre vestía con ropa atrevida en colores. En ese instante iba con un mono corto de color rosa chillón. Era su estilo personal y su madre siempre la comparaba con un ramillete de flores, alegre y vivo. Lleno de color. Lila era así: una explosión de color.

Mientras la miraba se preguntaba en qué momento dejó de ser su bebé para convertirse en esa mujer preciosa de cabello castaño y grandes ojos de color violeta.

Le costaba recordar la última vez que su hija encontró entre sus brazos todo su mundo, disfrutando pegada a ella mientras pasaban las horas. Todo había pasado tan rápido, que temía que esos momentos no volvieran y que la vida las llevara cada vez más lejos. Le partía el alma estar siendo testigo de cómo empezaba su separación y las excusas que aparecerían para verse solo una vez al año.

Eran buenas amigas, pero sabía que su hija hacía años que se guardaba una parte para sí misma. Tal vez la había protegido en exceso... El miedo a que sufriera lo mismo que ella, no la dejaba dormir, y ahora debería aprender a vivir con la ansiedad de no poder controlar lo que pasara en el día a día de su pequeña. Le asfixiaba que la engañaran, que viviera el desengaño que a ella le marcó tanto... pero aun así era consciente de que su hija necesitaba volar sola, alzar sus

alas. Lo sabía, era su madre, aunque Lila no se lo contara, ella lo veía. Otra cosa es que quisiera aceptarlo o entenderlo.

Lila la miró y comprobó que sus ojos relucían de felicidad. Estaba tan contenta por todo lo que iba a experimentar que Dalia se guardó todas sus preocupaciones. Su hija estaba a punto de vivir la vida que a ella le había sido vetada.

—Estaré bien —dijo Lila al ver a su madre.

Ella también conocía bien a su progenitora, y, aunque sabía que estaba sufriendo, por una vez quería ser egoísta. Quería pensar primero en ella, y no en todo lo que debía hacer para no angustiarse a su madre y a sus abuelos. Quería vivir, equivocarse... y saber si era capaz de levantarse sola sin la ayuda de nadie.

La habían protegido tanto desde que nació, que Lila se creía incapaz de poder resolver sola sus problemas, y, aunque ahora sonreía y mostraba felicidad, estaba aterrada. Le angustiaba no ser capaz de volar sin que nadie protegiera cada uno de sus errores.

Abrazó a su madre como hacía años que no lo hacía. Eran las dos igual de altas, pero, al contrario que Lila, que era morena, su madre tenía el pelo rubio dorado.

Lila se perdió en los brazos de su madre y sintió su hogar, se estaba tan bien ahí que temió perder las pocas fuerzas que tenía. Por eso se separó y se fue hacia la puerta donde sabía que su mejor amigo la esperaba en el coche para llevarla a su nuevo destino.

—Estaré bien —le dijo a su madre ya en la puerta de la casa.

—Lo sé.

—¿Y tú?

—Sí.

—Tal vez ha llegado el momento de que vuelas alto... sin mí. Solo tienes treinta y tres años y dicen que los treinta son los nuevos veinte, si casi tenemos la misma edad. —Dalia sonrió—. Nos vemos pronto mamá.

—Cuídate, pequeña.

Lila asintió y se marchó hacia el coche de Brennan dejando que Dalia cerrara la puerta de su casa e ignorando que su madre no había podido aguantar más, dejándose llevar por ese torrente de lágrimas que le había costado tanto retener.



Lila subió al coche de su mejor amigo Brennan; el moreno de ojos verdes la miró sabiendo que su amiga se hacía la valiente pero en realidad estaba cagada de miedo.

Se conocían desde que Brennan tenía un año. Cuando su madre se casó con el hermano del abuelo de Lila, eran familia política pero siempre se habían llamado amigos en vez de primos.

Brennan trataba a su padre adoptivo como tal, pero no tenía sus apellidos ya que, aunque su padre de sangre renunció a él, no lo hizo su familia y se llevaba muy bien con sus abuelos y tíos, por eso cuando tuvo edad de decidir qué apellido quería llevar, no quiso aceptar el de su padre adoptivo. No quería renunciar a su familia por mucho que su padre sí lo hubiera hecho con él.

—Estoy deseando empezar. Hay tanto por hacer, tanto por vivir... Me voy a comer el mundo.

—Esperemos que el mundo no te coma a ti.

Lila sacó la lengua a su mejor amigo. De los dos, ella era la alocada y él, el niño bueno y perfecto que nunca se saltaba una sola norma. Era tan correcto que a veces Lila se enfadaba con él por ser así, aunque siempre acababa por volver a su lado porque no era capaz de estar lejos de su amigo ni un solo día.

Ahora iban a vivir separados.

Él se iba a una casa de estudiantes que estaba a una media hora de la de ella andando, y todo porque Lila no había querido una casa de estudiantes los dos solos. Quería vivir lejos de él, porque Brennan era también una de esas personas que siempre evitaban sus caídas.

Lila era consciente de que esto había herido a su amigo, pero necesitaba hacerlo. Necesitaba vivir su vida.

Llegaron a la casa y Brennan le ayudó con la maleta.

Lila no se lo pensó dos veces y abrazó al chico con fuerza. Lo hizo porque sabía que lo echaría mucho de menos e ignorando como los latidos del joven latían con fuerza ante su contacto.

Brennan no recordaba el momento en el que sintió, al mirarla, que en verdad la amaba, pero la conocía mejor que nadie y sabía que Lila no sentía lo mismo, por eso se guardaba sus sentimientos, porque perderla era más doloroso que amarla en silencio.

Lila se separó y se quedó cerca de su amigo, con las manos en la cintura del chico. Él siempre había sido su puerto seguro, su ancla...

—Todo irá bien —dijo el joven sabiendo que era lo que necesitaba escuchar—. Solo estaré a media hora de ti.

—Lo sé.

—Y yo que no me llamarás cuando me necesites. —Lila abrió la boca para hablar pero Brennan puso un dedo en sus tiernos labios; demasiada tentación para un hombre enamorado—. Solo prométeme que harás lo que quieras, y no lo que crees que necesitas.

—Te lo prometo.

Lila se alzó y le dio un beso en la mejilla antes de agarrar su maleta.

Brennan ni se molestó en preguntarle si la acompañaba a su nuevo hogar. Sabía que su camino acababa ahí. La vio marchar temiendo que todo cambiara para siempre entre los dos, que cada cosa que Lila descubriera y viviera, la alejara más y más de él.

Lila se giró antes de entrar y le lanzó un beso. Luego le gritó te quiero y se perdió por el portal.

Brennan sonrió. ¿Cómo no iba a amarla? Era la mejor... al menos para él.

Ahora debía aprender a vivir sin ella. Estaba aterrado. Siempre mostraba una seguridad que no sentía. Donde la gente veía calma, en su interior reinaba la tormenta. Lila siempre había sido su *todo*. Ahora no sabía cómo vivir lejos de ella, que siempre había sido su luz en los días grises.

Tocaba empezar de cero, emprender un viaje diferente, nuevo... Era el momento de equivocarse, de aprender que el error nunca está en la caída, sino en no saber levantarse de nuevo.

Capítulo 2

Kellan salió de la casa que acababa de alquilar y fue andando hacia el invernadero-floristería donde le habían contratado. Tenía que estar en ese lugar, quería estar en ese sitio... Tenía un propósito en mente y un secreto que no sabía si quería o no desvelar. En ocasiones el silencio es tu mejor aliado y la mejor respuesta.

Entró en el invernadero que olía a cientos de flores y el aire estaba cargado con ese olor tan característico de las tiendas de flores, y buscó a la hija de los dueños. Una pareja muy amable y risueña que le había hecho la prueba cuando su única hija estaba con su nieta de viaje. Era un viaje madre e hija.

No tardó en verla.

La mujer estaba de espaldas con una bata azul marino. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta y cantaba... muy mal, por cierto, mientras arreglaba unas plantas. Se movía al son de la música de la radio ajena a la mirada que la observaba. No fue consciente de esto hasta que Kellan carraspeó.

Dalia se giró y se quedó petrificada al ver al hombre alto y rubio que tenía ante ella.

Ambos se perdieron en los ojos del otro.

Kellan tenía los ojos de un color ámbar que, en ocasiones, según la luz, parecía tener destellos verdes, y Dalia tenía unos grandes ojos violetas que pese a lo vivido, seguían reteniendo ese brillo único que los hacía parecer aún más increíbles.

—Lamento que me hayas escuchado cantar... —dijo Dalia—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Soy Kellan, tu nuevo empleado.

Dalia lo miró sin dar crédito; sus padres le indicaron que Kellan iría hoy, además de comentarle que era un chico sencillo, del montón... pero ese hombre no tenía nada de sencillo. Era alto, de hombros anchos y cintura estrecha. Con una cara que bien parecía diseñada para crear la perfección en un hombre y el pelo rubio tirando a castaño que no hacía más que resaltar su sagaz mirada ámbar. Hacía mucho que no salía y más que no tenía citas, pero aún sabía diferenciar cuando tenía ante ella un hombre atractivo y sexi, y Kellan lo era.

—Vale... Bien... —Se dio cuenta de que parecía tonta, por eso tomó aire y recordó que ahora ella era la jefa—. Perfecto. Allí están las batas. Ponte una y enseguida te diré qué tienes que hacer.

Le costó mucho sacar su lado serio. Era la primera vez que tenía que hacer de jefa, ya que hasta ahora el negocio lo habían llevado sus padres, siendo ella su empleada. Pero todo cambió cuando una noche, al volver de una fiesta, sus padres tuvieron un grave accidente de coche. Su padre cayó en coma por el golpe de la cabeza varios días. Cuando se recuperó, algo cambió en sus padres para siempre.

Llevaban toda la vida dejando todo para luego, para cuando se jubilaran, creyendo que tenían poder sobre el tiempo sin darse cuenta de que el tiempo es el que tiene poder sobre ti.

Tras el accidente, se dieron cuenta de ello.

Lo prepararon todo para hacer su viaje soñado: dar la vuelta al mundo, y se acaban de ir, dejando a su única hija a cargo del invernadero tras contratar a un joven que creyeron que la

ayudaría.

Dalia de verdad lo esperaba. Se sentía muy perdida ahora mismo. Su hija se acababa de ir y no terminaba de hacerse a la idea de estar sola en casa.

Necesitaba respirar y tomar las riendas de su vida.

Kellan no tardó en volver con la bata puesta y vio que la mujer estaba nerviosa. Por lo que sabía, le llevaba un año ya que él que tenía treinta y cuatro, pero aun así parecía mucho más joven. Costaba verla como la madre de una adolescente de dieciocho años, pero así era la vida.

—Hay mucho trabajo en el invernadero. Hay que revisar si los pedidos están listos y sacar más flores a la tienda...

—Primero hacemos una cosa y luego otra. Todo irá bien.

—Sí, espero... Es decir... Seguro. Lo tengo todo controlado.

Kellan sonrió por como la mujer se esforzaba porque lo pareciera.

La siguió al invernadero y juntos se pusieron a revisar los pedidos.

Había mucho trabajo, algo que no le asustaba. Si algo inquietaba a Kellan, eran las malas personas; por eso huía de ellas. Había tenido suficientes en su vida y por eso siempre que podía, se alejaba de la gente que resta en su vida.

Dalia, por su parte, no elegía a quien no quería en su vida; siempre había sido la gente la que, sin querer, la alejaban de las suyas. Al ser madre tan joven tuvo que dejar los estudios y se centró en su hija. Acabó los estudios pero a distancia. Ya no se sentía cómoda volviendo a las clases. Sus amigas se habían ido a estudiar fuera y habían hecho su vida lejos de allí. Era la única que tenía hijos... Ahora era cuando empezaban a casarse algunas y a pensar en tener descendencia algún día. Sabía de ellos por los padres de estas que vivían en el barrio, pero tristemente hacía tiempo que no hablaba con ellas.

Cuando su hija empezó el colegio, ella parecía una niña más y se sentía fuera de lugar con las madres de otros niños. Algunas hasta tenían hijos de la edad de Dalia. Por eso nunca entablaba conversación con nadie. Se había cansado de las miradas de reproche y de la gente que pensaba que por tener una hija tan joven, era una cualquiera. La realidad era mucho más triste que eso.

Dalia se aisló del mundo. Su hija, su familia y su trabajo lo eran todo para ella. Pero ahora que sus padres e hija estaban fuera, le costaba encontrar su sitio. Se sentía muy sola de golpe, y más perdida que nunca.

Tal vez era el mejor momento para empezar a vivir su propia vida, esa que se quedó a un lado cuando nació su hija.

—Dalia. —Kellan se puso ante la joven y le pasó la mano por delante de la cara. Estaba tan centrada con las plantas que no se había dado cuenta de que había empezado a entrar gente en la tienda.

—Sí, perdona.

—Hay gente en la tienda. ¿Quieres que vaya yo?

—Mierda... Lo había olvidado... como eso era trabajo de mi madre... Ya voy yo. No te preocupes.

A Dalia le encantaba perderse entre las flores y olvidarse del mundo mientras era parte de ellas, cosa que ahora no podía hacer. Tenía que dejar de ocultarse y afrontar el reto de ser la dueña del negocio familiar si no quería que este se hundiera.

Ahora mismo temía no estar preparada, al contrario de lo que creían sus padres.



—¿Te traigo algo para comer? —preguntó Kellan.

—¿Es la hora de comer?

—Sí, hay mucho trabajo...

—No. Vete a descansar. No es que no te paguemos las horas extras, es que no es justo que trabajes de más...

—Como has dicho, hay mucho trabajo y no me asusta trabajar. Voy a por algo de comer y regreso.

Dalia asintió. Llevaba una mañana entera trabajando con Kellan y ya se había dado cuenta de que él tenía toda la seguridad en lo que hacía, seguridad que a ella le faltaba. No es que no se creyera buena en su trabajo, sino que llevaba años viviendo oculta entre las sombras, en su zona de confort, y una sola mañana fuera de esta, le agotaba demasiado.

Paró un momento y cogió el móvil para llamar a su hija. Lo pensó y le dio a videollamada. Hacía un día que no se veían y ya la extrañaba.

—¡Hola, mamá! —la saludó Lila sentada a la mesa de comedor en medio de dos chicas que no conocía—. Estas son Marta y Vera.

—Encantada de conocerla, señora —dijeron las dos a la vez.

—Odia que le digan señora —señaló Lila con una sonrisilla—. ¿Cómo te va siendo la jefa?

—Genial... Todo controlado...

—¿Y la verdad?

—Me va fatal, hasta me ha tenido que recordar Kellan que tenía que atender a los clientes. No sé en qué pensaban tus abuelos cuando decidieron dejarme a cargo.

—Tal vez en que dejaras de esconderte... y de cantar espantando a todos...

—No canto tan mal. —Lila se rio—. Va a ir todo bien.

—Eso te lo debería de decir yo a ti...

—Ya, pero somos amigas y las amigas se apoyan cuando la otra está mal. —Lila miró tras su madre—. ¿Quién es ese pedazo de hombre?

—Es Kellan —indicó Dalia al ver como Kellan se acercaba en su móvil.

—¿El sencillo?

—Sí, tus abuelos tienen que tener problemas de vista.

—Así que sencillo... —Kellan dejó la comida en una mesa—. Tú debes de ser Lila —dijo el hombre presentándose.

—Encantada de conocerte. Os tengo que dejar. Cuida de mi madre. Está tan nerviosa que me da miedo que se corte un dedo con las tijeras de podar.

—Por eso las he retirado de su vista —bromeó Kellan, haciendo reír a Lila.

Dalia colgó, y observó su entorno, dándose cuenta de que Kellan decía la verdad.

—No estoy tan nerviosa.

—Te tiemblan las manos y no quiero ir a Urgencias el primer día de trabajo.

—Menudo espectáculo de jefa debo ser. Me encuentras cantando y... luego no sé hacerme con el negocio.

—Si aceptas un consejo, cómete el negocio y no dejes que este te engulla a ti.

—Es muy fácil decirlo.

—Y muy fácil no hacer nada. No lo olvides.

—Vale, listillo. Ahora a ver qué has traído para comer. Luego me pasas la factura.

Kellan asintió y se sentaron a comer los dos juntos.

Dalia se sentía extrañamente cómoda con él, tal vez porque tenía la tranquilidad de que si sus padres lo habían contratado, sería porque era de fiar. Seguramente su padre lo habría hasta investigado antes de dejarle a su lado. Era algo que no podía evitar.

Dalia sonrió mientras comía sabiendo que le iba a ser duro estar tan lejos de quienes más quería, pero que había llegado el momento de volar sola.

Capítulo 3

Lila llegó a casa tras pasar un día dando una vuelta por la universidad. Ya era septiembre y dentro de poco empezarían las clases. Iba a estudiar Humanidades, aunque sabía que o no la acabaría o se cambiaría a otra.

Cuando le tocó elegir qué estudiar, no tenía ni idea de lo que quería, solo que deseaba ir a la universidad sí o sí, y le atrajo lo que contaban de esa carrera, por eso decidió empezar por ella de momento. Luego ya vería si le terminaba gustando o no. Esperaba que sí, porque tenía muy buena pinta.

Entró en la casa y vio a Marta con una mascarilla verde en la cara, y a Vera con una negra.

—¿Cuál prefieres? —le preguntó Vera.

—¿La negra es la que te quita los poros y media piel? —Vera asintió. Era la que ella llevaba —. Pues esa, a ver si es cierto lo que dicen.

Marta miraba su móvil y ponía caras, estaba claro que estaba subiendo su foto a redes.

Se sentó y Vera le puso la mascarilla negra; solo esperaba que no fuera cierto que costaba quitarla.

Vera era morena y Marta pelirroja. La primera no paraba de hablar, y la segunda era más de hacerse fotos para subirlas a redes diciendo poca cosa. Habían ido a desayunar a un sitio nuevo esa mañana y no pudieron tocar nada de la comida hasta que no hizo fotos de todo. Les dijo hasta cómo debían poner las manos.

Lila tenía redes sociales pero las usaba más para seguir a gente y ver cosas, sobre todo vídeos de recetas o de tutoriales, que para subir su vida. Le inquietaba hacerlo porque sentía que si contaba cómo era su vida, dejaría de ser solo suya.

—Espero que esta foto sí tenga más *likes*. La de esta mañana no ha tenido más que veinte. Una mierda, vamos... —dijo Marta tras subir la foto.

—Por suerte los *likes* van a desaparecer —señaló Vera.

—Un asco... pero lo mismo así llego a *instagrammer* antes. Estoy deseando hacerme famosa y que las marcas apuesten por mí...

—Y que tu vida sea una mentira llena de sonrisas falsas —apuntó Vera.

—Y fiestas llenas de cientos de tíos buenos... Creo que podré soportar la falsedad.

—Ya estás lista, Lila. Si te va bien, se la deberías recomendar a tu madre —le dijo Vera.

—Mi madre es muy descuidada con su aspecto. No se pinta nunca y mucho menos lo de echarse cremas. Cuando era joven no era así.

—¿Antes o después de que tú nacieras? Porque ayer la vimos y parecéis hermanas —apuntó Marta.

—Antes... o más bien cuando era una niña. Le gustaba maquillarse con las pinturas de mi abuela y se hacía peinados muy chulos... Luego nací yo y no la he visto nunca sin coleta. No se saca nada de partido.

—¿Y cuando tiene una cita? —preguntó Vera.

—Nunca ha tenido una cita. Siempre está liada conmigo y en el trabajo...

—Ahora no... y ese hombre de ayer era muy sexi —comentó Marta con voz seductora.

—Dudo que mi madre se fije en él. Creo que por lo que le pasó, tiene vetado al sexo masculino.

—Tiene que ser duro saber que descienes de un pederasta que engañó a tantas jovencitas...

—Marta se calló cuando entendió las señas que le hacía Vera para que dejara de hablar.

—¿Cómo lo sabéis?

—Internet —dijo Vera—. Antes de aceptarte en nuestro círculo te investigamos un poco. Al poner el apellido de tu madre, como es tan poco común, nos llevó al caso de tu padre... Sabíamos que tus abuelos tenían un invernadero y estaba todo ahí...

—Es lo que tiene esta mierda de Internet, que está todo ahí a la espera de que alguien escarbe. Lo que se sube a la red ya nunca desaparece —comentó Lila seria—. Sí, soy la hija de un capullo que murió en la cárcel. ¿Algún problema?

—No, todos tenemos un pasado —indicó Vera cogiendo la mano de su nueva amiga—. Solo queríamos saber que eras de fiar. Nos da igual quiénes fueran tus padres.

Lila asintió pero perdió las ganas de estar allí con ellas. En su barrio todos conocían de dónde venía y qué había pasado para que ella naciera. Era nuevo para ella tener que dar explicaciones a estas alturas de su pasado, como si tuviera que pedir perdón por ser hija de un desgraciado.

Entró en su dormitorio y buscó en redes sociales.

Todo estaba ahí.

Internet por aquel entonces no era muy conocido, pero bastaba con que alguien subiera la noticia para que quedara para siempre almacenado en la Red.

Vio una foto de su padre... y agradeció que no se pareciera a él, salvo por el pelo oscuro. Su madre y sus abuelos eran rubios.

Lo miró y sintió asco, rabia y dolor, como siempre que le sucedía al pensar en su progenitor. Era un monstruo y su sangre corría por sus venas.

Dicen que de dónde vienes no importa, que solo importa hacia dónde vas, pero le costaba dejar el pasado atrás cuando este tenía un lastre tan pesado. Seguramente quien dijera algo así, no tenía pasado tan horrible o quería creer a pies puntillas esa frase para poder vivir con un peso tan grande que no le dejaba avanzar bien.

Cogió el móvil y buscó el número de Brennan. Llevaban tres días sin hablar. No porque no lo echara de menos o no quiera contarle todo lo que pasa en su vida, sino más bien porque quería ver cómo era Lila sin él, sin esa protección que siempre le brindaba el joven. Él era y siempre será su puerto seguro, y tenía miedo de no saber volar sola. Por eso se estaba distanciando de su amigo.

—Hola —respondió Brennan nada más descolgar.

—¿Qué tal todo? ¿Ya te has instalado?

—Sí, justo esta mañana. Ya estoy en mi nuevo hogar.

—¿Y qué tal es?

—Una casa sencilla... Normal. Luego iremos a tomar unas cervezas y a echar unos bolos.

—Te veré en tu Instagram.

—Sí, tal vez suba algo.

A Brennan no le gustaba subir cosas, pero las hacía porque su madre tenía una tienda online de accesorios para hombres y mujeres, y desde que Brennan subía fotos suyas etiquetándolos, hacían más pedidos a su madre. Brennan era un chico muy guapo y cada año que pasaba su belleza

se perfilaba más y más. Lila no tenía dudas de que en la universidad las chicas se lo iban a rifar y, aunque no fuera capaz de admitirlo, pensar en ello no le hacía tan feliz como quería aparentar.

Hablaron poco. Los dos tenían mucho que decir pero al final optaron por no decir nada. El cambio estaba empezando para ellos y esto era algo que no ponía feliz a ninguno de los dos... Lo admitieran o no.



Lila salió de su cuarto y vio a sus nuevas amigas en el salón.

Vera estaba con un libro y Marta subiendo un vídeo a sus redes sociales como si se fuera de fiesta. Iba súper maquillada y llevaba una camiseta de tirantes en color plata estilo lencero. Lo mejor era mirar sus piernas. Llevaba el pijama puesto. Todo era un engaño para conseguir llamar la atención de sus seguidores con su vida... falsa, por supuesto.

—Acabado. Van a flipar. —Miró a Lila—. Mi foto con la cara llena de mascarilla ha tenido más de quinientos me gustas. Dentro de poco seré famosa.

—¿Los instagrammers no tienen miles de *likes*? —preguntó inocente.

—Sí —respondió Vera—, pero Marta no quiere ver la realidad.

—Ya os daré envidia de aquí a uno meses. Ahora voy a grabar un vídeo desmaquillándome con mis trucos y luego lo subo en unas horas.

—Pues menudo estrés es tu vida —se burló su amiga—. ¿Has pensado contar la verdad?

—¿Y decir que no tenemos plan porque somos unas sosas? Ni loca. La gente mira tus historias porque tiene envidia y quiere tu vida. No quiere ver lo que ya tiene en su vida todos los días.

—Y yo que pensaba que todo estaba cambiado y la gente quería más realidad —señaló Vera.

—Lo dicen hasta que se miran en el espejo contigo y no les gusta. Prefieren vivir una fantasía. Además, es mi vida y me encanta así. Dejadme en paz.

Marta les sacó la lengua y se fue al aseo donde se puso a hablar sola con su móvil para desmaquillarse, contando que acaba de llegar de una increíble fiesta donde se había camelado a varios chicos pero que hoy no tenía el cuerpo para movimientos.

—Mi mejor amigo también tiene que subir cosas a redes, pero lo hace para ayudar a su madre. Acaba de subir una foto jugando a los bolos. —Se la enseñó a Vera.

—¿Ese tío tan bueno es tu mejor amigo?

—Sí, es muy guapo. Gracias a eso su madre no deja de vender sus productos. Ese pañuelo que lleva y la pulsera la hace su madre en su tienda online.

—Son muy chulos. ¿Tiene de mujer?

—Sí.

Estuvieron mirando la página de la madre de Brennan y volvieron al perfil del chico.

—¿Y nunca os habéis enamorado el uno del otro?

—¡Qué va! Solo somos amigos. Sería raro pasar de decir te quiero, amigo, a «te amo», mi novio.

—¿Raro? Esas cosas pasan —apuntó Vera.

—A mí no me pasará. Tenemos muy claro que solo somos amigos.

Puso la *storie* de Brennan y apareció justo en el momento en que tiraba para conseguir derribar el mayor número de bolos. Se giró y se dio cuenta de que le estaban grabando y guiñó un ojo antes de sonreír a la cámara. Entonces la cámara se giró y en la imagen apareció una chica rubia muy guapa sacando la lengua.

Lila sintió un dolor muy fuerte en el estómago. Hasta el momento que la chica hizo su aparición, pensaba de verdad que estaba con sus nuevos amigos de piso, ahora se preguntaba si tenía una cita.

Sería la primera... Brennan nunca había salido con nadie.

Quería estar feliz por su amigo, y pensar que la inquietud que sentía era por si esa chica la sustituía como su mejor amiga. Se preguntó si lo estaba empezando a perder y si solo habían sido amigos porque no tenían más opciones, si en verdad se querían o se necesitaban...

Se fue a su habitación inquieta.

La vida universitaria no había empezado tan emocionante como ella siempre había imaginado.

Capítulo 4

Dalia no había podido dormir bien. La tranquilidad de su casa le hacía no poder conciliar el sueño. Pasar por el cuarto de sus padres y del de su hija, y verlos tan vacíos... le partía el alma. Se consolaba pensando que eran muy felices y con eso podía olvidar o maquillar su malestar.

Tal vez por eso se fue temprano a trabajar.

Se refugiaba tras las plantas, y mientras las arreglaba y mimaba, se preparaba para ser mejor jefa que el día anterior.

Kellan había tenido que salir en su ayuda en más de una vez. Su encanto natural y simpatía había resuelto el problema hasta que ella había dejado de bloquearse y lo había organizado todo.

No paraba de preguntarse en qué pensaban sus padres cuando decidieron darle tanta responsabilidad.

—¿Te has ido a casa o has venido temprano? —preguntó Kellan entrando con sus llaves a la zona del invernadero.

—Me vine temprano. La casa se me está cayendo encima con tanto silencio.

Kellan sonrió. Sabía lo que era eso pero, al contrario que Dalia, él había aprendido a vivir con ello.

—¿Y qué plan hay para hoy?

—¿Que hagas de jefe por mí?

—No, no me pagas lo suficiente —bromeó—. Tú puedes con esto...

—No puedo, pero no me queda otra. ¿No?

—No. Podemos repasar los pedidos y organizarlos.

—Buena idea. Al final vas a conseguir que te aumente el sueldo.

—¿No lo había conseguido ya al salvarte el culo ayer?

—No. —Dalia le sacó la lengua.

Kellan tenía que recordarse que solo se llevaban un año de diferencia, porque en muchos aspectos, Dalia parecía una jovencita que acababa de empezar a vivir... y tal vez fuera así. Tal vez sabía ser madre e hija, pero no sabía ser Dalia. No sabía vivir para ella.

Sin que Dalia lo notara mucho, para no sentirse mal por su falta de mando, Kellan le iba dejando pistas de cómo tenía que hacer las cosas; o bien con frases inacabadas que ella terminaba o bien poniendo ante ella todo lo necesario.

No podía evitar cuidar de ella. La veía tan fuera de su entorno que quería facilitarle las cosas. Había mucha dulzura en los ojos de la mujer y se veía atrapado por esa inocencia tan inesperada para alguien de su edad.

—No ha estado tan mal —dijo Dalia al final del día cerrando la reja.

—No y mañana podrás con todo mientras yo esté fuera haciendo repartos.

—Es cierto... Podré —se animó sola.

—Claro. Nos vemos.

Kellan se alejó y Dalia no pudo evitar seguir los pasos seguros y firmes del hombre. Él era todo lo que a ella le faltaba. Era consciente de todo lo que había hecho por ella y si no le dijo que parara, era porque necesitaba su ayuda.

Entró en la casa y sintió como se le caía encima.

Fue a la cocina y comió lo que pilló en la nevera. No tenía ganas de ponerse a cocinar y ensuciarlo todo para ella sola. Se sentó en la mesa de la cocina con lo que había pillado y miró su móvil buscando a alguna amiga a quien llamar, a alguien con quien hablar. Fue pasando uno a uno sus contactos sabiendo que el tiempo le había hecho perder la amistad con muchas de las personas que tenía en su agenda. Habían pasado de ser amigos a conocidos, a tener vidas tan distintas y diferente que ningún punto los unía para tener una conversación.

Al final se fue pronto a la cama sin ganas de hacer nada.

Recodó los momentos en los que estaba tan saturada de su vida como madre que deseaba tener tiempo libre, para hacer miles de cosas y, ahora que tenía ese tiempo, no sabía qué hacer con él.

Así era la vida. Te quejas de lo que te falta, para luego darte cuenta de todo lo que tenías y echas de menos.



Kellan se fue a primera hora.

Dalia le había ayudado a meter en la furgoneta de reparto todo lo necesario para los pedidos. Los hacían dos veces a la semana, y, si era muy urgente el pedido, les cobraban un plus por salirse de sus días de entrega.

Dalia no podía dejar de pensar en su empleado. Ya de buena mañana él parecía sacado de un anuncio de ropa seductora y ella de uno donde la mujer se peleaba con su secador. No había conseguido que la coleta le quedara decente, y no entendía como otras mujeres se hacían moños, coletas... y parecían tan monas.

Se centró en el trabajo y con un millar de nervios en el estómago dio lo mejor de ella misma para que todo saliera bien.

A media mañana le dolía tanto la tripa de los nervios que no podía comer nada y a la hora de comer, cerró las puertas y se sumergió entre las flores que más le gustaban para cuidarlas, y mimarlas.

Aspiró el olor característico del invernadero, esa mezcla de esencias puras, y se sintió más segura de sí misma. Había crecido allí, ese olor era parte de ella, de su vida y siempre estaría unido a sus recuerdos.

A Lila no le gustaba mucho estar en el invernadero. Cuando había tenido que estar, era por obligación. Su hija no había nacido con el don que otros de su familia sí tenían para el cuidado de las plantas.

Escuchó el timbre de la puerta y fue a abrir. Tras ella estaba Estela, la madre de Brennan y su tía. Una mujer de cincuenta años que había criado un hijo de la misma edad que su hija. Su tío se quedó prendado de ella y la conquistó. Que tuviera un hijo de otro matrimonio nunca le importó; que estuviera destrozada por el abandono de su primer marido, solo hizo que su tío la quisiera cuidar y ayudar para que viera lo bueno de la vida una vez más.

Ahora vivían felices y se notaba el amor que se tenían con solo una mirada. Tenían una hija

de catorce años en común, Olga, a la que los tres adoraban y mimaban mucho.

—No sé por qué intuía que no ibas a irte a tu casa para comer algo decente.

—¿Lo intuías o te ha llamado mi madre para que me cuidaras?

Estela sonrió.

—No puede evitar cuidarte. Eres madre y lo sabes mejor que nadie. —Entró y le ofreció unos táper—. Te he traído comida. Hay para dos veces y también para cenar.

—Sé cuidarme sola...

La mujer la miró como diciendo *¿segura?*

Dalia lo aceptó y se sintió una niña de nuevo. Era increíble que tras todo lo vivido, cosas así le recordaran que la madurez te la dan muchas veces los años, no todo lo vivido.

—¿Qué tal llevas el estar lejos de Lila?

—Mal... Supongo que me entiendes —dijo repitiendo su frase.

—Sí —afirmó Estela con una sonrisa cómplice—. Extraño mucho a Brennan, pero sé que esto le vendrá bien, y estar lejos de Lila también.

—Él la quiere...

—Pero tu hija no lo quiere de la misma forma. Es hora de que Brennan lo acepte y viva su vida, y de paso deje de ser tan maduro y responsable para su edad.

—Él es así...

—No. Él se comporta así porque no puede evitar cuidar de todos menos de él mismo. Es hora de que se centre en sí mismo, igual que tú.

—¿Yo? Yo siempre me cuido.

—¿Te has mirado a un espejo antes de salir? Tienes solo treinta y tres años Dalia y no te cuidas... Nada.

—Es como soy.

—Lo dudo.

A Dalia le empezaba a poner nerviosa esa conversación que por otra parte no era nueva para ella. Estela se lo había dicho muchas veces. Ella era una mujer muy elegante y vestía con mucho estilo; se arreglaba en casa pero tenía mucho gusto para todo. Tenía una tienda online de accesorios que ella misma creaba, y se hacía fotos con ellos al igual que su hijo.

Su tía era todo lo que ella no era.

—Esta noche he quedado con mis amigas para tomar algo. ¿Te vienes?

—No pinto nada con vosotras...

—Si sigues con tantos complejos, te cierras más puertas de las que la vida ya te cierra de por sí. Tú misma.

Dalia la miró sintiéndose mal, pero ya había quedado con ella alguna vez y se sentía fuera de lugar con sus amigas.

—Vale... voy, pero solo porque no tengo nada mejor que hacer.

—¿Cómo no! —le dijo Estela con una sonrisa—. En el bar de Emilio a la salida del trabajo y si te arreglas un poco, lo mismo hasta dejas de espantar a todos los hombres que quieren algo contigo.

—No tengo la cabeza para pensar en hombres...

—No puedes vivir toda la vida penando por un error Dalia. Es hora de que pases página. El pasado solo sirve para aprender de él, no para vivir anclada en este.

—Ya... Gracias por los consejos —dijo cansada—. Nos vemos luego.

Dalia pensaba, mientras Estela se iba, que era fácil decir eso cuando la vida te había puesto delante a un hombre maravilloso como su tío que le había ayudado a olvidar.

Pero lo que Dalia ignoraba es que la vida le había puesto hombres buenos y maravillosos a su paso que había preferido ignorar, centrada como estaba en su dolor sin darse cuenta de que la luz se colaba entre toda esa oscuridad.

Estela había sido valiente de no dejar que el miedo a vivir lo mismo, le impidiera ver que nunca se puede juzgar a las personas por los errores de otro. Eso es hacerle pagar por unos errores que nunca han cometido.

La tarde a Dalia se le hizo muy larga. La tienda estaba llena de gente con encargos y pedidos, y pensaba que iba a perder la cabeza cuando Kellan regresó y se hizo cargo de todo con una facilidad que la dejó impresionada una vez más.

—Me duele la cara de sonreír —le dijo Dalia al finalizar el día.

—A mí me sale de manera natural —la picó el hombre.

—¡Qué gracioso! Ahora solo por eso, te obligo a que me acompañes a una cita con mi tía y sus amigas... Es broma —añadió corriendo al ver lo serio que se había puesto.

—No es que no quiera ir, es que, si te han invitado a ti, deberías ir sola.

—He ido más veces, y me aburro mucho con ellas...

—¿Y con qué no te aburres?

Dalia lo miró sin saber qué decir.

—Arreglando plantas...

—Encerrada en tu burbuja sin salir de lo que conoces.

Dalia no dijo nada. La única vez que salió de esta, acabó con un pederasta que la enamoró como una tonta y la engañó de la peor forma. Le daba mucho miedo salir de su zona de confort.

—No estoy encerrada ahí...

—Demuéstralo. Ve esta noche y pásalo bien, en vez de pensar que será un aburrimiento.

—Son mayores que yo... No encajo con ellas.

—No encajas porque no quieres. Yo tengo amigos que me doblan la edad y no los considero menos amigos míos que los que sí la tienen. Juzga a la gente por lo que te cuentan, no por lo que dice su carné de identidad.

—Vale. Puedo fingir sonreír un poco más.

Kellan la miró sabiendo que si ya iba con esa aptitud no iba a conseguir pasarlo bien.

—Voy contigo un rato. Luego te dejo sola.

—Genial. Así tú les hablas y yo me pierdo en mis pensamientos.

—Te estás equivocando, Dalia, pero ya te darás cuenta tú sola.

Kellan le sonrió y se fueron juntos al bar de Emilio. Era un bar tranquilo que tenía desde bebidas de lo más variadas hasta pinchos y bocadillos.

Estela vio a la joven entrar seguida de Kellan, a quien ya conocía por la semana que estuvo en prácticas. Era muy atractivo y amable. Se presentó a sus amigas y se hizo el dueño del momento. Al contrario que Dalia, tenía don de gentes y sabía adaptarse a cualquier situación, sobre todo no tenía complejos y se dejaba llevar. Su sobrina estaba tan centrada en pensar que no encajaba, que no era capaz de dejarse llevar y tal vez darse cuenta de que sí lo hacía.

—Cuando mi hija se fue de casa perdí mucho peso —decía una de las mujeres—. Había días

que preparaba comida para tres en vez de para dos. Me costó adaptarme a que ya no estaba en casa y más al cambio de verla crecer lejos de mí.

Dalia la observó sorprendida ya que era lo que sentía. Se le hizo un nudo en el estómago y se dio cuenta de que era la primera que escuchaba de verdad a las amigas de su tía.

—Es duro —comentó Estela—. Yo vivo con la tentación de llamarlo a todas horas, pero no lo hago porque no quiero ser pesada.

Dalia sonrió. Le pasaba igual.

—Cuando tengas hijos lo verás, Kellan. Desde ese momento solo vives para ellos —le dijo una de las mujeres.

—Espero un día tener la suerte de tener un regalo tan grande como ese en mi vida.

Dalia lo miró anonadada ya que era lo que ella pensaba de su hija.

Siguieron la conversación y hablando del trabajo.

Estela le pidió a Kellan si podía posar con alguno de sus accesorios para hombres.

—No te puedo pagar mucho...

—No me tienes que pagar nada. Lo hago gratis para ayudarte.

Estela sonrió agradecida.

—Vale, pero con lo que poses te lo regalo. Mañana cuando tengas un rato te pasas por mi casa y ves lo que tengo.

—Lo haré encantando. Y ahora, ¿quién se apunta a jugar al billar?

—Yo por supuesto —dijo la más mayor de todas—. Soy la mejor.

Se fueron todos menos Estela que se quedó al lado de su sobrina.

—No ha estado tan mal, ¿no?

—No... La echo mucho de menos y a mis padres —confesó Dalia con lágrimas en los ojos—. Me cuesta vivir de golpe sin ellos.

—Lo sé, pequeña. —Estela la abrazó—. Pero piensa que ellos son felices y lo serían más si tú también lo fueras. —Dalia asintió—. Y ahora te reto a una partida de dardos. Si gano, me dejarás que te corte esas greñas y te haga un cambio de estilo.

—Lo estás desando desde hace años.

—No lo sabes bien. —Dalia se rio—. Sé que eres muy buena, pero he estado practicando con mi marido. Prepárate.

Dalia jugaba a los dardos con su padre en su casa; Brennan y Lila se les unieron más tarde. Le sorprendía que Estela supiera jugar, ya que nunca lo había hecho en su casa.

Eran muchas las cosas que desconocía de Estela y eso que llevaba años en la familia. Pero nunca se deja de conocer a una persona y más cuando miras solo para ti mismo, preocupado más por tus propios problemas y prejuicios que por el mundo que te rodea.

Capítulo 5

Lila salió de su primera clase saturada por todo la información. Se dirigió a la segunda pensando que la universidad iba a ser muy dura y salió de la tercera creyendo que no podría con todo.

Al final de las clases fue en busca de Brennan a su pabellón. Estudiaba Educación Física, ya que quería ser profesor de gimnasia de niños pequeños porque pensaba que el deporte era muy importante para estos hoy en día ya que se pasaban más tiempo con la televisión y los móviles, que disfrutando de los juegos al aire libre.

Lo esperó a la salida mientras lo buscaba entre los jóvenes que salían de clase. La gran mayoría eran hombres aunque también había alguna mujer entre el grupo.

No tardó en verlo y fue corriendo hacia él.

Brennan la vio acercarse y le sonrió.

Casi lo tiró al suelo por el abrazo que le dio.

—No me sueltes en todo el día. —Lila lo aferró con fuerza. Estar así era como si se encontrara en casa.

—¿Tan mal ha ido? —preguntó su amigo con una sonrisa.

—Horrible. Con tanto que estudiar que no voy a tener tiempo de ir de fiesta. —Brennan se rio—. Siempre he sido una pésima estudiante. Tal vez la universidad no sea para mí.

—Solo ha sido el primer día. Date tiempo.

—Tú pareces muy animado.

—Me ha gustado mucho.

Lila se separó y observó que su amigo tenía un brillo especial en los ojos. Parecía diferente.

—¡Brennan!

Los dos amigos se giraron hacia la joven que lo llamaba.

Lila la reconoció del vídeo de su amigo.

Brennan se separó de ella, dejándola algo mosqueada. Nunca lo había hecho antes. Le había dado siempre igual quien mirara o quien estuviera cerca cuando ellos decidían abrazarse.

—Lila, te presento a Ailén. Mi compañera de piso.

—¿No eran todo chicos?

—Sí —respondió Ailén—, pero mi primo decidió en el último momento irse a un piso solo y como sabía que yo buscaba un cuarto, me cedió su lugar. —Ailén tendió una mano a Lila—. Encantada de conocerte —dijo cuando Lila se la estrechó.

—Igualmente.

—Bueno, ¿nos vamos? —La rubia de grandes ojos verdes miró a Brennan.

—Sí o llegaremos tarde.

—Nos vemos, Lila.

Lila miró a su amigo, quien parecía disculparse con la mirada.

—Nos vemos otro día, ¿vale?

Lila asintió y vio a Brennan alejarse con esa chica que parecía estaba ocupando su lugar. Se sintió más perdida que nunca. No esperaba que Brennan tardara tan poco tiempo en buscarse una

sustituta.

Buscó el móvil y llamó a su madre a la tienda ya que el móvil lo solía olvidar en cualquier sitio cuando estaba en el trabajo, pero no se lo cogió ella, sino Kellan.

—Hola, Lila —contestó Kellan al ver su nombre grabado en el fijo de la tienda—. Tu madre ha salido a hacer un reparto.

—Ah, vale... ¿Qué tal todo?

—Bien, va todo bien.

—¿Mi madre lleva bien ser jefa? Lo dudo un poco...

Kellan se rio.

—Veo que la conoces bien.

—Mucho. Mi abuelo iba a ponerte a ti como jefe porque sabía que su hija se iba a agobiar, pero mi abuela insistió en que mi madre podría con todo y le vendría bien para salir de su burbuja de confort.

—Le está costando pero lo hace bien.

—Le ayudas, ¿verdad?

—Sí, no te preocupes Lila, no voy a dejar que se hunda.

—Gracias por cuidarla.

—De nada. ¿Tú qué tal?

—Un asco. Pensaba que la universidad era otra cosa.

—Hay que estudiar mucho.

—¿Estudiaste en la universidad?

—Biología. Me lo fui sacando poco a poco.

—No lo sabía... Bueno, es que casi no sé nada de ti, solo lo que me contaron mis abuelos. Pero sé que mi abuelo te ha investigado y eres de fiar. —Kellan se rio y Lila se dio cuenta de que había metido la pata—. ¿Lo sabías?

—Sí, me lo dijo antes de firmar el contrato. No tengo nada que esconder.

—Me alegro. Gracias por escucharme.

—De nada. Ha sido un placer.

Lila colgó y se quedó pensando en lo fácil que había sido hablar con ese desconocido. Tal vez la certeza de que era de fiar y el saber que ahora cuidaba de su madre, era lo que le había dado esa extraña familiaridad.

Esperaba de verdad que su madre estuviera bien. Ella ahora mismo sentía que en vez de comerse el mundo, el mundo la estaba engullendo a ella.



La semana pasó lenta para Lila.

Cada día que iba a la universidad se veía agobiada por todo aquello.

No volvió a llamar a Brennan a pesar de desearlo mucho. En el fondo esperaba que él la buscara como siempre, pero hasta eso había cambiado. Tal vez por eso, cuando Marta y Vera le dijeron el viernes de salir de fiesta, dijo que sí sin pensarlo mucho.

Era su momento para disfrutar al fin.

Primero se fueron de compras con Marta porque quería conseguir algo nuevo.

Vera y Lila vieron como hacía una foto con cada modelito en los probadores y pedía consejo a sus seguidores. Al ver que ninguno respondía, se sentaron en un banco a esperar que lo hicieran. Vera estaba un poco cansada de las tonterías de su amiga y Lila no dejaba de mirar el Instagram de su mejor amigo. En todos los *stories* que actualizaba, salía Ailén.

Lila era consciente de que cada uno debía vivir su vida, era lo que quería, pero se le estaba haciendo más cuesta arriba de lo que quería.

—¡Este! Han elegido este —dijo Marta.

—¿Cuánta gente?

—Cuatro pero eso nadie lo sabe. Voy a comprarlo.

Lila y Vera vieron como Marta iba hacia la tienda haciendo un vídeo y cogiendo el vestido elegido.

—Es insoportable salir con ella. No sabes si te haría más caso si le dijera todo por Instagram.

—Seguramente —le respondió Lila a Vera.

Marta salió con el vestido y fue hacia ellas.

—Vamos a casa que me tengo que poner divina de la muerte para esta noche.

—¿Para la fiesta o para las fotos de Instagram? —preguntó Vera.

—¿Acaso hay diferencia?

—Si tú no la ves, tienes un problema —respondió su amiga.

Marta la ignoró pues iba pensando en cómo se iba a vestir y qué fotos se haría.

Vera y Lila no tardaron en vestirse y, aunque tenían muchas ganas de empezar la fiesta, tuvieron que ayudar a Marta con la sesión de fotos.

Ninguna le convencía. Repitieron las fotos una y otra vez y, cuando quisieron llegar a un bar para tomar algo, los mejores estaban a tope. Al final acabaron en un restaurante que les iba a costar un ojo de la cara, y Marta lo usó para hacer cientos de fotos y etiquetar el lugar.

Una de las veces, Lila muerta de hambre, cogió comida y Marta le dijo que si estaba loca por hacer algo así.

—Otra vez me pido una pizza y me quedo en casa —señaló Lila ya cansada de la tontería de Marta a Vera, aprovechando que la primera se había ido al servicio un instante.

—Me apunto. Se supone que este iba a ser nuestro momento... y se lo está cargando. Está más pendiente de gente que no conoce que de nosotras.

Marta regresó y les dijo de irse a la discoteca de moda. Llegaron y les tocó hacer cola.

—Si fuera famosa no tendríamos que hacer esta mierda de cola —dijo Marta.

—Prefiero hacer cola que soportar tu ego de famosa —le respondió Vera y, aunque Marta lo escuchó, prefirió hacerse la tonta.

Su amiga ya la comprendería cuando llegara a ser una *influencer* de moda y las invitaran a cientos de eventos para cubrir la noticia en sus redes sociales.

Entraron al local y se fueron a buscar una mesa.

Marta miró hacia la zona VIP para ver si reconocía a alguien famoso, y vio que estaban varios de los *influencers* a los que usaba como modelo de donde quería llegar.

Emocionada pensaba que un día ella estaría allí.

Vera y Lila al ver que Marta no dejaba de subir *stories* y pasaba de disfrutar, decidieron ignorarla y vivir la fiesta ellas dos.

Se pidieron algo para beber y Lila recordó que sus primeros contacto con el alcohol fueron en su casa, con sus abuelos, su madre y su mejor amigo. Si bebía más de la cuenta, le daba por bailar como si fuera un hombre prehistórico. Su abuelo lo grababa cada vez que pasaba para recordarle qué imagen daría ante gente que no la conocía y no la quería como ellos. Una forma muy efectiva para parar una vez que notaba que el alcohol le hacía efecto.

Fueron a bailar a la pista. Marta también pero ella vivía su propia realidad. Cuando se enfocaba, se lo estaba pasando genial y cuando no, solo las miraba. Al final Vera ya cansada, se puso a imitarla con el móvil. Lila se rio sin poder evitarlo y Marta enfadada, salió corriendo del local.

Vera la siguió y Lila se quedó sola en la pista.

Seguramente irse hubiera sido la mejor opción.

Era lo que debió hacer.

Lila pensaba en la cantidad de cosas malas que podrían pasarle allí sola. Su familia siempre le había alertado de la cantidad de peligros que había; su madre era una prueba viviente de esas crueldades y ella el desenlace de ese horror.

Tal vez por eso prefirió por una vez no pensar en todas las razones por las que podría ser peligroso y se dejó llevar por la música.

Se lo estaba pasando muy bien. El puntito de contenta que tenía, le hacía mantener a raya los miedos, hasta que sintió que alguien se le ponía detrás y se restregaba con su trasero.

Se puso alerta y tiro la cabeza para darle un cabezazo, pero no hizo falta porque un guarda de seguridad que daba vueltas por la sala, para que nada de eso pasara, lo había visto todo y separó a aquel desgraciado de ella.

—Lo tenía controlado.

—Lo he visto —le dijo el joven guarda guiñándole un ojo.

Vio como se llevaban a ese impresentable fuera, al mismo tiempo que se le quitaban las ganas de fiesta. En un segundo la realidad le había recordado lo indefensa que era solo por bailar. Era triste que algunas personas creyeran que se puede invadir el espacio de una persona sin permiso.

—No te vayas —le indicó el chico que le había ayudado cuando la vio salir del pub.

—No me apetece ser blanco fácil de babosos.

—Por suerte para mí no todos son iguales. Hay gente legal.

—¿Te llevas comisión de lo que beba?

El chico se rio.

—No, te lo aseguro. Mi hermano es un tacaño y no me paga más de lo que me gana. Además, necesito este trabajo para pagarme la universidad.

—Nadie hace nada por nada.

—Yo no lo hago por nada. Trabajo aquí y mi trabajo es mantener el orden y no dejar que nadie se aproveche de otra persona ya sea hombre o mujer.

—Mis amigas se han ido. Lo mejor es que me vaya a casa y tú te vayas a hacer tu trabajo, no vaya a ser que te despidan.

—Sería muy probable. Nos vemos.

El joven se despidió y entró al pub para seguir controlando que todo fuera bien y que nadie se pasara de la raya en el local.

Lila pensó coger un taxi pero al final se decantó por un paseo hasta su casa. No quedaba tan lejos y necesitaba el aire fresco de la noche para pensar en todo lo que estaba viviendo últimamente.

Llegó a su casa al mismo tiempo que Vera salía del portal.

—Lila, iba a buscarte... Vine tras Marta y nos olvidamos de ti. —Parecía afectada—. ¿Todo bien?

—Sí, todo tranquilo.

Lila sonrió, pese al incidente con el baboso no había pasado nada más y se había dado cuenta de que, aunque podían pasar un sinfín de cosas malas, no podía vivir todo el rato con miedo.

Subieron a la casa donde Marta estaba grabando un vídeo pos fiesta como si se lo hubiera pasado genial bailando en la discoteca. Sus amigas se fueron cada una a su cuarto pensando que ojalá hubiera sido cierto y sus tonterías no les hubiera arruinado la que podría haber sido una gran noche.

Capítulo 6

—Perdiste a los dardos, Dalia. He ganado hacerte un cambio de look.

—¡Para olvidarlo! Llevas más de una semana detrás de mí recordándomelo. Ya te he dicho que te dejaré, pero no sé cuándo.

—Se me olvidaba que ahora tienes miles de cosas que hacer en tu tiempo libre.

—No tengo casi tiempo libre. El trabajo me está absorbiendo demasiado al no ser tan eficaz como mis padres.

Estela sabía que tenía razón, de hecho ya había hablado con sus cuñados para ponerlos al tanto de todo y que contrataran a más personas. Afortunadamente estaba saliendo mucho trabajo pero esto hacía que todo fuera más lento y que Dalia no tuviera tiempo libre para nada. No es que de tenerlo lo fuera a aprovechar, pero el plan de sus padres de dejarla sola para que empezara a vivir su vida, no iba a funcionar, si no podía salir del invernadero.

Estela se fue cuando Kellan llegó y miró con mala cara a Dalia adivinando que no se había ido a su casa a comer, y se había quedado trabajando. Llevaba allí más de dos semanas y no dejaba de ver como Dalia se iba consumiendo. Había perdido peso y tenía unas grandes ojeras en la cara por la falta de descanso.

—Vas a conseguir que no me vaya a comer hasta que tú no te marches a casa.—Había cosas que hacer...

—¿Has pensado contratar a alguien más? Es evidente que los dos no llegamos a todo.

—No quiero que mis padres piensen que no soy capaz. Han confiado en mí... aunque sigo pensando que han cometido un error.

—Pedir ayuda cuando la necesitamos no nos hace más débiles sino listos por entender nuestras limitaciones y aceptarlas.

—¿Tú lo haces?

—¿Pedir ayudar? No suelo necesitarla mucho... Sé de todo —le contestó con ironía—. Mi abuela me ha enseñado a no sentirme mal por pedirla.

Kellan se puso la bata y empezó a ayudar a Dalia con las flores. Esta lo miró trabajar y se dio cuenta de lo poco que sabía de su compañero.

—No sé mucho de ti y eso que te veo casi cada día.

Kellan se quedó quieto y la miró, pensando qué contarla. Sus padres lo sabían todo de él pero no por elección propia. Lo normal es no hablar de su vida y mucho menos de su pasado, de sus raíces...

—Me crie con mi abuela, una amante de las flores y las plantas.

—Entonces, ¿por ella tienes esta afición?

—Sí y me saqué un buen dinero de joven arreglando los jardines de mis vecinos. Lo que más me gustaba era cortar el césped.

—¿Eras un joven problemático o no?

—Como todos, supongo. Me gustaban las buenas fiestas y me costaba centrar mi cabeza en una sola mujer... hasta que me enamoré y estuve casi diez años con ella.

—¿Qué pasó para que lo dejarais? —Kellan se quedó callado y Dalia sintió que estaba

siendo demasiado cotilla—. Lo siento, no me importa...

—Me dejó de querer. Sigue siendo una buena amiga, pero eso era lo único que éramos hacía tiempo.

—Vaya... ¿Y la sigues queriendo?

—Me costó entender que yo tampoco la amaba. No me gusta perder a las personas que me permito el placer de querer... Al final ella fue la más lista de los dos.

—Y no la has perdido.

—No, de hecho se casó este verano y fui a su boda. Un poco raro, ¿verdad?

—Sí, pero bonito. Ella siempre será parte de tu vida como tú lo serás de la suya. Al menos tu ex no es un pederasta... —Dalia se calló y se quedó quieta. Su intención fue hacer una broma pero tocar ese tema le alteraba mucho. El paso de los años no hacía que fuera más fácil hablar de ello.

—Siento lo que te pasó...

—No fue tu culpa, solo mía por tonta...

—Por lo que sé solo tenías quince años. Eres madre de una adolescente. Si esto le pasara a tu hija con esa edad, ¿sería su culpa o del desgraciado que se aprovechó de la inocencia de esa niña?

Dalia sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sabía que no era su culpa ser engañada, pero también que no había día que no se arrepintiera de todo y que a su vez no pensara que pasaría por eso mil veces si el resultado era Lila. Se sentía dividida entre el dolor y el amor más grande, y lo peor era que nunca exteriorizaba lo que sintió por miedo a que quejarse de ello quisiera decir que se arrepentía del nacimiento de su hija.

Era todo muy complicado.

No se arrepentía del nacimiento de su hija, pero sí que hubiera nacido tras esas circunstancias y cuando ella era tan joven. Era algo que se guardaba para ella, porque decirlo en alto era igual de doloroso que callarlo.

—¿Tienes una flor preferida? —preguntó Dalia para cambiar de tema.

—Si te lo digo, no te lo vas a creer.

—Vamos, sorpréndeme.

—La dalia —dijo mirándola con una intensidad que la dejó por un instante sin aliento—. A mi abuela le encantan. Se las regaló el amor de su vida... antes de tener que casarse con otra por obligación. Simbolizan la pasión, el amor... Son perfectas para quien completa tu vida.

—Veo que sabes del lenguaje de las flores.

—Sí.

—¿Le regalaste muchas a tu ex?

Kellan se sintió un momento incómodo y dudó si responder o no.

—Ninguna —dijo al fin.

—Pero la querías.

—Yo tampoco tengo respuesta a eso —indicó sincero—. Será mejor que nos centremos solo en el trabajo y dejemos la charla para más tarde.

—Tienes razón.

Dalia creyó que lo de más tarde era una excusa y que en verdad no quería seguir hablando con ella, que había forzado la conversación y tal vez se sentía incómodo hablando con ella.

Ella, por el contrario, se sentía a gusto hablando con él. Le gustaba perderse en sus ojos

dorados cargados de matices y esperar sus respuestas, pero no debía olvidar que él era su empleado, no un amigo.



Dalia llegó a su casa y, tras ponerse cómoda, llamó a sus padres para ver qué tal les iba todo. Su padre no tardó en responder.

—Hola, hija. ¿Qué tal todo?

—Bien...

—¿Y la verdad? Hemos hablado con Estela. ¿A qué esperas para llamarnos y pedir ayuda?

Dalia se sintió un poco mal porque Estela se chivara, pero sabía que su tía solo quería ayudar.

—No es fácil pedir ayuda...

—No, pero si se necesitaba, hay que pedirla. ¿O te gustaría pensar que tu hija Lila necesita ayuda y no te dirá nada?

—No... Deja de usar psicología inversa conmigo —le recriminó su hija.

—Me obligas a hacerlo y tranquila, mañana ya tendrás ayuda en el trabajo.

—Gracias... pero yo podía.

—No, hija, y que no te des cuenta de tus limitaciones, me preocupa.

—¿Y cómo llevas el comer? —preguntó su madre cogiendo el teléfono a su marido—. Seguro que comes fatal.

—Estoy bien, de verdad. Contadme qué tal el viaje —dijo para cambiar de tema, ya que le costaba aceptar consejos.

Sus padres le hablaron de lo que estaban viendo. Ahora estaban de crucero y estaban disfrutando la experiencia.

Al colgar pensó en hacer algo pero como no se le ocurría nada interesante y la soledad no le era atractiva, llamó a su hija para ver qué tal le iba todo.

—Hola, mamá —le respondió Lila alegre.

—Hola, hija. ¿Qué tal va todo?

—Bien... —Dalia notó que a su hija le pasaba algo y esperó para que hablara.

—Si algo te preocupa puedes contármelo.

—Lo sé.

No dijo nada y Dalia recordó la conversación con sus padres. Ellos también querían que ella le contara la verdad, que los incluyera en sus preocupaciones, y se sintió fatal por callar, por querer hacerlo todo sola.

—¿Las clases van bien? ¿Comes bien? Joder... parezco tu abuela —estalló Dalia.

—¿Todo bien, mamá? —le preguntó Lila al notar a su madre rara—. Sabes que puedes hablar conmigo.

—La adulta soy yo —bromeó y Lila se rio—. Estoy comiendo fatal, y tu abuela lo sabe, y seguramente tú también y yo lo sé... Parecemos tontos.

—Un poco y seguro que como mejor que tú. Vera es una experta cocinera y hace unas

comidas deliciosas. Me está enseñando a cocinar. Y como sabes que paso de dietas y tonterías, me estoy poniendo las botas. Tú me preocupes más. Solo cocinas si tienes a alguien para que lo disfrute. Tienes que cuidarte, mamá. No puedes cuidar a nadie si no eres capaz de cuidarte a ti misma. Es hora de que salgas de tu burbuja y empieces a vivir... Ahora que estoy lejos es tu momento.

Dalia notó lágrimas en los ojos.

—Te echo de menos.

—Y yo a ti, pero eso no quiere decir que tengas que descuidarte más. Ya es hora de que dejes de lado tu zona segura y te arriesgues a que te hagan daño. Tal vez esta vez no pasa nada.

—¿En qué momento te convertiste en la madre? —Lila se rio—. Nadie me conoce como tú.

—Ni a mí como tú... Y mamá, que vivas tu vida no significa que te arrepientas de que yo naciera tan pronto. —Lila se rompió.

—Eres lo mejor de mi vida —le dijo Dalia conteniendo las lágrimas.

—Lo sé, y ya no soy una niña. Ha llegado la hora de que vivas tu juventud, mamá. Esa que por mi culpa quedó truncada.

—No cambiaría eso por nada...

—Las dos sabemos que nací antes de tiempo... que mi vida destrozó la tuya...

—Lila, no. Tal vez me perdí miles de cosas, pero tú eras mejor que ellas. Era feliz... Soy feliz.

—No lo eres, mamá, y no por eso me quieres menos.

—Hija, ¿por qué esta conversación ahora?

—Porque si tú no vives por ti ahora que puedes, sentiré que te estoy quitando la libertad una segunda vez. Quiero que seas feliz... quiero que vivas tu vida, y yo dejar de sentirme culpable por arrebatártela.

Lila se rompió a llorar, Dalia no pudo contener las lágrimas, si estaban teniendo esta conversación era porque su hija no estaba bien.

—Voy a verte —dijo Dalia y colgó.

No podía esperar a que su hija le dijera ven. Ella sabía que la necesitaba y que también se enfadaría al verla porque no quería demostrar sus debilidades ante sus amigas, pero le daba igual.

No podía estar lejos de su hija ahora mismo.

Dalia cogió su coche y condujo hasta el piso donde vivía su hija cerca de la universidad. Al llegar, la puerta del portal estaba abierta y subió directamente. Tocó a la puerta y le abrió una joven rubia maquillada como si fuera a salir de fiesta.

—Hola, eres la madre de Lila —adivinó Marta.

Dalia la recordó de la videollamada.

—Hola, sí. ¿Está Lila?

—No. Se fue hace como una hora a dar un paseo.

—Vale... ¿Hay algún parque cerca?

—Sí, uno a dos calles de aquí.

Dalia se despidió de Marta y se fue a buscar a su hija. Desde niña, cuando se enfadaba por algo, iba al parque del barrio y se sentaba cerca de los columpios infantiles. Era una costumbre que esperaba no hubiera cambiado, y no lo había hecho.

Lila estaba sentada en el banco mirando los columpios con las rodillas subidas al banco y

rodeada por sus brazos.

—Sabía que vendrías —dijo entre dientes.

—Y yo que no te gusta que esté aquí... Lo siento por no poder evitar estar lejos de ti cuando siento que estás mal. Es un poco incómodo hacer a cada paso todo lo que me molesta que la abuela haga conmigo.

—Pues no lo hagas. Empieza a ser una madre guay que pasa de su hija...

—¿De verdad quieres que pase de ti?

—Sí, como lo haces de ti misma. ¿Has visto las pintas que traes?

Dalia se miró. Iba en chándal, uno viejo y oscuro.

—Me es más fácil cuidarte a ti que a mí, por lo que parece.

—Imagínate a la abuela así vestida.

—Me daría mucha vergüenza —reconoció Dalia—. No sé ser de otra forma —confesó—. Siento que si salgo de mi burbuja... —Se calló.

—Habla. Somos ante todo amigas.

Y era cierto, la poca diferencia de edad entre las dos las hacía ser ante todo grandes amigas. Alguna ventaja tenía que tener haber nacido tan pronto.

—Tengo miedo de vivir mi vida... y sentir que si lo hago, es como si me arrepintiera de ti.

—Y yo siento que si no lo haces, te estoy quitando más años de disfrutar de la vida.

Las dos se miraron a los ojos, esos iris violetas tan idénticos.

—No pedí que nacieras cuando yo era una niña —habló Dalia claro por primera vez sintiendo que su hija lo necesitaba—, pero una vez te tuve entre mis brazos, eras todo mi mundo para mí y no quería cambiar nada si eso significaba cambiarte a ti.

Lila la miró.

—Es nuestro momento, mamá. No pasa nada porque digas sí a la vida. Yo no me voy a ir a ningún sitio. No se puede cambiar el pasado. —Sonrió la joven—. Quiero verte feliz y no lo eres, por mucho que a mi lado sí lo seas. Las dos sabemos que yo estoy empezando a vivir mi vida...

—Y tal vez lejos de mí... Lo sé —indicó Dalia con pesar.

—Quiero que seas feliz, mamá. Igual que tú quieres que yo sea feliz y tenga cuidado, y no me meta en líos. —Dalia sonrió—. Cada vez que te veo y veo la dejadez en ti, me siento culpable —admitió la joven siendo más sincera que nunca—. He hablado con la tía... y ni siquiera cumples tu apuesta de dejar que te arregle.

—Estela está en todo...

—Nos quiere y echa de menos a Brennan. Es su forma de no sentirse sola.

—Ella tiene a su marido y a su hija...

—Y tú ahora a nadie. Imagina cómo me siento al pensar en ti.

—Puede que sea feliz estando sola...

—Puede, pero las dos sabemos que tienes miedo de que te vuelvan a engañar. He perdido la cuenta de las citas que te ha preparado la abuela y la tía, y has rechazado.

—No quiero volver a enamorarme del hombre equivocado.

—Pero es que eso puede pasar o no, igual que a mí. Seguramente encuentre al amor de mi vida en la universidad o a alguien que me rompa el corazón en miles de trozos... Yo quiero correr el riesgo y pensar que podré remendar los trozos después, aunque me da miedo ser como tú y no conseguirlo —confesó sincera.

Dalia miró a los columpios y se dio cuenta de que su hija en cierta forma se veía reflejada en sus errores, que el ejemplo que le daba con su actitud, era la de la derrota.

—¿Por qué te refugias siempre en el parque infantil?

—Te lo contaré si decides arriesgarte a pegarte otra leche bien grande.

—Qué chantajista.

Lila se rio.

Dalia miró a su hija, quería abrazarla, y Lila se moría porque lo hiciera, pero ninguna dio el paso. Una porque creía que su hija ya era mayor para esas cosas y la otra porque pensaba que si le pedía un abrazo a su madre, se derrumbaría. Al final ganaron las dudas y las dos perdieron ese abrazo que ya estaba danzando en el aire a la espera de ser valientes y reconocer que nunca sobran los gestos de amor.

Dalia se despidió de su hija y regresó a su casa pensando en todo lo hablado.

Al llegar, se miró al espejo, cosa que no solía hacer, y no le gustó lo que vio. La dejadez en su ropa, en su pelo, en su cara... en ella misma... Había dejado que el padre de Lila le arrebatara su vida en más de un sentido, y eso lo notaba su hija.

Era el momento de dejar de vivir en su burbuja y romperla sabiendo que tal vez le esperaba un gran batacazo de nuevo pero que la vida que llevaba, no era una vida completa.

Capítulo 7

Lila se sentía rara tras la conversación con su madre. Se había quitado un peso de encima al decir todo aquello, pero aún quedaba mucho por hacer.

Verla aparecer así vestida y con esa dejadez, le hacía sentir mal, y su madre no era capaz de darse cuenta. Cuánto más lejos se sentía de ella, más tristeza le daba dejarla sola. Se preguntaba si un día podría más su miedo a que su madre no fuera feliz, que su deseo por vivir su vida, dejando de lado todo lo que deseaba hacer para regresar con ella. Por una parte pensaba que se lo debía, pero por otra estaba cansada de pensar antes en todos que en ella misma y se sentía mal por ser egoísta. Se sentía más perdida que nunca y su distanciamiento con Brennan llegaba en el peor momento. Echaba mucho de menos a su mejor amigo, pero era muy orgullosa y no quería ir detrás de él cuando era evidente que este era muy feliz con su sustituta.

—Mira qué casualidad.

Lila se giró antes de entrar a su primera clase del día y vio a su lado al chico de seguridad que le quitó de encima al baboso en la discoteca. De día era mucho más guapo que por la noche. El pelo rubio lo tenía más descuidado y sus ojos verdes estaban ocultos tras unas gafas que le hacían parecer muy sexi.

—¿Estudias Humanidades? —preguntó el joven al verla cerca de una de las clases.

—Sí, ¿y tú?

—Estoy en el último curso de la carrera y espero de verdad acabar este año. Me llamo Josh. Le tendió una mano a Lila y esta se la estrechó.

—Lila.

—Como tus ojos.

—Lo dicen todos aunque en verdad son azul violáceos —dijo con una sonrisa.

—¡Qué poco original soy! —Se rio Josh.

—Un poco sí. —Lila miró su reloj, ya que si no se daba prisa, llegaría tarde a clase. Miró al joven con el que quería seguir hablando, pero la responsabilidad le podía—. Me tengo que ir...

—Yo también... —El chico notó que ella también se había quedado con ganas de seguir conversando y por eso se atrevió a preguntarle—: ¿Quieres que nos veamos en el almuerzo?

—Estaría bien. ¿Nos vemos aquí?

—Perfecto. Hasta luego entonces.

Cada uno se fue para su clase y los dos se giraron para ver por dónde iba el otro, saludándose con la mano al sentirse algo incómodos al ser pillados por el otro.

Lila entró a clase con una sonrisilla bailando en los labios.



A Lila se le hicieron muy lentas las clases y al acabar casi corrió hasta donde había quedado con el chico; le podía la curiosidad de saber más de él.

No fue la primera en llegar. Josh ya estaba allí esperándola y cuando la vio, sonrió de una forma tan dulce y sincera que Lila no pudo evitar devolverle el gesto.

—¿Dónde vamos?

—Conozco un lugar, no muy lejos de aquí, donde hacen los mejores almuerzos.

—Guíame entonces —dijo Lila muy confiada.

Empezaron a andar y cuando se alejaron de la universidad a Lila le asaltaron todas las dudas y miedos que desde niña le habían implantado en su familia. Josh lo notó, y se detuvo para mirarla.

—¿Pasa algo?

—No... Todo está bien. —No lo estaba, pero Lila se obligó a caminar hacia delante sin dejar que los miedos de sus familiares detuvieran más sus pasos.

Sabía que Josh podía no ser de fiar, no era tonta, pero también era consciente de que si seguía recluida viviendo del miedo de lo que pudiera pasar, no conseguiría nada.

Llegaron a un pequeño bar y pidieron unos bocadillos recomendados por el dueño. Se sentaron en una mesa con las bebidas y entonces Lila empezó la ronda de preguntas:

—¿Qué edad tienes?

—Veinticinco... casi veintiséis.

—¡Dios! Si se entera alguien de mi familia, mandan a los GEOS para sacarme de aquí. — Josh no sabía si estaba de broma o no—. Tristemente no es broma —dijo la joven dando un trago a su bebida.

—¿Tú cuántos tienes?

—Dieciocho y cada vez que me ven hablando con alguien un poco mayor que yo, se ponen histéricos. —Josh la miró sin comprender—. Lo siento, estoy quedando como una idiota. Es la primera vez que quedo con alguien sin mi mejor amigo Brennan, por lo general le dejo a él hablar al principio y yo observo...

—Te aseguraría que soy de fiar, pero eso es algo que solo verás de mí con el tiempo. Todo da miedo cuando te independizas y pasas de vivir protegido por tu familia a hacerlo solo. Date tiempo.

—¿No te parezco una loca? —preguntó la joven.

—No, es bueno que seas precavida.

—Todo hubiera sido diferente si mi madre no hubiera sufrido lo que vivió con quince años... No sé si este tema es muy intenso para nuestra primera charla.

—Hemos quedado para hablar, pues hablemos... ¿Qué le pasó?

—En mi barrio todo el mundo lo sabe, por eso no tengo que dar tantas explicaciones a quien se me acerca de lo rara que soy o de mi familia. Mi abuelo investiga a todo aquel que se nos acerca... Fue detective y así se queda más tranquilo.

—Un paranoico del orden —dijo el chico sacando un bolígrafo y un papel—. Este es mi nombre y apellidos por si se lo quieres pasar. No tengo nada que esconder.

—No haría eso... aunque gracias a sus miedos descubrió que el hombre que rondaba a mi madre era un pederasta. Por desgracia no fue antes de que la sedujera y se acostara con ella y... ¡Tachán! Yo soy el resultado de esa unión.

—Entiendo que no ha sido fácil tu infancia.

—Sí lo ha sido. A ver... he tenido dos madres. Mi abuela siempre ha hecho más de mi madre

que mi propia madre, lo que siempre ha puesto de los nervios a mi madre y han acabado discutiendo por ello muchas veces. Pero claro, mi madre solo tenía quince años cuando me tuvo. No sabía cuidarse ella y menos cuidarme a mí. Así que he vivido con un montón de consejos y de normas por parte de las dos. Porque mi madre, para no ser menos que mi abuela, a veces dejaba de jugar para imitarla... Pese a eso, nunca me ha faltado amor, aunque yo no debería haber nacido. Soy un desafortunado accidente.

—Lo que sucedió fue por algo, Lila. Nadie pide nacer, pero es su destino estar aquí.

—Ya. Nunca me han dicho que ojalá no hubiera nacido, pero no es fácil saber que naciste de un desgraciado que truncó la vida de mi madre. Ella dejó los estudios, luego los retomó a distancia... Perdió su juventud y a sus amigas. Cuando quiso recuperarlas era como si el tiempo pasado las hubiera hecho extrañas. Se ha centrado tanto en su burbuja por miedo a sufrir que ahora que puede vivir su vida sin la responsabilidad de cuidarme, está más perdida que yo.

—No tuvo que ser fácil para ella.

—No, no lo fue. Desde ese momento no encajaba en ningún sitio, solo conmigo.

—Tienes suerte de tenerla y creo que el tiempo os hará dar pasos hacia delante.

—Sí. ¿Y qué es de tu vida?

—Un poco rara... o bueno no... Mi padre se lio con mi madre estando casado y ya con un hijo de veinticinco años. Es el dueño del pub del otro día. Todo esto le costó el divorcio cuando mi madre se lo contó a su mujer, cuando este le dijo que no pensaba hacerse cargo de mí. Él nunca se ha hecho cargo, pero mi hermano y la ahora ex mujer de mi padre, sí. Nunca nos ha faltado de nada gracias a ellos.

—Por lo que me contaste de tu hermano, no te regala nada.

—No, me ayuda pero nunca me ha querido dar más de lo que podía conseguir. Lo hizo por mí, para que el dinero fácil no me cegara, y se lo agradezco. Por cierto, mi hermano es de la misma edad que mi madre.

—Ahora me dirás que han acabado juntos...

—No, mi madre se casó hace unos años con uno de los trabajadores de la casa de este y es un buen hombre que la cuida mucho.

—Ahora le has quitado el misterio a la investigación —bromeó Lila.

—Soy un libro abierto. No me gustan los secretos, porque te acaban por alejar de la gente que te importa.

—Eso sí. Pero siempre hay secretos o tal vez cosas que te guardas para ti.

—Puede ser... Yo si algo me molesta lo digo. En eso me parezco a mi hermano, aunque él no tiene mi encanto y siempre parece que está gruñendo. —El joven sonrió. Quería mucho a su hermano, había sido como un padre para él. Ya que el que compartían nunca lo fue de verdad para ninguno de los dos.

—El padre de mi amigo Brennan tampoco se hizo cargo de él, pero la familia de este sí, y son adorables.

—Ya es la segunda vez que lo mencionas. ¿Sois muy amigos?

—Sí, nos hemos criado juntos. Yo soy la loca que se quiere tirar a todo de cabeza y él el que me advierte de los peligros. —Lila sonrió al recordarlo—. Pero más de una vez por hacerme feliz, ha dado vida a mis locuras.

—¿Y ahora dónde está?

—Estudiando Educación Física. Decidimos no vivir cerca, ni en la misma casa... Bueno... yo lo hice. Quiero volar sola y saber si seré capaz de levantarme cuando las cosas no me gusten. Brennan siempre me ha protegido mucho. Tanto que es como mi madre... Los dos han pensado más en mí que en ellos mismos. Creo que es hora de que me dejen ir y se centren en ellos.

—La gente que te quiere no quiere estar lejos de ti.

—Ya... pero esto nos vendrá bien a todos.

—¿Y no lo echas de menos?

—Mucho... Éramos inseparables, aunque ahora tiene una nueva amiga especial. Esperaba que todo cambiara pero no tan rápido.

—¿Sientes algo por él?

—¡Ni loca! Es solo mi amigo, como un hermano. —Lila puso cara de asco—. No es para nada mi tipo, aunque lo quiero como a nadie.

—Entiendo. Si aceptas un consejo, se puede volar y ser libre al lado de los que te quieren. No tienes que estar sola para hacerlo, pero tristemente eso se aprende con los años.

—Es verdad, olvidaba que eres un viejo. —Lila le sacó la lengua.

Siguieron comiendo y hablando un poco de las clases.

Josh había tenido que dejarse asignaturas para poder compaginar el trabajo con los estudios, por lo que aún no había terminado la carrera, aunque esperaba acabar ese año.

Al salir del bar Lila sentía que lo conocía de más tiempo que de apenas unas horas. Josh era una de esas personas que conocías con solo una mirada y a la que necesitabas en tu vida desde ese instante por la energía positiva que te daba.

Se dieron los móviles y quedaron en verse pronto. A los dos ese encuentro les había dejado con ganas de más.

Lila se fue andando a casa y pensó en llamar a Brennan, pero no lo hizo porque esperaba que él diera el paso de acercarse a ella. Entonces vio el número de su madre y la llamó. Quería comprobar que estaba bien, ya que se sentía mal por la dura conversación que habían mantenido el otro día.

—Hola, hija. ¿Qué tal?

—Bien. He conocido a un chico, y antes de que te agobies, te diré que solo es un compañero de clase.

Se hizo un silencio.

—Me parece bien.

A Lila le sorprendió la respuesta de su madre. En el fondo sabía que le había dicho lo que Lila quería oír por la conversación que mantuvieron, no lo que sentía.

Esta lo dejó estar porque no quería a su madre la precavida, sino que quería a su madre la amiga, la que escuchaba sin poner el grito en el cielo porque eso es lo que deben hacer los padres, como le decía siempre su abuela.

Lila adoraba a su abuela pero sentía que de haber vivido a solas con su madre, esta última hubiera sido diferente, porque en vez de refugiarse en sus padres hubiera tenido que tomar sus propias decisiones.

Capítulo 8

Dalia escuchaba a su hija y se guardaba sus miedos. Eran suyos, no podía seguir sembrando dudas en su pequeña. Era el momento de aprender a levantarse y lo hacía pensando en lo raro que se mide el tiempo cuando tienes un hijo. Si miraba hacia atrás, sentía que Lila era parte de su vida desde siempre y a su vez los años a su lado se habían pasado tan rápido que le costaba entender cómo toda una vida parecía que eran segundos que se le escapaban de las manos viéndola crecer.

—Ten cuidado, pero todo va a ir bien. —No pudo evitar añadir.

—Lo sé. Tengo ganas de hacer muchas cosas nuevas...

—Si te haces un tatuaje, piensa que es para toda la vida...

—¿Como el tuyo encima de la nalga izquierda? —Lila se rio.

Su madre odiaba ese tatuaje de un poni pequeño y azul. Se lo hizo cuando estaba conociendo a su padre. Quería impresionarlo y se tatuó un poni.

Lila dudaba que algo así impresionara a alguien, pero era el claro ejemplo de que había sido una niña jugando a ser adulta.

—Pienso quitármelo cuando pierda mi miedo a las agujas. —Lila se rio—. Por cierto... he quedado con Estela esta tarde para dejar que entre en mi dormitorio y me ayude a salir de mi círculo de confort.

—No tienes que hacer nada que no quieras...

—Quiero... pero me da miedo lo desconocido.

—Te entiendo, pero es hora de enfrentarte a ello.

—Sí, a saber qué me hace en el pelo, lo mismo me lo pone lila.

—O no... ¡Por Dios! Sería horrible decir: mira, tienes el pelo lila como tu hija...

Se rieron.

—Me voy a dejar llevar.

—Qué alegría escuchar eso. Ahora te dejo. He llegado a mi casa y se corta la llamada en el ascensor.

—Vale, hablamos pronto.

—Sí, envíame fotos de todo lo que te haga.

—Lo haré.

Dalia se sentó en su cama y deseó que su hija fuera feliz aunque para ello tuviera que sufrir por verla volar tan lejos.

La puerta de la casa sonó y fue a abrir sabiendo quien estaba tras ella con ganas de tirar toda su ropa a la basura.

Abrió y allí estaba su tía Estela, con una cara de felicidad que parecía la de un niño pequeño el día de Navidad ante los regalos.

—Estoy desando llevar a reciclar más de una prenda tuya que odio.

—Qué ilusión... —dijo Dalia sin muchas ganas.

Se recordó que lo hacía por su hija, para darle ejemplo y por ella, aunque esto le costaba más. Llevaba años pensando primero en su hija que en ella como mujer.

Estela la miró un segundo antes de abrir el armario y coger todo lo que allí había colgado

para tirarlo al suelo.

—Todo esto para reciclar...

—¿De verdad? ¡Hay cosas que están casi nuevas!

—Todo, Dalia, y esta tarde vamos a aprovechar que han entrado a trabajar dos jóvenes nuevos y nos vamos de compras. Ya he hablado con Kellan y se hará cargo de todo.

—Eso seguro. Tiene más pinta de jefe que yo...

—Eso es porque te encanta olvidar quién está al mando y ahora ayúdame a empaquetar todo esto que de esta criba no se salvan ni tus bragas.

—¿También mi ropa interior?

—Por supuesto. Es más antigua que yo.

—De verdad, no sé cómo he accedido a todo esto.

—Porque en el fondo te mueres por cambiar. Te conozco lo suficiente para saber que no harías nada de esto, si eso no fuera así.

Dalia no pudo rebatirla. Sentía crecer dentro de ella una emoción nueva que hacía años no experimentaba. Tal vez por eso ayudó a su tía a guardar todo aquello para llevarlo a una tienda donde la gente donaba ropa.

Al salir se sintió algo rara dejando esa parte de ella misma allí. Miró al frente y se dejó llevar por Estela.

—Te pensaba cortar yo el pelo, pero he hablado con una amiga y te hará ella el cambio de look con mi asesoramiento. Quiero que quede bien y no experimentar contigo.

—Si me quita la coleta y me peina así como con hondas estaré genial...

—¿Y dejarte el pelo largo para que recurras a la coleta en unas horas? Ni de coña.

Dalia puso mala cara pero se dejó llevar. Empezaba a latir en ella una emoción que hacía mucho tiempo no sentía.

Fueron primero al salón de belleza, donde Estela quería hacer muchas cosas con Dalia. Desde depilación, hasta decoración de uñas.

—Antes de empezar... ¿Te puedo hacer una foto para mi Instagram?

—¿Quieres vender mi vida?

—No es eso. Quiero hacer algo diferente y luego, con el resultado final, salgas con mis accesorios y joyas... Entiendo que no quieras.

Dalia dijo que sí solo por todo lo que estaba haciendo por ella su tía y pensaba que no lo vería casi nadie. Sentía que se lo debía, pero todo aquello de exponerse en redes no le gustaba. Demasiado se sabía de ella ya por lo sucedido en años anteriores, pero era el momento de dejar de esconderse y tal vez por eso posó para la foto, y se dejó llevar.

Que fuera una buena decisión o no, no era algo que fuera a descubrir en ese instante.

Dalia no se opuso a nada.

Estela estaba disfrutando mucho y de vez en cuando hacía algún vídeo para informar a sus seguidores de cómo iba todo.

La depilación no le dolió a Dalia como esperaba. Se la hicieron con algo nuevo que dolía menos. Mejor, porque siempre había sido de cuchilla ya que veía una tortura hacerse la cera y sufrir con los tirones.

Llegó el turno del pelo y Dalia vio como le ponían mechas con papel de aluminio antes de hacerle las cejas y el bigote. Ella el bigote sí se lo hacía, pero Estela aseguraba que era mejor

prevenir.

Estaba agotada de tantos tratamientos, y cuando le empezaron a cortar el pelo, se preguntó si se estaba equivocando, si iba a disfrazarse. Le daba miedo el resultado, tener que acostumbrarse a una Dalia que no conocía ante un espejo.

No podía ver cómo iba todo porque Estele había tapado los espejos para hacerlo todo más misterioso. Se había tomado en serio lo de captar la impresión al verse tras el resultado final en directo.

Cuando todo acabó, Dalia estaba tan agotada que ni ganas tenía de mirarse al espejo.

Estela hacía rato que había desaparecido y la estaban esperando para que Dalia viera el resultado final.

Llegó con un montón de bolsas de ropa y se llevó a Dalia a una sala para que se cambiara.

—¿De verdad es necesario todo esto? —preguntó Dalia al ver la falda de tubo de color azul marino.

—Sí.

Dalia se puso lo que Estela decía. La blusa era blanca con las mangas algo abombadas. El collar hecho por Estela, marcaba el punto de color al conjunto pues era de tono rosa intenso a juego con los pendientes.

—Estás preciosa, Dalia. Siempre lo has sido... pero ahora al fin reluces con luz propia.

—¿Y todo eso por haberme dejado hacer de todo?

—No, porque por una vez no has querido seguir oculta.

Dalia no lo rebatió. Había pasado por todo eso porque quería.

Salieron hacia donde estaban los espejos tapados y la gente que la miraba le decía lo bonita que estaba.

Dalia se empezaba a sonrojar con tantas atenciones.

Llegaron al espejo y Estela lo preparó todo para grabar bien la cara de Dalia cuando comprobara el resultado final.

—¿Te importa que sea un directo? —le preguntó un segundo antes.

—Llegados a este punto, no me importa. Vamos, enseñadme cómo he quedado con tanta chapa y pintura —bromeó Dalia.

Estele le dio a grabar y su amiga de la peluquería quitó la tela que protegía el espejo. Cayó al suelo y Dalia se miró sin verse.

Fue algo raro, porque esperaba encontrarse a ella misma. A la mujer de treinta y tres años que lucía siempre descuidada porque desde que nació su hija tenía de tiempo para todo menos para ella.

No esperaba encontrarse en el espejo a alguien que parecía tan joven.

Se acercó y no es que la imagen no le gustara, es que al verse en el espejo se daba cuenta de cómo había dejado que los años y lo ocurrido, la ocultara. Era como viajar en el tiempo, a cuando tenía quince años y se arreglaba para quedar con sus amigas. Le encantaba probarse cientos de ropas y maquillarse con las pinturas de su madre.

Hasta que todo cambió.

No sonrió. No podía. Estaba entre triste y feliz, y temía dejar que la felicidad saliera a borbotones para tener que admitir que, aunque amaba a su hija con toda su alma, esta había llegado tan pronto que todo lo que tenía que vivir se había perdido o tal vez se había quedado ahí

detenido a la espera de que Dalia retomara su vida.

Se sentía confusa.

Miró a Estela y emitió una pequeña sonrisa antes de coger su bolso para salir de la peluquería.

Necesitaba estar sola.

La gente la miraba y los hombres la silbaban, como si al llevar esas ropas supusiera que cargaba un cartel que les permitiera tratarla como a un objeto con patas. Tal vez antes también la observaban pero ella sabía manejar esas miradas... Estas eran nuevas, cargadas algunas de deseo, otras de envidia y muchas de curiosidad por ver quién hacía resonar esos tacones tan fuertes contra el suelo mientras huía de todo.

No paraba de recibir llamadas y pronto recordó que Estela lo estaba grabando en directo... Ahora cientos de personas sabían que había salido huyendo. Lo que pocos sabían era que huía de ella misma.

Escribió a sus padres y a su hija, y les dijo que estaba bien, que no se preocuparan...

Era incapaz de coger sus llamadas.

Estaba guardando el móvil cuando vio una llamada de Kellan y la cogió para regañarle por estar viendo su cambio de imagen en vez de trabajar.

—Te pago para que trabajes no para que mires el móvil. —No tardó en darse cuenta de que estaba pagando con él sus frustraciones personales—. Lo siento...

—No estaba mirando el móvil. Te llamo por un problema que ha habido con un pedido. ¿Qué me he perdido?

—Lo tienes todo en el Instagram de Estela, pero ahora explícame lo del problema y lo resolvemos. —Kellan se lo contó—. Vale, cojo un taxi y voy hacia allí para arreglarlo.

—Bien, aquí te espero, y, aun a riesgo de que me regañes, voy a mirar el Instagram de Estela para ver qué ha pasado para que hayas pasado de no alzar la voz a nadie a gritarme de esa forma.

—Lo siento...

—No pasa nada. Ahora nos vemos.

Dalia llegó a su barrio y antes de entrar al invernadero, vio a algunas cotillas que, al verla, le hicieron fotos para subirlas a sus redes. Etiquetaron a Estela que, con el cambio de Dalia, había conseguido muchas visitas y me gustas, además de nuevos seguidores.

Dalia veía a esa gente que hasta ahora pasaban de ella, preguntándose por qué ahora les era interesante. ¿Solo por salir en las redes sociales? Seguía siendo la misma, esa chica que se escondía entre las flores y que la gente ignoraba porque ella quería ignorar al mundo. Tal vez esa era la cuestión: ahora les había dado pie para dejar de ignorarla.

Entró en la tienda y vio a Kellan de espaldas.

Este se giró y vio el cambio en directo. Ya lo había visto en el Instagram de Estela. Dalia estaba preciosa, sus rasgos estaban más marcados, más expuestos para los que necesitaban todos esos adornos para ver la belleza de una mujer, pero Kellan no era de ellos. Él siempre la había visto hermosa.

—¿Piensas ayudarme en tacones? —bromeó el hombre.

—Pues sí, ¿Acaso las heroínas de las películas no dan leches a diestro y siniestro con zapatos de tacón?

—Cierto. Por mí no hay problema, pero deberías ponerte una bata para no estropearla esa

ropa.

—Ahora solo pienso en tirarla a la basura.

—¿Por qué no te gusta?

—No sé si me gusta, ni sé quién es esta persona. —Dalia trató de hacerse una coleta. Podía, ya que el pelo solo lo tenían dos centímetros por debajo de los hombros, pero no lo hizo porque no quería destrozar todo el trabajo de Estela.

Dalia se puso la bata y se quitó los zapatos porque no sabía andar muy bien en tacones, poniéndose unas botas de agua.

Al solucionar el problema que había surgido, estaba cansada pero tranquila. Allí, entre sus plantas, encontraba su refugio.

—Y ahora que todo está arreglado... ¿Me dejas llevarte a cenar y de copas?

—¿Y esa proposición solo porque ahora marco pecho y culo? —Kellan se rio—. ¿Me estás tirando los trastos? Sigo siendo la misma rara de las flores...

—Lo sé. Siempre te he visto y no, no te estoy tirando los trastos, por muy guapa que seas y eras —puntualizó—. No eres mi tipo. Solo te lo he dicho para animarte en plan compañero-amigo.

—Tú tampoco eres mi tipo —se defendió ella.

—Bien. Aclarado eso. ¿Nos vamos?

—Seguro que tienes cosas mejores que hacer.

—No, hoy solo tengo en mente animarte y entender por qué has salido corriendo.

Dalia se perdió en sus sinceros ojos dorados. Kellan despertaba en ella una seguridad muy parecida a la que sentía entre sus flores, y tal vez por eso asintió. Quería hablar con alguien, ya que la idea de estar sola en su casa no le tentaba.

Salieron del invernadero y montaron en el coche de Kellan y se encontraron que había demasiados mirones en el barrio atraídos por ver a Dalia con su nuevo aspecto.

—No sé en qué pensaba cuando le dije que sí a lo de que me grabara para sus redes sociales —dijo Dalia saludando a unos vecinos que la estaban grabando alejándose con el coche—. Soy la misma de hace unas horas...

—Pero antes no habías salido en las redes sociales. Esto es como ver a alguien de la televisión o el cine... Como lo ves tras una pantalla, piensas que es importante y en verdad solo hacen su trabajo y son personas reales como cualquiera de nosotros.

—Pero ganan mucho más dinero que nosotros.

—No todos, y menos ahora que cualquiera puede ser periodista o reportero teniendo el móvil cerca.

—En verdad le dije que sí por hacerla feliz, por pagarle de alguna forma lo que estaba haciendo por mí y porque quería dejar de tener miedo a sentirme expuesta a los comentarios. Hace años lo pasé muy mal con todo lo sucedido. Algunos me miraban con pena y otros pensaba que era una guarra por haberme ido a la cama con un hombre a tan corta edad —Dalia confesó a Kellan parte de lo que le atormentaba.

—Perdí mi virginidad con catorce años... En verano... Con una chica cinco años mayor que yo. Fue una mierda —confesó el hombre—. Pero la gente me decía al saberlo que era un machote... Es ridículo que la gente piense eso de mí por ser chico y de ti lo contrario, pero, aunque las cosas estén cambiando, aún no lo han hecho del todo. Para eso deben pasar muchos años, donde madres y padres críen a sus hijas en igualdad, y una sociedad que no ponga

distinciones de sexo para según qué cosas.

—Sí, pero me alegra que el cambio se esté iniciando y ser parte de ese cambio por como educo a mi hija. Algo que no es fácil.

—Lo imagino.

—Y menos cuando vives con tus padres y a veces no sabes si eres la madre de tu hija o su hermana... Mi madre hacía lo mejor para todos, pero me he sentido muchas veces tonta o mala madre por no saber tanto como ella en la educación de mi hija... Te estoy aburriendo.

—No, me gusta escuchar y esta salida es para que hables. El cambio en ti no empieza por el exterior, Dalia. Si quieres cambiar, debes abrirte al mundo.

—Lo sé.

—Tu madre solo quería ayudar y la situación tampoco debió ser fácil para ella.

—Lo sé. La entiendo pero creo que el que ella cuidara tanto de Lila y de mí, hizo que yo me relajara, que me centrara más en mi dolor y en mis miedos que en romper con ellos. Ahora que me han dejado con responsabilidades, es cuando he tenido que dejar mi círculo de confort y aprender a resolver todo yo sola. Aunque sé que en parte todo lo han hecho por mí.

—Yo he vivido solo con mi abuela, porque su hija aun estando allí era más parecida a un mueble. Nunca ha aportado nada a nuestra vida. Siempre he tratado de cuidar de mi abuela como ella cuidaba de mí. Era mi forma de agradecerle que no me hubiera abandonado como mis padres. Siempre supe la verdad, y eso me hizo madurar antes de tiempo al valorar lo que tenía.

—Siento lo de tus padres.

—Yo no. A su lado solo hubiera sido un desgraciado.

—No elegimos los padres que nos tocan.

—No, ni tampoco se puede cambiar el pasado. Solo debemos aprender de él.

Dalia asintió justo cuando llegaban al restaurante que Kellan había elegido para cenar. Aparcaron el coche en la misma puerta.

Al entrar olía a comida recién hecha. Se entremezclaban cientos de sabores apetecibles que hacían que tu boca salivara ante la perspectiva de probar los succulentos platos que se percibían en el aire.

Se sentaron a cenar y pidieron.

La bebida fue lo primero que les sirvieron.

Mientras degustaban el vino elegido, Kellan miró a los ojos a Dalia para preguntarle:

—¿Cómo eras antes de que todo tu mundo cambiara?

—¿Que cómo era antes? —Kellan asintió—. Estaba en plena edad de pavo. Creía saber más que nadie, ser la mejor en todo... Estaba insoportable. Solo pensaba en salir con mis amigas, en disfrutar... y entonces lo conocí a él una noche que en vez de ir al cine, nos escapamos a una discoteca. Que se fijara en mí y no en mis amigas, me hacía sentir especial. Era tan guapo... Costaba creer que tras esa belleza existía un monstruo. A partir de esa noche ya no salí más con mis amigas. Me centré en él y todo pasó muy rápido. Mis padres me vieron con él una tarde, se enfadaron por dejarme seducir por alguien de esa edad, pero no les hice caso y un día, en vez de ir al instituto, me fui a pasar con él a su casa. Ahí fue donde nos encontró mi padre y la policía... pero ya me había entregado a él. Cuando supe la verdad, lo que se escondía tras esas caricias... Me sentí tonta.

—Y eso te encerró en ti misma.

—Sí. Me pasé todo el embarazo con depresiones, ansiedad, ataques de pánico... Era horrible. No era capaz de ver nada positivo. Me dolía mirar a mis padres a los ojos porque les había fallado y para colmo tenían que cargar con mi hija... Entonces Lila nació y la amé tanto que me centré en ella porque era más fácil vivir para ella que para mí.

—Y entonces te perdiste.

—Digamos que me centré en otras cosas. Trabajar, ser una buena madre y una buena hija. Me arrepentía tanto de no haber escuchado a mis padres que dejé que me dijeran cómo hacerlo todo.

—Es complicado dar pasos por ti mismo cuando te has pasado tantos años dejándote llevar.

—Sí, por eso cuando me vi ante el espejo, fue como viajar en el tiempo y temer cometer cientos de errores...

—Cometer errores es parte de la vida. No tienes que tener miedo de equivocarte, solo de no hacer nada por miedo a cometer errores.

—Lo sé. Mi hija el otro día me hizo abrir los ojos. No le estoy dando un buen ejemplo. — Dalia sonrió con cariño—. Yo soy la adulta pero ella me ha enseñado millones de cosas y aprendemos siempre la una de la otra.

—Pues me alegra que hayas reaccionado.

—Estoy aterrada.

—Bien, has dejado de estar inmune a la vida. Ahora vive y equivócate.

Kellan chocó su copa con la de Dalia y ambos bebieron sin dejar de mirarse a los ojos.

Trajeron la cena y disfrutaron de ella hablando sobre el trabajo.

—Nunca me he emborrachado —dijo Dalia que ya se notaba el puntito tras un par de copas de vino—. Lo mismo me vuelvo insoportable o me da por imitar hombres como a mi hija.

Dalia sonrió y Kellan no pudo evitar perderse en su sonrisa. Se la veía más relajada que nunca. Tal vez fuera el vino, quizás la compañía, no lo sabía, pero lo que sí sabía es que había dejado de crear un escudo frente a todo y se empezaba a mostrar como era y quería ser.

Terminaron la cena y se fueron a un pub cercano donde ponían buena música y hacían unos apetecibles cócteles. Uno de ellos te lo servían en un vaso de galleta y chocolate. Dalia se pidió ese y Kellan acabó con uno igual para ver qué tal sabía.

Como Kellan esperaba, era muy dulce.

A Dalia le encantó sobre todo lo de poder comerse después el vaso.

Dalia se moría de ganas de bailar, de dejarse llevar...

Kellan lo notó por esto tiró de ella hacia la pista de baile y le dijo que se dejara llevar, y lo hizo.

Se movió al son de la música, como cuando era joven y no le preocupaba nada; cuando creía que se comería el mundo, antes de que este la engullera.

Kellan no era mucho de bailar, de hecho su baile era moverse lo justo para no desentonar, pero disfrutó como no esperaba viendo a Dalia desinhibida. Estaba descubriendo una parte de ella que no esperaba. Quería saber más de ella, pero no contaba con que lo que fuera descubriendo, le atrajera tanto. No estaba en su vida para eso, su plan era otro...

Dalia tiró de Kellan y bailó seductora para él.

A Kellan le costó tragar pero sabía que todo aquello era efecto de alcohol.

Al terminar, Dalia pasó sus manos por el cuello del hombre y acarició su pelo. No dijo nada, solo lo miró sintiéndose muy bien entre sus brazos.

—Creo que es el momento de irnos a casa —dijo Kellan estropeando el momento.

—Sí, es lo mejor. —Dalia se separó.

Kellan no quería sentir nada por ella, y por eso la había alejado cuando había empezado a acercarse demasiado, cuando comenzaba a sentir cosas que hacía tiempo no experimentaba con nadie.

El viaje de vuelta fue en silencio hasta que a Dalia le dio la risa tonta y se puso a imitar a Kellan en plan serio.

—¡Soy como mi hija! —exclamó entre risas.

Llegaron a la casa de Dalia y esta se giró para mirar a Kellan.

—Nos vemos mañana por la tarde. Descansa por la mañana. Yo puedo hacerme cargo de todo hasta la tarde.

—Soy la jefa...

—Por eso mismo, puedes delegar en mí. Y te dolerá mucho la cabeza al despertar. Vas a odiar el alcohol.

—Seguramente. Intentaré ir cuanto antes, y gracias por soportarme esta noche.

—Ha sido un placer.

Se miraron a los ojos haciendo que el silencio dijera miles de cosas que no era el momento de expresar y convirtiendo los minutos en segundos.

Dalia se bajó del coche sintiendo que algo había cambiado no solo en ella, sino entre los dos.

Capítulo 9

Lila miró su móvil en el descanso de clase preocupada por su madre.

Vio el vídeo de su tía y el cambio de su madre. Estaba muy guapa, pero su huida le había dejado inquieta. La llamó y esta le escribió para decirle que estaba bien, pero sentía que no era así. La conocía tal vez mejor que ella misma y le daba un poco de miedo el cambio de su madre. Quería que cambiara, que fuera feliz, pero le asustaba que cambiara tanto que no supiera cómo acercarse a su nueva versión. Que lo que viviera a partir de ahora, las separaba aún más que la distancia que la universidad estaba poniendo entre las dos. Se sentía egoísta, pero le costaba olvidar que ella nació sin ser esperada, y que su madre ahora tenía la oportunidad de vivir sin la atadura de criarla.

Se metió al chat de la familia donde estaban sus abuelos, ella y su madre, para comprobar si su madre había respondido a sus mensajes donde los tres le preguntaban cómo estaba y vio que justo en ese instante su madre estaba escribiendo.

Dalia:

Estoy bien, con un dolor de cabeza horrible...
Salí de fiesta con Kellan.
Bueno... de fiesta no...
Me llevó de cena...

Abuela:

¿Has tenido una cita con Kellan?

Abuelo:

Cuidado con mezclar los negocios y el placer...

Dalia:

Solo lo hizo porque le daba pena tras mi
espantada.
Nada más.
¿Acaso sabes algo de él que deba saber?

Abuelo:

No es malo, pero te lo contará cuando
sea el momento.

Dalia:

Bien... pero no me gusta.
No es mi tipo.
Siempre me han gustado más los morenos.

Lila:

¡Hola, mamá!
Me alegra que salieras y que te lo pasaras bien.
Ahora, ¿qué?
¿Vas a volver a tu ropa y a la coleta?

Dalia:

Tu tía me ha tirado toda mi ropa y acabo de ver que tengo el armario lleno de ropa nueva...
Me ha comprado una plancha para el pelo.
Yo... que no sé ni usar la de planchar ropa...

Abuela:

Doy fe.
A saber cómo vas ahora vestida.
Al menos, como no estoy, no piensan que es cosa mía que vayas echa un trapo, que la gente luego habla mucho...

Dalia:

La gente del barrio sabe que sin ti soy un desastre.
No te preocupes.
Pero dejemos de hablar de mí...
¿Qué tal vuestro viaje?

Abuela:

¿Y la universidad, Lila?

Lila:

Bien. He conocido a un chico muy majo...

Abuelo:

El viaje bien...
¿Has conocido a un chico?
Pásame sus apellidos para que lo investigue.

Abuela:

Deja a la niña en paz o tu obsesión por investigar a todo el mundo nos va a dar problemas.

Dalia:

¿Te gusta?

Lila:

No.

Solo somos compañeros pero es agradable tener un amigo fuera de Brennan... del que no sé nada.

Ahora tiene una nueva mejor amiga a la que contar sus penas.

Abuela:

Déjalo, lo mismo se echa novia pronto.

Dalia:

Con lo guapo que es no le van a faltar chicas a sus pies.

Lila:

Pues que le aprovechen.

Yo estoy muy bien viviendo mi vida sola sin sus consejos de viejoven.

Dalia:

Genial.

Todos apañados.

Ahora me voy a ver si hay algo en Internet que me diga cómo quitarme este dolor de cabeza.

Abuela:

Cuídate, hija y sé feliz.



Lila miró los mensajes un poco molesta por las respuestas que le habían dado sobre lo de Brennan. Ella no sabía que los tres no querían forzar las cosas y que Lila debía dar el paso de saber qué quería con su amigo y qué sentía por él. La conocían lo suficiente para saber que lo mejor era dejarla a su aire y que sola descubriera sus sentimientos, si es que existían.

Lila fue a su siguiente clase y, al salir de la última, vio a Brennan sentado no muy lejos, esperándola.

Se acercó a él con cientos de ganas de abrazarlo, pero no lo hizo cuando se sentó a su lado porque lo sentía más lejos que nunca.

Su amigo estaba cambiando. Solo había que verlo. Su ropa no era tan seria, era más adecuada a su edad, y el pelo ya no lo llevaba engominado y bien peinado; ahora iba más desordenado y acorde a las modas.

—¿Qué tal todo? —preguntó el chico mirando de reojo a su amiga.

Lila le dijo que bien antes de quedarse en silencio.

Brennan no podía sacarse a Lila de la cabeza. Su mundo estaba cambiando, estaba experimentando cosas que hasta hace poco no quería vivir, tal vez por miedo, o quizás por demasiada responsabilidad. Por primera vez se estaba dejando llevar porque no tenía que regresar a su casa y ver la cara triste de su madre al ver las tonterías que hacía su hijo; pero, aunque estaba cambiando, nadie ni nada hacía que su corazón latiera tan fuerte y tan vivo con Lila.

Se quedaron callados viendo la vida pasar.

Los dos jóvenes se morían por estar con el otro y hacer lo de siempre, pero creían erróneamente que no hacerlo era madurar. No entendían que crecer no era sinónimo de dejar de hacer lo que te gustaba y te hacía feliz.

—¿Qué tal las clases? —preguntó al final el chico rompiendo el incómodo silencio.

Lila se giró y se perdió en los ojos verdes de su amigo. Conocía cada matiz de su mirada y sentía que estaba triste. Pensaba que estaba así por ella, porque le incomodaba estar a su lado y no seguir disfrutando de su nueva vida.

—Bien... genial —mintió porque no quería ser menos que su amigo.

A ambos les podía el orgullo y el miedo a haber perdido al otro ya.

—Me alegro. Siempre soñaste con vivir esta experiencia.

Lila sabía que era así pero mientras soñaba con la universidad se le olvidó recrear en su mente los exámenes y trabajos que ocupaban gran parte de su tiempo.

Brennan conocía muy bien a Lila tanto que era capaz de saber si era cierto lo que le decía o no, pero tal vez porque tenía miedo de mirarla a los ojos y ver una verdad que no le gustara, no la miró.

—Hola.

Los dos jóvenes observaron al chico que les saludaba pero solo Lila lo reconoció. Era Josh.

—¡Hola! ¿Qué tal las clases?

—Bien, como siempre. Solo me he acercado para darte esto. —Le tendió unas invitaciones a su amiga—. Por si os queréis pasar por la fiesta que da mi hermano este jueves.

—Nunca entenderé por qué hacen fiestas en jueves si el viernes hay clase —dijo Lila cogiendo los panfletos—. Seguramente iremos.

—Genial. Nos vemos por allí.

Josh se alejó tras guiñarle un ojo y Brennan lo miró sabiendo que era el tipo de chico que siempre había llamado la atención de su amiga.

—Me tengo que ir —anunció el joven. No quería escuchar de los labios de su amiga que le atraía Josh.

—Ah, vale... —Lila le tendió algunas invitaciones—. Por si quieres ir con tus amigos. Yo solo necesito tres.

—Gracias. Tal vez vayamos.

Los dos se miraron a los ojos callando cientos de palabras que se morían por decir y reprimiendo las ganas de acercarse al otro para abrazarse y sentir que, aunque las cosas cambiaran a su alrededor, lo suyo resistiría a pesar de todo.

El primero en alejarse fue Brennan pensando que tal vez había llegado el momento de intentar ser feliz con otra persona. Se giró para mirar a su amiga y le sonrió con tristeza; ahora

mismo solo pensaba en volver atrás en el tiempo a un momento donde no importara nada salvo ser feliz, en vez de luchar por encontrar la felicidad en las cosas que al resto les hacen felices.



Lila llegó a la casa y se encontró con Marta haciendo un directo de cocina. Todo parecía natural, pero ella la conocía y sabía que solo fingía copiándose de otras instagrammers que tenían éxito.

Al terminar miró a Lila seria.

—Tu madre ha conseguido más visitas que yo por dejar de parecer un patito feo. Ahora ser guapa va a ser malo porque no puedo dejar de ser así.

Lila la miró sin dar crédito a las tonterías que le decía su compañera de piso. No la había visto desde ayer y eso era lo más interesante que tenía que contarle. Su obsesión por gustar le estaba poniendo nerviosa.

—Mi madre no quería ser famosa. Solo lo hizo por ayudar a mi tía.

—Ya, bueno, pero el Instagram de tu tía se llenó de curiosos... Tengo un plan. Esta vez seré yo la que se haga famosa.

Marta se marchó dejando el fuego encendido de la cocina y Lila tuvo que apartar lo que estaba cocinando ya que comenzaba a oler a quemado. Había estropeado la comida que Vera había dejado lista solo por un vídeo de Internet.

Vera llegó a casa y cuando vio su comida quemada se enfadó con su amiga. —¡Tú me deberías comprender más que nadie! ¡Esto es mi trabajo y no puedo dejar un segundo de estar ahí! —Saltó Marta antes de dar un portazo.

—Te juro que antes no era tan pava. Nunca esperé esto de ella... y en verdad tampoco me extraña tanto.

Lila sintió que Vera le ocultaba algo.

—Me hubiera gustado conocer esa versión de ella, la de antes de todo esto... —Lila le tendió uno de los panfletos que le había dado Josh—. Nos han invitado.

—No se lo digas a Marta... o nos va a fastidiar la noche.

—Si no se lo decimos, será peor —respondió Lila ya que odiaba las mentiras.

—Lo sé... Vale, se lo diré... pero no ahora. Ahora voy a ver qué podemos comer.

Vera tiró la comida quemada con lástima. Odiaba tirar comida y más si esta se había estropeado por un vídeo estúpido donde su amiga fingía que lo había cocinado ella, cuando no sabía ni freír un huevo.

—¿Qué tal las clases? —preguntó Vera a su nueva amiga mientras cocinaban algo rápido.

—Agobiada. No consigo hacerme con la carrera.

—Acabas de empezar —le dijo con una sonrisa—. Date tiempo.

—¿Y si me he equivocado de carrera?

—¿Eres consciente de que solo tienes dieciocho años y que si te has equivocado o bien puedes estudiar otra cosa o bien ser como los cientos de miles de estudiantes que al acabar la carrera no encuentran trabajo de lo que han estudiado?

—Ya, es así de triste. Nos estamos matando a estudiar para nada.

—Con suerte tú que te has criado entre flores, has nacido con una de ellas en el culo y te contratan en lo que quieras.

Lila le sacó la lengua.

—Qué graciosa... Mi madre siempre había soñado con ir a la universidad.

—¿Y por qué no lo hace ahora? Es joven.

—Ya, pero el invernadero la necesita, más ahora que mis abuelos la han dejado sola.

—Si alguien quiere hacer algo y no lo hace, no es porque no pueda, es porque busca excusas para justificar por qué no lucha por lo que desea. Eso me hace pensar siempre que en verdad no lo deseas tanto como pensabas.

—No lo sé, pero pienso seguir con esta carrera y ser la mejor por las dos...

—Lo tienes que hacer por ti, es tu vida...

—Ya.

Lila no le dijo que sentía que se lo debía a su madre por haber arruinado sus sueños.

Se sentaron a comer y Vera cogió el móvil cuando le llegó un mensaje.

—Es de Marta, que le pase sin que se me vea, un plato de la deliciosa comida que ha preparado.

—La deliciosa comida que ha preparado está en la basura.

—Sí... —Vera se levantó y fue a la basura a rescatar algo de la comida quemada. Lo puso en un plato y se fue hacia donde estaba su amiga.

—Da mucho asco —dijo Lila.

—Yo solo sigo órdenes —indicó Vera con una sonrisilla.

Lila vio como entraba en el cuarto y, cuando salía, Marta gritó de asco.

—¿Se puede saber qué es esto?!

—La deliciosa comida que has destrozado por tu mierda de vídeo y que nadie se ha podido comer —le respondió Vera.

—¡Estaba haciendo un directo!

—Pues otra vez no quemes la comida que no nos sobra el dinero.

—Tú no me entiendes.

—No. En eso tienes razón —soltó Vera a su amiga antes de que esta se encerrara en su habitación para seguir con su mundo de fantasía.

—¿Qué tal con Josh? —preguntó Vera tras comer mientras tomaban el café en el salón.

—Bien, es muy agradable...

—Y muy guapo... ¡Menudo culo tiene!

Lila ser ríe.

—Sí, tiene buen culo y todo eso.

Le parecía súper atractivo. Era su tipo. Siempre se había fijado en chicos así y Josh despertaba algo en ella pero no sabía bien el qué.

—¿Y esa cara?

—¿Qué cara?

—La de preocupada. ¿Ha pasado algo?

—No, bueno, Brennan ha venido a verme y parecía muy feliz con su nueva vida.

—¿Y eso te molesta?

—Soy muy feliz por él... pero lo echo mucho de menos.

—¿Y por qué no le dices lo que sientes y te acercas a él como siempre?

—No lo sé. Es como si cada día hubiera más distancia entre los dos y esta se hace insalvable a cada segundo que pasa.

—Eso es porque tú quieres. Es tu mejor amigo, lo conoces mejor que nadie... Si quieres, sabes cómo llegar hasta él.

—Marta es tu mejor amiga y ahora mismo no sabes cómo llegar hasta ella. —Vera se dio cuenta de que era más fácil dar consejos que seguirlos, por eso asintió—. Ya se verá qué pasa.

—Sí.

Las dos amigas se estaban alejando de los amigos con los que habían crecido y, aunque los conocían mejor que a ellas mismas, no sabían cómo cambiar la situación. Lo malo no es la distancia que pueda haber entre dos personas, son las excusas que ponemos para no acortarlas o las razones que no aferramos para no disminuirla.



—¿Entonces esta noche te veré?—Le preguntó Josh a Lila al encontrarla tras la última clase del jueves.

—Sí, iremos las tres, pero no sé si Marta estará con nosotras o con sus *cyber* amigos. Son mucho más interesantes.

—Pues vaya. Y ahora, ¿tienes algún plan?

—Nada, hasta esta tarde que nos prepararemos para la fiesta... Nada de nada. ¿Algún plan?

—¿Te apetece venir a mi casa a comer?

Lila se quedó parada. Su corazón dio un vuelco. Había visto las suficientes películas universitarias para saber que tras esta invitación siempre había una propuesta sexual.

—Yo.... No...

—¿He dicho algo malo?

—No me quiero acostar contigo —dijo la joven de golpe—. Vamos no está entre mis planes ahora. Eres muy guapo, súper sexi y reconozco que tienes un culo de infarto... pero no quiero tener sexo...

Josh se rio y cogió su cara entre sus manos.

—Mi dulce e inocente Lila, solo te invitaba a comer comida de verdad.

—Ah... Vamos que acabo de quedar como una idiota redomada.

—No, el idiota he sido yo por haberte asustado así. Se me olvidaba que te llevo algunos años...

—Ah... Claro. Salió tu lado viejo. No soy tan inocente. Sé mucho de la vida.

—No lo sabes... Se te nota. La experiencia deja marcas en la mirada y tú no las tienes. Eres inocente en muchos sentidos y por eso yo me he dejado llevar por tu inocencia. Te he invitado a comer sin pensar que podrías malinterpretarlo.

—He tenido novios y casi me he acostado con ellos. No soy tan inocente —dijo apartándose del chico.

—Casi...

—Es que soy muy lista y paso de regalar el placer de tenerme desnuda a cualquiera que me regale los oídos —respondió coqueta—. ¿Vamos a tu casa, entonces?

—Claro. Y haces bien. No regales nada a nadie. Quien quiera algo tuyo, que se lo curre.

A Lila le gustó esa respuesta. A su abuelo le caería bien, ya que pensaba de igual manera. Su abuelo había sido un padre para ella, su referente, su amigo... Lo quería mucho y cuando tuvieron el accidente de coche, aunque no les pasó nada, se asustó tanto de lo que podría haberles pasado que, sin decir nada, abrazó a sus abuelos por todos esos momentos en los que había dejado los abrazos para luego y ahora se daba cuenta de que los para luego, tal vez no existían.

Solo se tiene el ahora.

Llegaron a la casa del chico y le pidió perdón por el desorden, aunque no estaba muy desordenado, salvo por los apuntes y libros que había dejado de cualquier manera.

A Lila le gustó el lugar. Era pequeño pero acogedor.

—¿Vives solo? —preguntó al ver que solo había dos puertas, la del servicio y la de la habitación.

La cocina estaba abierta al salón.

—Sí, el primer año viví con otros estudiantes y, aunque me encanta la fiesta y el cachondeo, llegó un momento que me harté de todo y busqué la soledad.

—Yo aún no estoy en ese período. Tengo que pasarlo, hartarme de fiesta y de ligues... —bromeó.

—No he tenido tantos ligues. Me eché novia nada más empezar y rompimos este verano.

—Vaya... Lo siento.

—Yo no. Me costó darme cuenta de que no la quería. Cuando lo hice, lo más difícil fue decírselo y saber que, aunque me encantaba tenerla en mi vida, ya no estaba enamorado.

—¿Y qué pasó?

—Que la perdí.

—Lo siento.

—No pasa nada. Así es la vida. Tomar decisiones trae siempre consecuencias. —Le guiñó un ojo—. Y ahora ponte cómoda mientras empiezo a cocinar.

Lila asintió y se sentó en el sofá de cuero marrón para hojear los libros de su amigo. Pensaba que si su familia supiera que estaba en casa de un chico a solas, pondrían el grito en el cielo. Le dio un poco de vértigo pero luego se recordó que ella había tomado la decisión de dar pasos hacia donde elegía ir, no hacia donde otros esperaban que fuera para estar más segura.

Escuchó a Josh en la cocina. Lo ayudaría pero ella no sabía cocinar. Nunca había tenido que aprender, ya que su abuela o su madre siempre hacían la comida y cuando ellas no podían, su abuelo también sabía defenderse. En su casa su abuelo siempre había hecho las mismas tareas que su abuela. No existían roles. Todos eran iguales.

Lila miró su móvil y vio que Marta tenía varios directos. En uno de ellos decía que iba a hacer una encuesta para un cambio de look, que si querían pelo rosa o rojo. Pasó de darle a alguna de las dos opciones y siguió pasando las historias.

En la de su tía salía Kellan. Lo miró posando el dedo en la foto para que no pasara y se dio cuenta de que era muy guapo. Su sonrisa era ladeada, atractiva y segura de sí misma. Se preguntó si su madre sería capaz de dejarse llevar con alguien tan guapo a su lado, pero lo dudaba.

La siguiente historia era de su amigo Brennan. Salía en un bar comiendo una hamburguesa, etiquetando al restaurante, con un pañuelo muy chulo hecho por su madre y una muñequera de cuero. En el vídeo boomerang salía su querida e inseparable amiga.

No le gustaba verlo con ella, le dolía y le hacía añorar sus momentos juntos.

Dejó el móvil y se fue a ver a Josh cocinar.

Se apoyó en la puerta, y observó que el chico se había puesto las gafas que le quedaban de infarto, y que escuchaba música mientras cocinaba.

En ese momento pensó en que el pasado no iba a volver solo. Lo importante era vivir el presente y olvidarnos de planear lo que haremos en un futuro, porque mientras pensamos en ese futuro, nos perdemos cientos de segundos que nunca volverán.

—¿Me enseñas?

El joven asintió y le explicó lo que necesitaba que hiciera.

Lila se lo pasó muy bien cocinando. La verdad es que no esperaba que algo así le gustara.

—Se te nota triste —dijo Josh cuando se sentaron a comer.

—Me asustan los cambios y estoy viviendo cientos —confesó—. Estoy aterrada y pensaba que, en vez de sentir eso, estaría emocionada.

—Los cambios asustan. Respira hondo, sonríe y disfrútalos. Algunos solo pasarán una vez en la vida.

—Gracias.

—Y siempre puedes contarme qué te angustia.

—¿Por qué quieres ser mi amigo? ¿Nadie te soporta? Lo mismo eres un loco, al que nadie soporta y has visto a una idiota a la que engañar... —bromeó.

—O tú.

—Puede ser. —Lila probó la pasta—. Está muy buena.

—Lo sé —dijo el chico guiñándole un ojo.

—¿Ella te quería? Tu ex...

—Sí. Dejarla ha sido lo más duro que he hecho nunca. No podía soportar sus lágrimas y me marché porque sabía que el causante de su dolor era yo.

—No sé si es más duro para el que deja que para el que es dejado. A los dos les gustaría que todo fuera diferente y no se puede cambiar la realidad.

—Exacto.

Siguieron comiendo y hablando un poco de los libros que tenía por allí.

—Quiero que te lleves este —señaló Josh cogiendo uno que tenía cerca—. Habla de los cambios y de cómo aceptarlos.

—No me van esos rollos de libros...

—Ningún libro es un rollo, otra cosa es que no entiendas su mensaje.

—Vale, rectifico, ese libro no es muy de mi estilo. Mi abuelo lleva años tratando de que lea uno del significado de las plantas, pero, lo siento, no he nacido con la vena de cuidarlas como el resto de mi familia.

—¿No te gustan?

—No las entiendo. No sé cuidarlas. Es un arte el cuidar las plantas y yo no he nacido con él. Se lo quedó todo mi madre.

—¿A tu madre sí le gusta?

—Creo que sí. —Lila se dio cuenta de que en verdad no lo sabía con certeza. No sabía si su madre hacía ese trabajo por vocación o por obligación—. No lo sé. Hablo con mi madre de todo, pero hay miles de cosas que no sé de ella.

—Nunca se deja de conocer a una persona. Aun así me gustaría saber más cosas de ti. ¿Playa o montaña?

Lila se rio.

—¿Estudias o trabajas? Que básico eres... —Josh le tiró un cojín que Lila pilló y le devolvió—. Me gustan las dos y estudio por si no lo sabes. —Le sacó la lengua—. ¿Encima o debajo? —Lila agrandó los ojos, no se podía creer que hubiera dicho eso—. No es que me importe... Era una broma con Brennan...

—Me es indiferente. Ya no sonrías tanto —le picó el chico—. ¿Dónde usabais este tipo de broma?

—Brennan y yo nos íbamos a alguna cafetería y mientras tomábamos el café, poníamos voces a los encuentros que se producían en la calle. A mí se me daba mejor que a él. En verdad creo que siempre era yo la que ponía la voz y él solo se reía. Entre las preguntas que se hacían al verse, una de ellas era arriba o abajo. Infantiladas.

—Vivimos en una época donde los padres disfrutaban más con las películas de dibujos que los hijos, donde no sabes si una persona tiene treinta o cuarenta y donde ser friki es un referente de estar a la moda. Eres libre de ser como quieras y que la edad que tenga no te marque como debes ser.

—Ya, lo dices porque me sacas más de seis años. Has pasado por muchas etapas hasta alcanzar tu madurez.

—Es posible.

Siguieron comiendo y al terminar Josh propuso ver una película o una serie. En verdad no sabía qué le empujaba a querer estar con ella. Desde que la vio bailando sola, con esa felicidad en la mirada y esa sonrisa tan dulce e inocente, se sintió atraído por ella. Tal vez no la deseara, no estuviera enamorado, pero sí estaba hechizado por ella... por como era y la naturalidad tan fresca que aportaba a su vida.

Se esforzaba por cambiar y ser madura sin darse cuenta de que lo mejor que tenía era su personalidad y que cambiar sería un gran error que tal vez no pudiera remediar nunca.

Lila se puso cómoda viendo la película hasta que miró a su compañero de sofá y se sintió rara haciendo esto con alguien que no fuera Brennan.

—¿Pasa algo? —preguntó el chico al notarse observado.

—Nunca hubiera creído encontrar tranquilidad viendo la tele con alguien que no fuera Brennan.

—No lo has perdido. Solo estáis distanciados a saber por qué.

—Ya... Supongo que por cientos de excusas para no ser sinceros el uno con el otro por primera vez.

—No dejes que la distancia os separe y tampoco tengas miedo por estar bien con otras personas. Es tu mejor amigo, pero puedes tener muchos más amigos. Si te centras solo en una persona, te pierdes todo lo que sucede fuera de tu círculo de confort.

—Sí, por eso creo que esta distancia es buena para los dos.

—Y yo que te equivocas. Madurar no es decir adiós a las personas que quieres y te hacen

felices. Es aferrarte a ellas para, aunque tu vida cambie, tener cerca a los que quieres.

—Ya, pero eso lo dices tú que eres un sabiendo... —Lila le sacó la lengua—. Cuando hablas así me siento muy diferente a ti... muy inmadura.

—Siempre he sido así de repipi hablando. —Lila se rio—. Es uno de mis defectos, así que no creas que es de la edad. Me viene de serie.

—Eso me tranquiliza. Eres un pelmazo hablando de serie —lo picó—. Sé que tienes razón, pero no he llegado a querer entenderte...

—Lo sé. Y ahora mira la peli, que luego dices que soy un rarito hablando.

—Un viejo con consejos de sabio —le apuntó la chica.

Los dos se miraron y, aunque eran muy diferentes, les gustaba estar cerca del otro.



Vera y Lila estaban cenando pizza mientras escuchaban a Marta hablar con sus seguidores en un directo en su habitación. Había hecho una encuesta para ver qué ropa se ponía.

—La pizza de este sitio está deliciosa —dijo Lila cuando ya iba por su cuarto trozo.

—Ya te digo... y como Marta no salga a cenar, me como su parte.

La aludida salió en ese momento haciendo un directo con su móvil y grabando a sus amigas comiendo la pizza.

Lila puso cara de espanto y Vera de enfado pero Marta siguió a lo suyo. Se sentó a cenar grabando con el móvil como comía pizza.

Vera miró a Lila y le hizo una seña para salir de la imagen.

Ambas se fueron y dejaron a Marta sola cenando pizza.

Lo triste es que ni se dio cuenta de tan interesada que estaba en mirar quién la veía y qué le ponían los seguidores.

—En serio, o empieza a cambiar o me da algo. Mi vida no es un circo —dijo Vera enfadada.

—No es la primera ni la última vez que hace esto...

—Por eso. ¿Acaso no se da cuenta de que solo es una más haciendo lo mismo? Debería preocuparse más por vivir su vida que por ser la mejor en un mundo donde ya está todo inventado en las redes y solo unos pocos llegan lejos.

Lila asintió.

Se terminaron de arreglar y se fueron a la puerta para mirar a Marta. Esta se dio cuenta de la cara de su amiga Vera de enfado y cortó la historia en directo.

—¿Qué pasa ahora?

—Que no quiero que mi vida privada sea expuesta en redes. Si tú quieres salir en ellas, me parece bien, pero si decido salir es con lo que yo quiera, no con lo que tú elijas.

—Y yo igual —indicó Lila.

—Vale... y ahora vamos que llegamos tarde a unos sitios que quiero ir antes de la fiesta.

—¿A qué sitios? —preguntó Vera.

—A unos bares donde al etiquetarles, te hacen descuento en las copas, y tienen muchos seguidores. Tranquilas que solo saldré yo en las fotos.

—¿Y no podemos ir de fiesta sin tantas tonterías? —insistió Vera.

—Mira, si no quieres venir conmigo, yo iré sola.

Ambas amigas se miraron a los ojos desafiantes.

—Vamos contigo porque soy mejor amiga que tú.

—Como queráis... Al final lo pasaréis genial gracias a mí —señaló Marta ignorando apostar la mirada seria de su amiga. Iba a su propio interés y el resto no importaba, si ella era feliz.

Salieron de la casa y se fueron al primer sitio donde si les etiquetabas en tus redes, te hacían un descuento en las copas. La música era un asco y Lila no soportaba estar allí. El ambiente no era lo que a ella le gustaba pero el siguiente fue aún peor, y solo daban descuento a una persona. Mientras Marta bebía y hacía vídeos y fotos, ellas miraban los lugares con mala cara.

Cuando al fin llegaron al pub, estaba lleno de gente y la cola daba la vuelta a la manzana. Todos iban con invitación con lo que no les quedó más remedio que esperar, cosa que Marta aprovechó para subir vídeos.

Lila estaba ya pensando en regresar a su casa cuando alguien la llamó.

Alzó la vista y vio a Brennan ir hacia ella. Sus amigos los seguían.

—Ya era hora de que vinierais —dijo la chica para que nadie viera raro que los colaran.

—Gracias —dijo su amigo guiñándole un ojo.

Tenía una sonrisilla que nunca había visto en él. Cogió su cara entre sus manos y se acercó a oler sus labios. El chico contuvo el aliento por la proximidad de la chica.

—Has bebido —indicó Lila muy cerca de sus labios.

A Brennan le costó tragar. Estaba tan tentado de besarla, de perderse en su sabor, que se apartó y respondió borde.

—¿Algún problema?

—No —dijo Lila sin comprender la salida de su amigo—. Pero siempre has odiado a los que bebían.

—Solo un par de copas. No me eches el sermón...

—No, eso ya me lo echabas tú cuando yo lo hacía. —Lila se fue hacia la entrada dejando a sus amigos atrás.

Se acercó al guarda de seguridad y le dijo que era amiga de Josh. Pasaba de estar media hora más esperando para entrar. Si no la colaba Josh, se iría a su casa.

El guarda de seguridad se giró y llamó a alguien. Al poco se acercó Josh y al verla sonrió.

—¿No has mirado tu móvil? —Lila negó—. Te llamé para decirte que me avisaras y os evitaba esta cola. ¿Has venido sola?

—No, mis amigos y el estúpido de mi mejor amigo están en la cola.

—¿Ahora tu mejor amigo es estúpido? —preguntó este divertido.

—Sí, la universidad se le ha subido la cabeza hasta nublarle los sesos.

—Ya se le pasará. Ve a por ellos. Os espero aquí.

Lila regresó a por sus amigos, comprobando que Brennan y sus amigos se habían ido.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Han decidido ir a otro sitio menos concurrido para poder beber sin tener tantos problemas para llegar a la barra —respondió Vera—. Por cierto, Brennan está muy bueno y parecía dolido cuando te fuiste.

—No soy yo la que está cambiando. Es esta mierda de madurez que nos está convirtiendo en

personas que no se reconocen cuando se juntan.

—Yo paso de madurar si supone separarme de un tío tan bueno como ese —dijo Marta que parecía que no se enteraba de nada mientras miraba el móvil.

Lila les dijo que Josh las esperaba y se fueron hacia la puerta, entrando ante la mirada envidiosa de más de uno por colarse.

Al entrar las chicas fueron hacia la planta baja, pero Josh les abrió la escalera de la zona VIP.

—Si se entera mi hermano, me mata —dijo el chico con una sonrisa—. Pero merece el riesgo por ver vuestra cara de sorpresa.

Guiñó un ojo a las chicas y subió tras ellas. Esa era la zona que le tocaba a él vigilar y prefería estar cerca por si alguien se ponía borde con las jóvenes. No es que no creyeran que no se pudieran proteger, pero es que por mucho que creas poder con todo hay situaciones que pueden contigo.

—Tened. Son unos vales para la bebida. Son míos pero cuando acabo de trabajar, paso de beber y solo pienso en irme a casa —mintió. En realidad quería invitarlas pero no quería hacerlas sentir mal por la invitación—. Pasadlo bien.

Vera cogió las invitaciones de copas y se fue hacia la barra, justo cuando reparaba en que Marta no estaba a su lado. La buscó y se la encontró al lado de un influencer muy famoso al que se notaba que le estaba regalando los oídos.

—Pues como no venga pronto, me pienso beber su copa.

Se acercaron a la barra y se pidieron unos especiales.

Chocaron las copas emocionadas por la fiesta, la música y las ganas de pasarlo bien. Se lo bebieron casi de un trago.

El segundo fue más lento.

Bebieron mientras bailaban sin dejar sus copas. Era algo incómodo, por lo que tal vez por eso Lila se la bebió de un trago y se dedicó a bailar. Lo hacía muy bien, le gustaba sentir la música y dejarse llevar. Era sexi e inocente, una mezcla explosiva para los buitres que estaban cerca de la joven.

Lila no se dio cuenta pero Vera sí y se acercó a ella como si fuera su pareja mirando a los capullos que trataban de buscar un restregón fácil con su amiga.

Lila miró a Vera ajena a todo y tiró de ella hacia una mesa donde la gente se subía a bailar.

—¡Vamos! —gritó Lila con ese puntito que te hace sentirte la dueña de la fiesta.

—No sé yo si es buena idea.

—Vamos... No seas aguafiestas. —Lila tiró de su amiga y al final Vera se puso a bailar con ella.

Lila se giró y vio a Josh mirarla entre las sombras. Le sonrió y bailó hacia el joven, no quería insinuarse, solo bailaba como cientos de veces lo hacía para Brennan, quien era siempre el testigo de sus bailes y sus movimientos de caderas.

Josh la miraba hipnotizado. Tenía su mirada violeta grabada a fuego y le encantaba esa sonrisilla que ponía cuando era feliz.

Se fijó en que varios hombres iban hacia las chicas e iba a ir hacia ellas cuando le avisaron de una pelea en la planta baja, y se tuvo que bajar.

—¿Y si vamos a por otra copa? —dijo Vera abrazándola.

—No me apetece. ¡Esta canción me encanta! —dijo cuando empezó una nueva melodía.

Saltó sobre la mesa y bailó hasta que sintió que alguien invadía su espacio.

—Hola, guapa... —dijo un hombre que era muy guapo peroapestaba a alcohol.

—Hola —le respondió borde.

—¿Estáis solas?

—No necesitamos a nadie más —indicó Vera seria.

—A mí me encanta mirar —comentó el hombre seductor.

Lila agrandó los ojos al entender a qué se refería, y cogió a su amiga, tirando de ella hacia la barra, pero eso no fue suficiente para que desistiera.

—Vamos, que soy muy bueno con las manos... En serio, solo quiero hablar.

—Y yo solo quiero cortarte los huevos y tirarlos por la barandilla. ¿Te marchas? —espetó Vera.

—Vale, vale... En verdad tú me importas una mierda. Eres muy fea. Solo me interesaba tu amiga.

—Tú sí que eres feo —soltó Lila—. Ella es preciosa y si no eres capaz de apreciar su belleza, es que tienes un problema muy jodido de vista. Y ahora te pierdes de aquí o te pateo el culo.

Vera miró alucinada a su amiga. No sabía si por la voz del hombre con la que había hablado o por cómo apuntaba con un dedo a este.

—Te juro que te machaco —dijo imitando a un hombre de voz dura.

—Me marchó. No me van las locas.

El hombre se piró y Lila se giró, mirando a Vera.

—Todo controlado, *baby* —comentó Lila con voz dura.

Vera se empezó a reír, y la abrazó.

—Eres la caña. —Vera miró a Marta que seguía ajena a todo, ignorando las miradas incómodas de las personas a su alrededor—. Lástima que se lo esté perdiendo.

—Ya se dará cuenta... o acabará como desea y justificará todo lo perdido a que luchaba por lo que deseaba.

—Cierto. Vamos a bailar.

Vera y Lila se pusieron a bailar y, aunque se les acercaron pesados y babosos, ambas los espantaron.

Lila se acercó a Josh cuando decidieron irse a casa y Vera se fue a por Marta.

—Nos vamos.

—Nos vemos pronto. Mañana no iré a clase.

—Me imagino. Debes acabar agotado.

—Aun así, más de una vez he tenido que ir casi sin dormir, pero mañana puedo hacer una excepción.

—Yo sí iré. Gracias por todo. Ha sido una noche genial.

Se acercó para darle dos besos y uno, sin darse cuenta, quedó muy cerca de la boca masculina. Lila no le dio importancia, pero Josh sintió un escalofrío por todo su cuerpo ante la cercanía de la boca roja de la joven.

Se fueron sin Marta, ya que quería seguir aprendiendo cómo ser la mejor influencer, escuchando a los que allí estaban.

Vera tenía miedo de que todo ese mundo de glamur y dinero fácil, si conseguía ser conocida,

hicieran que su amiga de toda la vida se perdiera por el camino. Todo tiene un precio y tenía miedo de que el precio a pagar por su amiga fuera demasiado alto.

Capítulo 10

Dalia llegó a su casa tras un día duro de trabajo. Era sábado y tenía un fin de semana por delante para hacer cientos de cosas.

Pensó qué hacer y se dio cuenta de que estaba perdida, y que además necesitaba hablar con su madre. Hacía mucho tiempo que no hablaba con ella en serio, que dejaba siempre para luego hablar con ella. Ahora que tenía a su hija lejos y que hablaban tan poco, se sentía fuera de la vida de su pequeña y se preguntaba si a su madre le pasaba igual. Tal vez por eso cogió el teléfono y la llamó:

—Hola, hija. ¿Qué tal va todo por allí? ¿Problemas con el trabajo? ¿Alguna receta?

—Mamá, solo quiero hablar contigo.

Su madre se quedó callada y se disculpó con su marido para ir al camarote. Si su hija quería hablar con ella, debía ser algo importante. Hacía años que no la buscaba para hablar. Un día creció y dejó de necesitarla, y no había día que no deseara que la buscara como antes.

—Vale, dime. Estoy sola.

—¿Qué tal el viaje?

—Muy bien pero dudo que hayas llamado para ver cómo nos lo estamos pasando. ¿Qué te pasa hija?

Dalia notó el peso de las lágrimas en los ojos. Tragó con fuerza y miró al techo antes de empezar a hablar con su madre.

—Tengo miedo de equivocarme otra vez... salir de mi zona de confort y volver a defraudaros... volver a haceros daño.

Al fin lo había soltado. Llevaba años pagando por su error, por el dolor que causó a sus padres. Nadie la había condenado por lo sucedido. Ella sola se encerró en sí misma y trató de no hacer nada que sobresaliera o que destacara de alguna forma, y que eso trajera problemas. Se había cerrado tanto en ella misma, por miedo a defraudar a los suyos, que ahora le aterraba dar el salto y arriesgarse a un nuevo fracaso.

—Lo sé, hija. ¿Acaso te crees que este viaje solo ha sido por el accidente? También decidimos hacerlo para dejar de ponértelo tan fácil todo y que empezaras a vivir tu vida, pero para hacerlo tienes que asumir que equivocarse no es malo, lo malo es no hacer nada por miedo a los errores, Dalia.

—Soy adulta, madre de una hija que está en la universidad... Debería ser de otra forma...

—Soy madre y abuela, ¿y piensas que no tengo miedos o hay cientos de cosas que me aterran? Los años no nos hacen inmunes al dolor, solo, tal vez, inmunes al ridículo, porque cada vez te importa menos el qué dirán. —Dalia no pudo evitar sonreír—. Solo tenemos una vida, hija, y no puedes vivirla con miedo a defraudarnos, porque sabes que hagas lo que hagas, siempre estaremos ahí. Como has dicho, eres madre y sabes que pase lo que pase, el amor que se siente por un hijo, es más grande que sus errores y siempre encontramos la forma de perdonar.

—Lo sé... También me da miedo ser feliz. ¿No tiene sentido, verdad? Pero Lila llegó cuando estaba empezando a alzar mis alas y me da miedo que, si ahora consigo ser feliz, ella crea que hubiera estado mejor sin ella. No pedí tenerla tan pronto, mamá, pero me truncó la vida... aunque

pasaría por eso mil veces, si el precio a pagar, es tener a mi hija entre mis brazos.

—Lo sé, hija, y Lila quiere que seas feliz...

—El otro día me dijo que no era un buen ejemplo para ella... Por eso hice lo del cambio.

—Tiene razón. Le estás enseñando a conformarse a que si un día comete un error, lo mejor es no hacer nada más que pueda salir mal.

—Soy una madre horrible...

—No, eres un ser humano y los humanos nos equivocamos. No por ser madre eres más lista, ni por tener más años, más madura. Tienes que asumir que siempre se está en continuo cambio y no hay día que no se aprenda algo nuevo.

—Echaba de menos estas charlas... No sé por qué dejé de buscarte...

—Porque cometiste el error de pensar que si no me contabas que no estabas bien, yo sufriría menos. Es peor ver a tu hija mal y que cuando le preguntes si está bien te diga siempre que sí, sin darse cuenta que te mueres porque se abra a ti y te haga partícipe de sus problemas.

Dalia se secó las lágrimas al igual que su madre.

—Ha tenido que irse Lila para que entendiera lo difícil que es sentir a tu hijo lejos.

—Peor si está cerca de ti y quiere estar aislado.

—Ahora me doy cuenta.

—Nunca es tarde. Y ahora sécate esas lágrimas y ten un fin de semana para ti. Haz lo que te apetezca. Disfruta y la gente que te quiere, si te ve feliz, será feliz. Recuerda que el pasado no se puede cambiar. Solo podemos aprender de nuestros errores.

—Lo sé. Te dejo. Voy a ver qué planeo para mi fin de semana de chicas.

—Me apuntaba encantada de estar allí, aunque reconozco que estamos viendo cosas maravillosas... pero yo era feliz allí, a vuestro lado, por mucho que no fuerais los monumentos mejor conservados de nuestra Historia. Siempre seréis los mayores tesoros de mi vida.

—Lo sé y disfruta. No te sientas mal por ser feliz y a la vuelta estaremos aquí.

Esta vez fue Dalia la que animó a su madre porque se dio cuenta de que le pasaba lo mismo que a ella, que, aunque estaba disfrutando, una parte de su alma siempre se quedaba donde estaba su corazón. Y el corazón de una madre vive dividido entre sus hijos por los que daría la vida.

Dalia se recompuso y pensó qué hacer. Como era tarde comió lo que pilló por la cocina y luego, sin fregar, ni recoger nada, se tiró en el sofá. Su lado responsable no dejaba de pensar en los platos sucios, pero su lado rebelde decía que estaba sola, y nadie se iba a dar cuenta de ellos.

Al terminar la película se vistió con unos nuevos vaqueros y un jersey de media manga, y se fue al supermercado decidida a comprar un poco de todo para su tarde de placeres y locura; que pensado así parecía que iba a tener una tarde loca de sexo y desenfreno pero no. Pensaba más en tartas y dulces.

Se fue con el carro lleno de cosas a la sección de vinos y le pidió al chico que había por allí, que le aconsejara uno que pegara con lo que tenía en el carro. El chico la miró claramente pensando que se iba a dar un atracón de azúcar, y amable le recomendó un par de botellas.

Dalia cogió las dos de vino y fue con ellos en la mano, momento en el que la encontró Estela.

—¿Fiesta en casa? —preguntó la mujer al ver el carro.

—Sí, para mí.

—Suena bien.

—¿Y tú qué? ¿Comprando para hacer la cena?

—Sí, para mí. Hoy tu tío se ha ido de fiesta con sus amigos. En verdad se fue de comida, pero ya conoces sus salidas. Se va a comer y llega con el desayuno.

—¿Y tu hija?

—Hoy se fue a dormir con una amiga. Tenía todo pensado para las dos, cine y luego ir a cenar algo de comida basura... pero tenía sus propios planes —dijo con tristeza la mujer.

—Pues entonces te apuntas a mi noche de chicas.

Estela la miró sonriente y luego reculó:

—No... Es tu noche...

—Por eso. Me apetece pasarla contigo. —Cogió otra botella de vino—. Mejor echaremos otra de estas.

—No sé si acabaremos borrachas por el vino o por el azúcar.

Dalia se rio.

—Lo descubriremos en unas horas.

Ambas mujeres compraron y se fueron a la casa de Dalia sintiéndose traviesas y con la emoción corriendo por las venas. Era una tarde para no pensar en nada.

Nada más llegar a la casa, Dalia dejó las tartas y dulces en la mesa del salón y abrió el vino. ¿Para qué esperar? Pensó mientras ponía el canal de películas y veía qué echaban.

—¿Te puedes creer que Brennan no se acuerda de llamarme si yo no lo llamo? —Dalia dio un trago a la botella y miró a Estela. Era algo raro de un niño tan responsable que siempre pensaba antes en su madre que en él—. Esperaba que cambiara... pero ahora lo echo de menos.

—Están experimentando cosas nuevas. Vivir solos desde tan jóvenes... Era mi sueño cuando era pequeña. Ir a la universidad, estudiar una carrera y ser universitaria.

—¿Qué carrera?

—Ni idea... El sueño de ir a la universidad no incluía a qué especialidad.

—Puedes ir...

—Ya, pero no sé qué quiero. A mi edad no puedo perder el tiempo experimentando.

—¿Por qué no?

—Porque aunque me sienta joven, para muchos trabajos ya soy vieja... Es así de triste, pero es una realidad.

—Bueno... Eso es cierto. Me puse a hacer mis joyas y abalorios porque nadie quería contratarme al pasar los cuarenta. Me tuve que reinventar y acabé metida en el mundo de las redes sociales. Siento si el otro día te presioné mucho.

—No huí por eso —dijo Dalia antes de dejar la tarta de chocolate tras dar varios bocados—. Al verme así, me acordé de cómo era hace años y lo mucho que me cambió la vida por enamorarme del chico equivocado. Luego me sentí una madre horrible porque lo que pasó me trajo a Lila, pero una parte de mí no puede evitar pensar que todo pasó muy pronto, aunque no cambiaría a mi hija por nada...

—Te entiendo. Brennan llegó cuando no lo esperaba y me tocó lidiar sola con un embarazo y un niño no deseado por su padre. Mi familia tampoco me apoyó mucho al principio y fue duro. Yo cambiaría todo eso, pero no a mi hijo.

—Tuviste suerte de encontrar a mi tío y de aprender a ser feliz.

—Porque no me dio miedo equivocarme otra vez... Algo que a ti te pasa.

—No paro de recordar la cara de mis padres de espanto. Las lágrimas de mi madre cuando

se enteró de mi estado y como, aunque me abrazaban, estaban tristes. No quiero pasar por eso por mi mala cabeza.

—Pues va a tener que pasar. Lo siento, Dalia, pero la vida es para vivirla y si te equivocas, ya lidiaremos con las consecuencias.

Estele se levantó y fue a por dos copas, ya que hasta ahora habían bebido a morro. Las llenó y propuso un brindis:

—Por las equivocaciones, esas que espero que no pares de cometer.

Dalia miró a su tía y chocó la copa. Se la bebió de un trago para que el líquido le diera las fuerzas necesarias para no tener miedo a nada.

Siguieron comiendo y bebiendo. Dalia se sentía cada vez más y más borracha, y Estela igual. Tal vez por eso no fue el mejor momento para que llamara la policía a su casa.

—¿Me lo puede explicar otra vez? —Dalia no sabía muy bien qué narices le había dicho el policía porque no pudo parar de reír, pero el agente se lo repitió paciente—. Ah, vale... Nos han robado. ¡Genial! —dijo riéndose. El policía le dijo que no tenía nada de genial y que debía ir al invernadero—. Vale, no es genial.

Colgó y miró a Estela.

—¿Qué ha pasado?

—Que han robado en el invernadero. Una mierda, vamos.

Las dos empezaron a reírse. No podían centrarse. Llevaban toda la tarde bebiendo y comiendo dulces.

Se calzaron y se fueron al invernadero.

Al llegar Dalia vio la puerta de la tienda destrozada y la caja del dinero tirada, abierta de mala manera.

—¡En serio! ¿No tenían otro día para robar? ¡Hoy no me viene bien!

—Señora, esto no es una broma —dijo el policía muy serio.

—¡Lo sé! —indicó Dalia imitando su voz dura.

—¡Joder! ¡Eres como Lila! —exclamó Estela entre risas.

—¿Por qué? —preguntó Dalia con voz de hombre, dándose cuenta al momento de lo que señalaba su tía, provocando que las dos empezaran a reír.

—Hola —saludó Kellan que, al vivir cerca, alertado por la sirena de la policía fue hacia allí para ver qué había pasado y había visto a Dalia llegar muy contenta—. ¿Me hago cargo de todo?

—¿Me hago cargo de todo? —le imitó Dalia antes de reírse.

—Creo que eso es un sí —dijo el policía divertido por la situación.

—Claro, arreglaros entre machotes —indicó Dalia sacando pecho.

Estela ya no podía con la risa. Se dio cuenta de que había muchos vecinos curiosos y los saludó. Dalia hizo lo mismo hasta que una amiga de Estela se acercó a ellas y les aconsejó volver a casa.

—En serio, vaya día habéis elegido para una fiesta —dijo la mujer.

—La culpa es de la mierda de los ladrones. ¿Por qué me han tenido que robar hoy? Mejor otro día o nunca...

Dalia se tiró en el sofá y notó como todo le daba vueltas, por lo que se levantó y decidió no dejar que la fiesta se acabara. No pesaba dejar que unos ladrones de tres al cuarto le amargaran la fiesta.

Abrió la puerta de su casa y vio a varios vecinos paseando por la calle.

—¿Alguien se apunta a una fiesta?

—¿Acaso estás loca? —preguntó la amiga de Estela.

—No, estoy mejor que nunca. Esta noche nadie me la amarga.

Muchos vecinos se fueron y la miraron raro, otros se acercaron y aceptaron la invitación. Cuando Kellan fue con los papeles de la denuncia que debía firmar Dalia, se encontró a un repartidor de bebida a domicilio en la puerta y a otro de pizzas.

Entró y vio a varios vecinos allí bebiendo y bailando. Estela y Dalia lo daban todo subidas encima de una mesa.

Dalia parecía relajada, feliz y en su ambiente. Nada quedaba de esa mujer asustadiza y huidiza.

Se acercó a ella y guardó los papeles para dárselos al día siguiente.

—¿Has pedido permiso a tus padres? —bromeó el chico.

—Esto ha sido idea de mi madre.

—Dudo que te haya impulsado a esto...

—Bueno, pues es lo que hay. Unos ladrones de mierda no me van a joder la noche.

—Creo que ha pasado de cero a cien —dijo una mujer tratando de poner orden.

—Y yo creo que te va a ser imposible recoger —señaló Kellan al ver como la gente de edad avanzada comía y bebía sin importarles lo que ensuciaran.

Si hubiera contado a alguien esta situación, de seguro que pensaría que hablaba de gente de menos edad, pero la realidad es que en muchas situaciones nunca se deja de ser un niño o un irresponsable; por mucho que la gente vaya dando golpes de madurez.

Kellan trató de evitar un desastre mayor cuando vio que más gente se acercaba a la casa, e incluso tuvo que evitar que más de una mujer se echara al bolso algo que no le pertenecía... Hasta llamó a la policía para alertar del ruido.

Cuando esta llegó, la fiesta se acabó.

Todos se fueron a casa menos Dalia que siguió bailando sobre la mesa ajena a todo, metida en su mundo. Tal vez imaginando que no era más que una adolescente en una fiesta universitaria sin ninguna preocupación más que la de ser feliz.

Se quedó quieto mirándola hasta que se giró y Dalia le sonrió, y le hizo señas para que bailara la música imaginaria que ella seguía escuchando en su cabeza.

—Vamos... La noche es joven...

—Es hora de descansar.

—No quiero —dijo seria—. Tal vez mañana cambie y vuelva a ser la persona aburrida y seria... La que tiene miedo a equivocarse... No quiero despertar.

—No puedes evitarlo...

—Mi hija nunca me cortó las alas. Lo que me pasó, me hizo cambiar —dijo con lágrimas en los ojos—. Pero fui yo la que decidió cambiar, la que pensó que como madre debía ser diferente... La que creyó que como hija debía dar ejemplo... Todo fue culpa mía...

Kellan se acercó a ella y secó sus lágrimas.

—Tú los has dicho. Tú tienes el poder de seguir como siempre o ser quien quieras ser.

Dalia tomo aire y luego se abrazó al hombre. Lo hizo porque quería apoyo, pero se dio cuenta de que entre sus brazos se estaba muy bien.

Kellan la abrazó. Hacía muchos años que no se permitía abrazar a una mujer, desde que se dio cuenta de que la mujer con la que quería envejecer había dejado de quererlo. No estaba preparado para amar, para dejarse llevar, para sentir el dolor de la pérdida... No estaba preparado para que su corazón latiera más rápido que el segundo anterior a tenerla entre sus brazos... Y es que algunas cosas, como el amor, tienen voluntad propia.



Dalia se despertó con un tremendo dolor de cabeza. Salió de la cama y recordó que Kellan la dejó sobre esta cuando el cansancio se hizo con ella, tras su abrazo. Lo recordaba todo, hasta su fiesta improvisada...

Sentía un poco de vergüenza por todo.

Entonces se acordó de los ladrones. Salió de la cama corriendo y reparó antes de salir a la calle que Kellan estaba limpiando el salón.

—¿Qué haces aquí? —le interrogó Dalia, roja como un tomate.

—Ayudarte a recoger.

—No te pago para eso... —Dalia se dio cuenta del error y arrugó la nariz—. Quiero decir... que todo esto lo hice yo... Me toca a mí arreglarlo sola.

—Puede ser, pero esto es por si algún día la lío yo y necesito tu ayuda. ¿Dónde ibas corriendo?

—Acabo de recordar lo del robo. ¿Se llevaron mucho?

—No, por suerte una patrulla de la policía estaba haciendo la guardia y al pasar vio algo raro, y paró. Estos, alertados por los agentes, salieron corriendo... y fueron pillados no muy lejos. Han destrozado la caja registradora y la puerta, pero el seguro se hará cargo de todo.

—Menos mal. No es la primera vez que nos roban, por eso en la caja siempre dejamos el mínimo de dinero.

Dalia puso mala cara.

—En la cocina te he dejado algo para comer y para que te tomes para ese dolor.—Gracias, pero de verdad este marrón es mío.

—Para eso están los amigos.

—Y yo que pensaba que solo eras mi empleado y yo tu jefa a la que no quieres ver tras el trabajo.

Dalia y Kellan, tras su salida, se habían comportado como jefa y empleado. No habían hablado de su salida y Dalia dio por sentado que este no quería saber más de ella fuera del trabajo.

—Me cuesta aceptar que necesito más personas en mi vida de las que quiero o necesito —dijo el hombre—. Si me aceptas, me gustaría dejar a un lado la frialdad y ser amigos.

—Por mí encantada y ahora voy a tomarme algo para este dolor.

Dalia fue hacia la cocina y se tomó una pastilla tras comer. No podía con su alma pero debía asumir el coste de sus decisiones y en este caso era el de limpiar.

Estaban acabando cuando la puerta sonó. Abrió y vio a Estela con mala cara y a su tío.

—Venimos a ayudar —dijo su tío.

—Hemos acabado.

—Menuda liasteis —señaló el hombre con una sonrisa—. Si lo sé, nos hubiéramos apuntado.

—Ya, como que tu fiesta no fue igual de buena —respondió su mujer.

—Sí, pero en ella no estaba mi mujer, la que nunca bebe y se desmadra.

—En serio... No sé por qué te cuento nada —dijo Estela y su marido le dio un beso.

—Venga, que hoy cocino yo —indicó el hombre a Kellan y a Dalia.

—¿Adónde vas a pedir la comida?

—Al restaurante de la esquina —respondió el hombre a su mujer.

—Yo no tengo mucha hambre —comenta Dalia.

—Tienes que comer —señala la mujer—. Y luego a la cama, a seguir durmiendo la mona.
¡Qué dolor de cabeza tengo! ¿Cómo aguantan estos los jóvenes día tras día?

—Tú lo has dicho, mujer. Son más jóvenes y, aunque están hechos una mierda, no les importa. Sus cuerpos se recupera antes de estos estragos.

—Y tú lo sabes por experiencia —le picó su mujer.

—Pues claro. No he dejado de ser un joven muy atractivo.

El hombre se estaba divirtiendo mucho con toda la situación, y se alegraba de que su mujer y su sobrina se hubieran encontrado la una a la otra. Las dos se merecían ser felices.

Fueron a comer a casa de Estela y pidieron la comida.

Kellan se sentía bien entre ellos, demasiado bien sabiendo que les escondía un secreto que no sabía cómo confesar. Cuánto más tiempo pasaba sin revelarlo, más duro era contarlo. Más por Dalia, ya que temía lo que podía suceder cuando supiera lo que escondía; y el tiempo no era un buen aliado, porque cuánto más pasara sin revelar la verdad, más fuertes podían ser los sentimientos y más grande el desengaño ante lo oculto.

Capítulo 11

Dalia y Lila siguieron con su vida, aceptando los cambios que ahora había en ellas.

Dalia cada vez era más segura de sí misma y había dejado de esconderse en el trabajo tras Kellan. Hacía más de jefa porque había empezado a creer en sus posibilidades y su capacidad de resolución. No había organizado más fiestas, pero sí se había tomado más de una tarde para ella.

Kellan por su parte no le había contado la verdad de quién era o a qué había ido en verdad allí. Tal vez por eso no habían quedado más fuera del trabajo pero dentro de él, siempre andaban juntos cuando podían. Les gustaba trabajar juntos y sentir la cercanía del otro.

Dalia se sentía segura a su lado y sentía además que podía ser ella misma sin que esto alejara al hombre, que él, de alguna forma, comprendía cada una de sus facetas.

Lila por su parte estaba cada vez más lejos de su mejor amigo Brennan y lo echaba terriblemente de menos, pero los dos jóvenes estaban demostrando ser un par de cabezotas que no daban su brazo a torcer aun añorándose.

Eso solo había acercado a Lila a Josh, haciendo que cambiaran algunas formas de su personalidad para encajar con el joven más maduro.

Vera veía como sus dos amigas cambiaban, una para parecer madura y otra para parecer una influencer famosa, tal vez por eso cada vez salía más con sus compañeros de clase y no contaba con sus amigas. Algo que la ponía triste porque sentía que ambas se estaban equivocando con sus decisiones, porque trataban de ser quienes no eran y eso nunca acababa bien.

Lila salía de clase y pensaba en llamar a su madre de camino a su casa, pero no lo hizo porque no sabía qué decirle. No porque no tuviera nada que contarle, era más bien porque no quería molestarla para tonterías. Su madre ahora estaba más ocupada y no quería estropear su cambio.

Pensó en Brennan y lo descartó. El joven estaba muy ocupado con sus nuevos amigos... El dolor se agarró en su pecho, porque lo extrañaba tanto que había decidido no pensar en él más de lo necesario.

Al final no llamó a nadie ni tuvo que hacerlo porque Josh se le acercó por detrás y la abrazó.

Lila sonrió antes de girarse. Le encantaba estar con Josh, se había convertido en un gran amigo y no podía negar que sentía una atracción al mirarlo que no existía con otra persona.

—¿Te apetece venir a mi casa a comer?

—Me parece bien. Es viernes y no tengo plan.

Josh sonrió. Él tenía que irse a trabajar pero quería pasar tiempo con Lila. Cada día le gustaba más y le encantaba perderse en sus ojos, en su sonrisa... Se moría por besarla, pero no lo había hecho antes porque tenía miedo de asustarla y perderla.

Estaban saliendo de la universidad cuando se cruzaron con Brennan. El joven los vio pero ellos a él no, había ido a hablar con Lila, a decirle que entendía que quisiera conocer el mundo, pero no que lo tuvieran que hacer separados.

No se acercó a ella porque vio como Lila sonreía a Josh y como se perdía en los ojos del joven. Estaba claro que a su amiga le gustaba y no podía estar cerca de ella hablando de otro chico.

Los vio alejarse pensando que tal vez había llegado el momento de pasar página, de intentar ser feliz con otra persona que no fuera Lila, aprendiendo a vivir con lo que sentía por su mejor amiga y deseando que un día sin darse cuenta sus sentimientos se apagaran y tal vez ese fuera el momento de recuperar su amistad.

No podía imaginar un futuro donde no estuviera ella a su lado, de la forma que fuera.

Lila fue a casa de Josh sin ser consciente de la tristeza de su amigo. Tal vez de saber los sentimientos del chico todo sería diferente o las cosas se complicarían más. Si un te quiero llega cuando no se está preparado para ser escuchado, puede provocar en vez de un dulce beso, una pronta partida.

Llegaron y se pusieron a cocinar como hacían últimamente. Solo que esta vez había más miradas y aprovechaban cualquier excusa para tocarse las manos.

Lila no era tan inocente como Josh pensaba y sabía que algo había cambiado entre los dos, y que esa comida no era igual a la primera vez que estuvo allí.

La comida estuvo cargada de miradas sugerentes y el beso tal vez llegó antes de que Lila supiera si quería dar ese paso con Josh.

Al final se dejó llevar por ese calor que calentaba su cuerpo y, aunque no llegaba a su alma, ese cosquilleo era suficiente para querer uno más.

El beso se fue haciendo cada vez más intenso. Las ganas de Josh por besarla desde hacía tiempo se mezclaron con las de explorar el propio deseo de Lila.

El joven se detuvo cuando la sintió temblar bajo sus brazos y le dio un tierno beso en los labios.

—No sabes el tiempo que llevo deseando besarte.

—Y yo sin darme cuenta... Qué lerda.

Josh sonrió.

—Inocente... Dulcemente inocente.

Josh la besó de nuevo y solo paró cuando su móvil empezó a sonar sabiendo que sería su hermano para seguramente pedirle que entrara antes a trabajar.

—Me tengo que ir... ¿Tienes planes para esta noche?

Lila tenía ganas de salir con Vera y sus amigos pero pensaba que si se iba de fiesta universitaria, Josh pensaría que era una cría.

—No, me quedaré en casa viendo algo en mi *tablet*.

—Si quieres os doy pases para el pub... —dijo Josh mientras iba a su habitación para cambiarse.

Se quitó la camiseta sin pensarlo mucho y Lila se quedó quieta en el umbral de la puerta admirando el torso marcado del chico.

No se fue porque quería parecer adulta.

—Se lo puedo decir a Vera y a Marta para ver si les interesa.

—A Marta seguro si os cuelo en la zona VIP.

—Sí, con tal de hacerse fotos con famosos, lo que sea.

—¿De qué color lleva hoy el pelo?

—¿No lo has visto en su Instagram? —preguntó la chica con una sonrisa.

—No, no he tenido tiempo para mirar tonterías —respondió con otra sonrisa.

—Hizo una encuesta y salió verde. Está horrible y se está quemando el cuero cabelludo, pero

no es capaz de parar. Lo mejor es que ahora está de moda tirarse pedos de colores. —La cara de Josh dio risa a Lila—. No me mires con esa cara que es cierto. Y ella está investigando cómo grabarse para hacerlo bien sin que la eliminen por mostrar el culo.

—¿Y todo por tener seguidores?

—Y ser famosa.

Josh negó con la cabeza y se puso una camiseta negra sobre los vaqueros, y luego su perfume. A Lila le encantaba como olía.

Esto no era nuevo para ella, Brennan y ella se habían vestido y desvestido delante del otro desde críos. Para ellos era algo cotidiano, pero Josh no era Brennan.

—¿Te acompaño a tu casa? —le dijo Josh ya en el ascensor tras darle las invitaciones por si querían acercarse al pub.

—No, voy dando un paseo.

—Como quieras. Si vais, avísame para que salga a la puerta a buscaros.

Salieron a la calle. Cada uno iba para un lado y Lila se preguntó si habría un beso de despedida. Al final solo hubo un guiño de Josh antes de decirle que tuviera cuidado.

Lila se fue rallada a casa pensando en el beso. Le había gustado y quería otro, pero no entendía por qué, tras el beso en la casa, no había llegado una conversación que explicara lo sucedido. Tal vez esta no debía de existir cuando no hay en juego más que un intercambio de besos y nada más.

Lila anduvo hacia su casa pensando en los besos con Josh. El chico besaba muy, muy bien. Se notaba que tenía mucha experiencia en las artes amatorias. Le había encantado perderse entre sus labios pero le inquietaba que, tras esto, no se hubiera hablado de ello.

Llegó a su casa rayada y por eso no escuchó los gritos de Marta hasta que asimiló la situación y fue corriendo al cuarto de esta para ver qué pasaba.

—¿Se me ha quemado el pelo?! —gritaba entre lágrimas y desesperada al ver como al hacerse la plancha su pelo destrozado por los tintes se partía—. Es horrible.

—Te dije que esto podía pasar —dijo Vera.

—¿Y ahora qué voy a hacer?

—¿Dejar de teñirte? —señaló Lila como si no fuera evidente.

Marta no dijo nada, solo miró el móvil y dijo:

—Pronto os contaré cómo soluciono este desastre... Espero que me mandéis vuestro apoyo.

Le dio a subir los vídeos y miró a sus amigas seria.

—Seguro que de esto sale algo bueno... Me hago un vídeo de esos que no paran de compartir...

—De una palurda que se ha quemado el pelo. ¿Merece la pena por ser famosa entre cuatro o cinco?

—Pues sí, y si vieras mi perfil, verías que tengo cada vez más y más gente que apoyan a esta a la que llamas palurda porque se identifican conmigo.

—Te siguen porque no tienen nada mejor que hacer, pero no te olvides que a tu mejor amiga, la que siempre ha dado la cara por ti, la estás dejando de lado por miles de personas que, a la hora de la verdad, mirarán para otro lado.

—¡Mira cincuenta me gustas en nada de tiempo! Para que luego digas.

—Es imposible razonar contigo ahora —soltó Vera que se marchó hacia su cuarto.

Lila siguió a Vera y se sentó en la cama mientras esta daba vueltas por la habitación enfadada.

—Tiene tal dependencia al móvil y a las redes sociales que se está perdiendo la vida y ni se da cuenta. El otro día, un chico muy guapo la miró y le dijo hola, y ella ni se dio cuenta. Yo vi como el chico la veía alejarse con una triste sonrisa y sentí que ese muchacho merecía la pena. Más que esos falsos con los que se junta ahora... Pero está tan ciega que no se da cuenta de lo que pasa en su vida real. Se acaba de quemar el pelo y lo ha subido sabiendo que se reirán de ella por tonta... ¿Tú ves normal hacer esto por conseguir seguidores?

—No, pero ella sí y hay mucha gente como ella hoy en día que hacen lo que sea por conseguir más seguidores como si tener muchos seguidores fuera sinónimo de que eres el mejor.

—El otro día fuimos a nuestra casa —Lila asintió porque lo sabía—, y sus padres decían que su hija era famosa... En vez de notar lo mucho que había cambiado y las tonterías que hacía, dijeron que su hija estaba a la moda. Sus padres siempre han estado más pendientes de ellos mismos que de Marta... Marta debería saber dónde le lleva este camino al verlos. —Lila no lo entendió muy bien y Vera no quiso contar más.

—Tal vez quiera llamar su atención.

—Sus padres son los primeros en darle me gusta y decir que su hija es la mejor en todo, pero por redes sociales. No dudo que no quiera llamar su atención y que desde luego no tiene muy buen ejemplo con ellos...

—¿Y dices que pasan de ella?

—Sí, porque es más fácil ver todo bien, a educar y decir no de vez en cuando. A Marta le dejan hacer todo lo que quiera con tal de que no les moleste. De pequeñas íbamos a su casa a jugar porque podíamos hacer todo lo que quisiéramos sin que sus padres nos regañaran. Un día hasta pintamos las paredes con rotulador. Su madre sonrió y al día siguiente contrató a un hombre para que repintara las paredes. No dijo nada. Mi madre hubiera puesto el grito en el cielo y con razón... Pues así con todo.

—Vaya. A mi madre siempre le ha costado ponerme límites porque no quería ser como mi abuela, pero si me tenía que regañar, lo hacía y luego venía mi abuela y me regañaba todavía más.

—Doble castigo.

—Sí, era horrible.

—¿Y tu madre cómo va? ¿Ha vuelto a ser como antes o ha decidido dejar su vieja vida atrás?

—Creo que no... No he ido aún a verla desde que vine.

Vera pensaba que ese fin de semana que ellas se fueron a casa, Lila también lo haría. Desde entonces no habían hablado y no se lo había podido preguntar.

—¿Por qué? ¿No tienes ganas de verla?

—No tengo ganas de volver a mi vida de antes... Es raro.

—Es tu vida y no la puedes cambiar.

—Ya, pero no sé... No me apetece ir a mi barrio. Echo de menos a mi madre... pero de momento quiero seguir viviendo mi vida.

Vera no dijo nada, ya que sentía que había algo más tras esas afirmaciones.

—¿Y con Josh qué tal?

—Pues nos hemos liado, pero supongo que es algo normal entre amigos.

—¡¿Te has liado con él?! ¿Cuándo?

—Esta tarde y luego como si nada.

—¿No te ha dicho que le gustas ni nada?

Lila negó con la cabeza.

—Me ha dado pases para la discoteca —dijo sacándolos del bolsillo.

—¿Y tú qué sientes?

—Besa muy bien —comentó con una sonrisilla—. Y tiene algo que me atrae.

—Es muy guapo y sexi. Disfruta mientras dure.

Lila la miró extrañada por sus palabras. Iba a decir algo más cuando los gritos de Marta silenciaron toda la conversación. Al poco entró en la habitación de su amiga, pero esta vez sin móvil.

—Si me arreglo el pelo, se me corta por el calor de la plancha. ¿Qué hago?

Con el pelo verde y medio quemado, parecía una loca salida de una película de terror.

—¿Comprarte una peluca? —dijo Vera.

—¡No tengo dinero para pelucas! Ayúdame, por favor.

—Te puedes poner el pelo hacia atrás con gomina —indicó Lila—. Se lleva ahora mucho.

—Genial, buena idea mientras pienso qué hacer. —Marta dio un beso en la mejilla a Lila y salió del cuarto.

Vera le pidió a Lila las invitaciones y fue a buscar a Marta para dárselas, y así animarla. Su amistad estaba en su peor momento, pero la quería y si estaban así, era por eso mismo, porque no era capaz de mirar hacia otro lado cuando su amiga se estaba destrozando la vida.

Decidieron ir pero antes Vera había quedado con sus amigos en otro sitio.

Lila se arregló con esmero, ya que quería que Josh la viera muy guapa y madura. Por ese motivo descartó varios de sus vestidos preferidos y elogió los que le hacían parecer más mayor.

Fueron hacia un bar que estaba muy de moda entre los estudiantes porque tenían las bebidas muy bien de precio, y entraron para buscar a los amigos de Vera. Estaban al fondo en las mesas de billar.

Se pidieron unas cervezas y vieron como jugaban.

Lila era muy buena jugando al billar pero era algo que hacía con Brennan y jugar le recordaba a su amigo, lo que la ponía triste.

Se apoyó en una barandilla que había, desde donde se veía la zona de mesas donde la gente bebía y bailaba, y vio a Brennan con Ailén, como esta se alzaba y besaba a su amigo en la boca.

El impacto fue tal que se quedó paralizada. Nunca había visto a Brennan con una chica. Nunca había tenido novia.

Una parte de ella quería que él la rechazara, esa a la que Lila no quería escuchar ni comprender.

Miró la escena y vio como su amigo, tras una pausa, le devolvía el beso.

Brennan no tenía pensado besar a Ailén, pero deseaba besarla y perderse entre sus labios para así no recordar que esos besos se los quería dar a otra mujer. Tal vez un día, sin darse cuenta, olvidara a Lila. Quizás ese era el comienzo de su nueva vida.

Se separó un segundo y miró a la sala y allí estaba Lila mirando la escena como petrificada. Por primera vez no supo leer en su mirada o no quiso hacerlo porque daba ya todo por perdido.

La saludó y se giró para mirar a Ailén con todo el dolor de su corazón. Esta sabía de los sentimientos del chico por su mejor amiga, pero también que ella era muy capaz de hacer que la olvidara.

El juego había empezado.



—Gracias por traerme de vuelta a casa —dijo Lila a Josh en la puerta de su casa.

Cuando Vera se cansó de ver a Marta hacer el tonto lamiendo el culo a todos los famosos, dijo que se iba. Acaban de llegar y Lila tenía más ganas de fiesta y sobre todo de estar al lado de Josh. El chico lo notó y le indicó que ese día salía antes, que si se quedaba, luego la acompañaba a su casa. Lila aceptó y disfrutó de la fiesta, sola, ante la atenta mirada de Josh en la zona VIP.

Le encanaba ver a la gente bailar desde el reservado e ir a su bola. Se la había acercado algún que otro baboso pero lo había ignorado. Al final su abuelo tenía razón y la ignorancia era la mejor arma.

Ahora estaban en el portal y Josh no dejaba de mirar sus labios. Quería besarla, más que eso... el deseo que sentía por Lila corría por sus venas pero el problema es que por mucho que ella quisiera aparentar madurez, a él no le engañaba. Mientras él temblaba de deseo, ella lo hacía por ir demasiado rápido ante algo que no controlaba.

—De nada. Si quieres mañana podemos quedar para ir a comer fuera.

—Estaría genial... —Lila se mordió los labios y Josh ya no pudo soportar más la tentación y, tras coger su cara entre las manos, la besó de nuevo.



Brennan no se sentía bien tras los besos compartidos. No dejaba de pensar en Lila, en esa mirada que por primera vez no sabía cómo descifrar. Quería hablar con ella y le daba igual la hora que era. Era su mejor amiga, que la quisiera no debería separarlos. Se había distanciado de ella porque era lo que su amiga quería pero... ¿y lo que quería él?

Brennan estaba dando pasos a sitios donde no se sentía a gusto para ser una persona que no era. Se estaba dejando llevar porque era más fácil eso que sentir que rogaba a su mejor amiga que las cosas no cambiaran entre los dos.

Llegó al portal de Lila y la vio entre los brazos de Josh.

Notó dolor en su corazón y sonrió con tristeza mientras veía a su amiga dedicar a Josh la mirada más dulce que él no había visto jamás.

Tomó aire y se dio la vuelta.

Se perdió entre las sombras y a cada paso que daba hacia su casa fue recordando y tratando de olvidar cada una de las cosas que le gustaban de ella.

Sus caminos se habían separado un poco más.

Capítulo 12

Dalia dejó el móvil en el mostrador y pensó en lo mucho que extrañaba a su hija.

No sabía nada de ella. No esperaba que tardara tanto en querer ir a verla. Esperaba que en pocos días buscara estar a su lado.

Miró hacia la calle y vio a una niña abrazando a su madre y tuvo ganas de decirle que atesorara ese momento porque todo pasaba demasiado rápido.

Luego pensó en su madre, en que ella como hija era como Lila y se sintió mal, tal vez por eso la llamó. Ahora entendía a su madre más que nunca, cuando la extrañaba, cuando la necesitaba y cuando se daba cuenta de que cuando tienes a alguien siempre ahí, no aprecias lo mucho que lo necesitas en tu vida.

Estuvieron hablando de todo un poco hasta que Kellan entró en la tienda cargado de plantas y Dalia se quedó sin habla al verlo.

Hacía unos días que notaba que su corazón latía de forma diferente a su lado, que se perdía en sus sonrisas y que si no le decía de quedar fuera del trabajo, era por miedo a que notara que se moría de ganas.

—¿Hija? ¿Sigues ahí? Nada... Se ha cortado...

—No, estoy aquí... Es solo que... Todo está bien mamá. Te llamo pronto.

—Vale, pequeña. Nos vemos.

Dalia sonrió por el apelativo. Para una madre sus hijos nunca dejan de ser sus pequeños, tengan la edad que tengan.

—¿Todo bien? —preguntó Kellan acercándose a Dalia.

—Sí, todo genial... Muy bien... Sí. ¿Y tú? ¿No tienes calor? Quiero decir frío.

Kellan sonrió, se apoyó en el mostrador y miró a Dalia con una sonrisa ladeada.

—¿Tú tienes calor?

—Sí... No... Nada. Hace frío. —Dalia miró a Kellan que seguía sonriendo—. Tienes trabajo, ¿verdad?

—Mucho y tú también. —Le señaló las plantas que había traído.

—Sí, vamos a seguir, que hace un día buenísimo. —Justo cuando lo dijo se escuchó un trueno.

Llevaba todo el día lloviendo y solo había parado hacía unos minutos pero parecía que iba a llover de nuevo.

—Para mí, sí. Me encanta la lluvia —dijo Kellan—. Con mi abuela la veíamos desde la cocina comiendo chocolate con churros. Me encantaba compartir con ella los ruidos de las gotas de lluvia.

—A mi padre también le encanta. Cuando llueve siempre dice que hace un día maravilloso. Menos ahora que están de viaje y cuando le llueve se queja en el grupo de WhatsApp.

—Se nota que los echas de menos.

—Sí, pero me está viniendo bien esto. Estoy pensando cosas que antes no me atrevía a pensar.

—¿Como qué?

—¿Has visto la casa que venden al final de la calle?

—¿La que hay que tirar entera y hacerla nueva?

—Toda no... Tal vez no la estructura... Me gustaría comprarla. No piden mucho... y creo que por los años que lleva sin venderse, me la pueden dejar a la mitad. Me gustaría hacer de ese lugar algo mío. Me encanta vivir con mis padres, pero en este tiempo he descubierto que también me gusta tener mi espacio y vivir en mi casa.

—¿Y no hay otra opción mejor? —preguntó Kellan con una sonrisa.

—No. Esa me parece perfecta. Es una casa hermosa que necesita alguien que la cuide y no alguien que la tire solo porque ha perdido su belleza. Es como yo. Se ha dejado perder... pero yo he tenido arreglo. —Kellan tocó su coleta y Dalia notó un escalofrío—. Algunas cosas no van a cambiar, otras sí... ¿Crees que es una locura invertir en esa casa?

—Creo que es tu locura. Hazla realidad y no pienses en nadie más.

Dalia sonrió y asintió.

—Gracias por escucharme y ahora a trabajar. —Le sacó la lengua y se pusieron a trabajar cada uno a lo suyo.

Al acabar, Dalia pensó coger un paraguas, pero luego decidió que no y se puso un chubasquero y sus botas de agua antes de cerrar la tienda.

—¿Vas a caminar bajo la lluvia? —preguntó Kellan al verla vestida de amarillo.

—Sí. Me apetece dar una vuelta sintiendo la lluvia rodeándome... ¿Te apuntas?

Kellan la miró y se perdió en sus ojos violetas, esos con los que soñaba cada noche y cada vez lo tenían más y más preso.

—Vale —aceptó antes de ir a por sus botas y buscar un chubasquero donde sabía que los guardaban. Se puso uno negro y fue hacia donde estaba Dalia.

Empezaron a andar.

A Dalia le encantaba perderse entre la lluvia, y por eso, en vez de correr como el resto de la gente, alzó la cabeza y dejó que la lluvia acariciara su rostro.

Kellan la miró...

Ella no lo vio porque los ojos de Dalia estaban cerrados para sentir mejor su pequeño placer, mientras Kellan descubría el suyo: ella.

Le encantaba la nariz de la mujer, sus labios rojos y que siempre encontraba una razón para reír. El miedo le había dejado a un lado y ahora brindaba al futuro, pero solo para quien supiera mirar.

Hacia días que Dalia había encontrado su forma de vestir su forma de ser, y, aunque se arreglaba más, no le gustaba hacerlo para destacar. Tal vez eso la hacía más hermosa, porque no escondía sus ojos tras cientos de capas de falsa belleza.

Dalia tomó aire y se giró para mirar a Kellan. No estaba preparada para la mirada del hombre, para lo que veía en sus ojos marrones. No estaba preparada para ese fuerte deseo de acortar las distancias y besarlo con la misma intensidad con la que la lluvia caía sobre ellos.

Miró sus labios bañados por el agua y notó como la distancia se acortaba entre los dos casi por cosa de magia, como si un imán tirara de sus cuerpos o una fuerza ajena a ella los arrastrara, siendo incapaz de apartarse.

No se supo bien quién dio el primer beso. Solo que el segundo llegó sin excusas que impidieran dar rienda suelta a sus deseos, por dos almas que se habían encontrado cuando ni

siquiera habían empezado a buscarse.

El deseo se abrió paso entre los dos haciendo que los besos dejaran de ser tentativos a ser arrasadores.

Dalia llevaba años sin besar, sin estar entre los brazos de un hombre y todo lo que sentía acallaba las razones por las que no debería ir rápido.

Kellan por su parte la deseaba demasiado y llevaba muchos días soñando con besarla, y si no había dado el paso era por lo que callaba. Si ahora guardaba silencio, era en parte porque sentía que cuando la verdad saliera a la luz, todo cambiaría entre los dos y solo tendría ese momento a su lado.

La casa del hombre estaba más cerca, y llegaron entre besos cómplices y caricias furtivas siendo la lluvia el único testigo de sus atenciones.

Cerraron la puerta y fue como si fuera el pistoletazo de salida para que la ropa que tanto les molestara, empezara a caer sobre el frío suelo.

Dalia nunca había sentido esa emoción corriendo por sus venas. Su primera y única vez había sido rápida y dolorosa. Solo tres minutos de un placer inexistente y de un deseo que nunca se encendió.

Ahora todo era distinto.

Ella participaba y guiaba sus pasos. Dominaba la situación y la quería.

Acarició el pecho del hombre que tanto había añorado tocar y solo se había permitido hacerlo en su mente. Se deleitó con su torso duro y firme, y acercó sus labios para besar cada centímetro de su piel mientras Kellan acariciaba su espalda y dejaba besos en su cuello que repartían cientos de escalofríos por su piel.

Kellan dejó de besar su cuello y pasó sus manos, y sus labios a los turgentes pechos de la mujer. Le encantaba el cuerpo de Dalia, lleno de curvas y naturalidad. Acarició sus pechos y sonrió al ver como reaccionaban a sus atenciones. Era muy receptiva y eso encendía su sangre más de lo que ya estaba.

Hacía muchos años que con su ex pareja las cosas en la cama se habían enfriado y, tras romper, no había encontrado a nadie con la que deseara permitirse esos placeres. Tal vez por ser muy exigente o por miedo a que todo quedara en el deseo de que fuera bien y solo se quedara en un recuerdo que olvidar.

Acarició los endurecidos pezones antes de acercarse y lamerlos con su lengua. El sabor de Dalia lo tenía embriagado, una mezcla de dulzor y flores... Era como si cientos de aromas florales se hubieran posado en su cuerpo para dotarla de un perfume único.

Dalia metió sus manos entre su pelo mientras sentía que sus atenciones la transportaban a un mundo lejos de ese lugar. Era como si flotara. Ya se podía caer la casa a su alrededor que dudaba de que se diera cuenta.

Kellan cogió a Dalia entre sus brazos y la dejó caer sobre el sofá antes de buscar la protección en su cartera. Se cernió sobre ella y acarició la cara de la mujer.

Dalia le sonrió segura y feliz por el paso que estaban dando. Ahora mismo no existían las dudas.

Kellan se adentró en ella sin dejar de mirarla sintiendo como el estrecho cuerpo de la mujer lo recibía. Se quedó quieto dejando que Dalia se acostumbrara a él y fue ella la primera en moverse, en querer explorar al máximo ese nuevo mundo donde ella no era solo una mera

espectadora.

Ella participaba.

Siempre había temido que, tras lo vivido en el pasado, la primera vez que se acostara con alguien, recordara ese amargo momento, pero no era así. Kellan ocupaba todos sus pensamientos y no dejaba cabida a las pesadillas.

Kellan entró y salió del cuerpo de la mujer sin poder dejar de besarla y de acariciarla. El orgasmo llegó demasiado pronto para los dos, pues el deseo solo se había dormido tras esa explosión de puro deseo.

Kellan no tenía suficiente de ella... quería más y, al mismo tiempo temía que, cuando el alba acariciara sus cuerpos, todo quedara olvidado para poder seguir con su vida como si ese encuentro nunca hubiera tenido lugar... Tal vez por eso la abrazó con fuerza incapaz de dejarla ir.

Dalia se refugió entre sus brazos sintiendo la tranquilidad de estar donde debía estar. No existían las temidas dudas. Había hecho lo que deseaba por primera vez en mucho tiempo y eso acallaba todo lo demás.

Nada podía salir mal.



Dalia se despertó sintiendo las caricias del hombre en su espalda. Se quedó un rato haciéndose la dormida para disfrutar de ese instante donde Kellan estaba a su lado sin esconderse, creyendo que no era consciente de sus atenciones. Por mucho menos de lo vivido, se enamoró la primera vez... Ahora era consciente de que en verdad nunca fue amor, solo ganas de tenerlo todo. De tener un novio que la quisiera, de tener el gran amor de su vida... Llamó amor a sus ganas de correr y llegar antes a todo lo que le esperaba cuando creciera.

Si aún no quería pensar en que podía estar enamorada de Kellan, era solo porque temía una vez más entregar sus sentimientos demasiado rápido.

La noche había sido especial. Dalia había escuchado hablar de ese tipo de placer, pero nunca lo había sentido. Antes de que amaneciera y, como si Kellan tuviera miedo de que la luz del día lo separara, la despertó entre besos y le hizo el amor una vez más.

Se giró y lo miró a los ojos.

—Buenos días —dijo el hombre deleitándose con la imagen de Dalia en su cama.

—Buenos días. ¿Tienes planes para hoy? Porque podemos pasar el día en la cama... digo juntos... —Se apresuró a corregir y Kellan se rio, besándola antes de salir de la cama.

—Me encantaría pasar el día contigo.

El hombre pensó que tenían que hablar con ella, contarle la verdad... porque si lo retrasaba, era solo por miedo.

Aunque era sábado, hoy era fiesta y nadie abría. Tenían el día libre para ellos.

Estaban planeando qué desayunar cuando el móvil de Dalia sonó. Era Lila, informándola que estaba de camino.

Dalia se emocionó ante la llegada su hija.

—Si es como tú, tiene que ser genial.

Dalia notó que Kellan quería conocer a su hija.

—Si quieres pasarte a conocerla, estaremos en casa.

—No. Hoy es vuestro día, pero mañana me apunto a comer, si te apetece.

—¡Genial!

Dalia se vistió y luego se acercó a Kellan antes de irse.

Este la miró y cogió con ternura su cara entre las manos para besarla en los labios.

—Nos vemos pronto.

Dalia asintió y se fue de la casa del hombre sintiéndose muy feliz.

Capítulo 13

No podía dejar de pensar en lo sucedido y tampoco lo hizo mientras se duchaba y preparaba el bizcocho preferido de su hija para recibirla.

Mientras la esperaba y lo preparaba todo, cantaba y bailaba al son de la música que se había puesto.

Tenía mucho miedo de que toda esa felicidad se desvaneciera pero no pensaba dejar que el miedo le amargara su momento de felicidad.

Lila se había cogido un taxi y no sabía muy bien por qué necesitaba a su madre justo la noche de después de haberse liado con Josh. Tal vez porque sentía que todo iba muy rápido o por el malestar que sentía por el beso que vio de Brennan, y que le hizo sentir que lo había perdido para siempre... Ya nada sería igual entre los dos.

Se había pasado más tiempo pensando en la pena que le daba perder a su mejor amigo que en lo feliz que había sido besando a Josh.

Al llegar a su casa miró la casa de Brennan y recordó la de veces que se sentaron en los escalones de la entrada para comer pipas y chucherías mientras hablaban de todo un poco. A veces solo compartían el silencio, uno que nunca fue incómodo entre los dos.

Se tragó el nudo de lágrimas y entró en su casa usando sus llaves. En cuanto lo hizo, el olor a bizcocho recién hecho la recibió y vio a su madre cantando, y bailando en la cocina.

Cerró la puerta con cuidado y se quedó mirándola.

En parte había tardado en volver por si el cambio de su madre era tan grande que tampoco sabía cómo llegar hasta ella.

Su madre se dio cuenta de que alguien la observaba y se giró para mirar a su hija.

En cuanto sus ojos se encontraron, Lila sintió que por mucho que ambas cambiaran, al mirarse, siempre sería lo mismo.

Dalia fue hacia su hija y dudó un segundo antes de abrazar a su pequeña.

Al final se dieron un torpe abrazo.

La madre tenía miedo de invadir el espacio de su hija ahora que esta quería ser más independiente y la hija temía abrazar con fuerza a su madre, y derrumbarse porque lo que estaba viviendo últimamente la hacía sentir muy perdida.

—¿Qué tal todo? ¿Cómo te va en la universidad? —dijo de manera atropellada—. Estás preciosa, hija.

Dalia vio a su hija más madura, más mayor. Sus ropas no eran las que lucía siempre. Eran más serias. No tenían ese toque de color alocado de Lila. Le encantaba experimentar con los colores y mezclarlos de formas imposibles cuando vestía, pero ahora iba de gris sin nada de color.

—Gracias, mamá. —Lila tocó el pelo de su madre—. Me encanta como te queda. Pareces más joven... Bueno... eres muy joven.

—Ahora sí parecemos hermanas...

—Como siempre, mamá —apuntó Lila.

—Ya... Cierto... ¿Quieres comer?

Dalia fue hacia la cocina con la esperanza de que su hija dijera que sí. No sabía qué le pasaba con ella, pero no sabía cómo llegar hasta su hija. Tenía miedo de decir algo que la alejara más de ella.

A Lila lo que le pasaba es que estaba metida en su mundo y no era consciente de los intentos de su madre para llegar hasta ella.

—Un café me vendría muy bien.

—Nunca te ha gustado el café... pero todo cambia —dijo Dalia con una sonrisa—. ¿Me dices cómo te gusta?

—Como a ti.

Dalia sonrió y preparó dos cafés iguales. Se sentaron a la mesa y partió dos trozos de bizcocho.

—No como mucho dulce ahora —señaló Lila mirando con ojos golosos el bizcocho.

—Vaya. ¿Te preparo otra cosa?

—No. Está bien así.

Dalia miró a su hija remover el café y probarlo. Recordó la primera vez que lo probó y el asco que le dio a ella y a Brennan. Los dos tenían doce años y querían probarlo. No les gustó a ninguno.

—¿Te importa si me marchó a mi cuarto a descansar un poco? —preguntó Lila de forma educada a su madre.

Hasta eso había cambiado, porque ahora estaba de visita en su casa y sentía que debía preguntar antes de irse.

—Claro, hija. Luego nos vemos a la hora de la comida.

Lila miró a su madre y sonrió con cariño antes de entrar a su habitación.

Dalia vio a su hija marcharse, sintiendo que un gran pesar se abría paso en su corazón. Nada estaba saliendo como tenía planeado. Tenía mucho miedo de que todo hubiera cambiado para siempre entre las dos. Luego pensó en su madre, en la cantidad de años que habían pasado para entenderla, para llamarla y hablar con ella como antes. ¿Le iba a pasar lo mismo a ella?

Se tragó el nudo de lágrimas y se puso a mirar qué tenía para hacer de comer.

Lila por su parte estaba apoyada en la puerta cerrada de su dormitorio mirando las fotos con Brennan. En todas se veían felices, cómplices... Todo eso había cambiado y sabía que la culpa era de ella.

Se tiró sobre la cama y lloró tapando sus sollozos con la almohada. Se sentía mal y no entendía bien por qué. No era capaz de comprenderse ahora mismo. Se preguntaba que cómo era posible que, si estaba haciendo lo que quería, por qué no era feliz. Tal vez ese era el problema, que hacía lo que creía que debía hacer para hallar la felicidad, sin entender que no hay dos sonrisas iguales ni dos motivos que la provoquen tampoco.



Dalia no sabía qué preparar y estaba pensando pedir unas pizzas cuando le sonó un mensaje en el móvil.

Kellan:
¿Todo bien por ahí?

Dalia:
Bien.
Lila está cansada y se ha ido a dormir.
No sé qué preparar para comer. Como
ahora vivo sola, se me olvida más de
una vez ir a comprar...

Kellan:
Puedes venir a mi casa e invadir mi cocina.
A mí no se me olvida ir a comprar.

Dalia:
Acepto tu oferta.
Ahora mismo estoy allí.

Dalia dejó una nota para su hija en la nevera y se fue hacia la casa de Kellan. Se sentía como si flotara. Pensaba que nunca más sentiría ese enamoramiento que te llena de sonrisas y mariposas, que con los años sería diferente. Pero no, el amor tiene muchas formas de aparecer, pero siempre lo hace con la misma intensidad, tengas la edad que tengas, porque es un sentimiento tan puro que no entiende de edades.

Antes de llegar trató de esconder su tonta sonrisa sin éxito. Al final llamó con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes por la emoción de ver a Kellan de nuevo.

Kellan abrió la puerta y se enamoró un poco más de Dalia al ver como lo miraba. Tiró de ella hacia dentro de la casa y la besó casi con desesperación.

—Hola —lo saludó entre sus labios.

—Hola. —Kellan le dio otro beso y se apartó—. Ya sabes donde está mi cocina. Llévate lo que quieras.

Dalia se lo tomó al pie de la letra y cogió una bolsa como si fuera a la compra de verdad. Agarró varias cosas y luego se giró hacia Kellan.

—Mañana es domingo....

—Como me has invitado a comer, yo llevaré la comida hecha.

—Te he invitado yo. Debería tener yo la comida lista.

—No tiene por qué. Tú solo relájate y disfruta de tu hija.

—Eso quisiera... —Dalia se apoyó en la encimera—. No paro de pensar en lo que deseo hacer y no hago por miedo de agobiarla o que se sienta presionada... Es muy difícil.

—Me imagino. No puedo aconsejarte porque no sé lo que es eso.

—Ya... pero me gusta que me escuches.

—Eso sí puedo hacerlo. Y hablando de eso... Tengo que contarte el motivo por el que vine aquí.

Dalia notó que algo iba mal. Su estómago se retorció y por la mirada de Kellan supo que no le iba a gustar. El hombre se había puesto muy serio.

—¿Te importa si me lo cuentas cuando se vaya Lila? Veo en tu mirada que no me va a gustar.

—Lo hablamos luego. No te preocupes.

Kellan se acercó a darle un beso en la frente pero esta ya estaba con la mosca tras la oreja. Tal vez por eso se fue antes de lo que deseaba. Sabía que no se podía huir de los problemas. Solo lo estaba retrasando por miedo a que esos le alejaran de Kellan.

Quería soñar que una vez más podía creer en el amor. No sabía si sería fuerte de alzarse, si todo se desmoronaba antes de empezar.

Llegó a su casa y se puso a preparar la comida sin querer pensar mucho en lo que había visto en la mirada de Kellan. Lo hacía por el bien de la convivencia con su hija ese fin de semana. Ya demasiadas cosas las separaban.

Lila se despertó a la hora de la comida y se sentó a comer disfrutando de la comida casera de su madre. Su abuela cocinaba mucho mejor, pero como llevaba tantos días fuera de casa, le gustaba disfrutar de esos placeres culinarios que le recordaban a su infancia.

—¿Estás bien? —preguntó Dalia al fin.

—Sí... Todo bien, mamá.

—Vale, como tú digas —indicó Dalia sabiendo que mentía—. Si quieres esta tarde podemos ir al cine o a otro sitio.

—¿Te importa si solo me quedo en mi habitación?

—No, claro. Esta es tu casa.

—Gracias.

—Puedes contarme lo que quieras, hija. Siempre estaré aquí para ti.

—Lo sé, mamá. Está todo muy bien. Soy muy feliz... Solo quiero estar tranquila en mi casa. No creo que sea algo malo, ¿no? —Lila contestó algo nerviosa porque estaba a punto de desmoronarse.

—No, claro. Come tranquila y disfruta de la tranquilidad de tu cuarto, pero solo quiero que sepas...

—¿No puedo comer tranquila?! ¿Tan raro es que venga a mi casa y quiera estar en silencio?! —Lila se sintió mal ya que había estallado con quien menos lo merecía. Al final cogió su comida y se fue a su habitación dando un portazo. Se arrepintió enseguida y actuar así solo le hizo sentir peor.

«¿Qué le pasaba?», se preguntaba mientras lloraba.

Era feliz, le estaba pillando el truco a la universidad y un chico adulto y sexi se había fijado en ella. No debería sentirse así de rara.

Solo necesitaba tiempo.

Dalia por su parte miraba la comida con lágrimas en los ojos. No sabía qué hacer. Cogió el teléfono y pensó en llamar a su madre, pero no lo hizo porque hasta ahora se había refugiado en ella y había dejado sin querer el cuidado de su hija a sus padres. Era hora que fuera la adulta y diera un paso adelante.

Tocó la puerta de su hija y entró.

La encontró sentada en la cama llorando.

No dijo nada. Solo se sentó a su lado y esperó en silencio a que su hija la necesitara.

—¿Puedes irte, mamá?

—No, pero puedo seguir en silencio.

—Mamá, estoy bien. Solo es que me he enfadado con Brennan... y estar aquí me lo recuerda —confesó al fin.

—¿Y por qué os habéis enfadado?

—Dejamos de necesitarlos.

—Es tu mejor amigo. No tienes que estar a su lado solo porque lo necesites. Estás con él porque quieres simplemente estar.

—Ya... pero sin darnos cuenta hemos tomado caminos que no saben cómo unirse.

—Brennan te conoce mejor que yo... y eso que soy tu madre. Seguro que si hablas con él, encontraréis la forma de poder seguir siendo amigos aunque la universidad os haya cambiado.

—Lo veo imposible. —Lila miró la última foto que se hicieron juntos. Ella abrazaba a Brennan feliz—. Me encanta mi vida ahora pero... por otra parte me encantaría seguir en ese instante —dijo señalando la foto—. Todo era más fácil.

—Ya, pero así son las cosas. A eso se le llama crecer.

—Llevo creciendo muchos años, mamá. ¿Crees que mi vida ha sido siempre un camino de rosas?

—¡Pues no sé qué complicaciones has tenido, Lila! Has vivido protegida por los abuelos y por mí.

—Que yo no haya llevado tu vida desde los quince años, no me hace más fácil ser la hija.

—Pues creo que para ti ha sido todo más fácil que para mí...

—¡Y eso te molesta!

—¡No me molesta! Pero yo era una niña que trataba de ser madre, no sabiendo ni cuidar de mí misma...

—Siento que te complicara la vida mi existencia. Otra vez, cuando te acuestes con alguien, usa condón.

Dalia alzó la mano para dar un bofetón a su hija, pero nunca la había golpeado y ese no sería el primer día.

—Lo entiendes todo mal. Y eso que has dicho, está fuera de lugar...

—¿Te crees que no sé que hubieras preferido no tenerme?! Ahora mismo envidias mi vida. Te hubiera gustado vivir lo que yo...

—Te estás pasando, Lila.

—¿Que yo me estoy pasando? ¡Eres tú la que no me deja en paz! Quiero intimidad y en vez de respetarme, me acosas.

—¿Quieres intimidad? Muy bien. Toda la casa para ti. Otra vez que quieras venir a casa y no tener la molestia de tenerme cerca, avisa y así me marchó.

Dalia salió del dormitorio de su hija y cogió las llaves del coche para irse a dar una vuelta.

Lila salió tras su madre pero ya era tarde. Se había marchado.

Se sintió horrible, pero sentía que tenía razón. Ella no pidió nacer, ni que su madre dejara su vida. Era la consecuencia de sus malas decisiones, y ahora tenía que dar gracias por existir.

¿Acaso nadie lo veía?

Justo en ese momento Josh la llamó para ver cómo iba el día y Lila se desahogó con él, sintiendo que la comprendía solo por escucharla, sin ser consciente de que justamente eso era lo que quería hacer su madre: escucharla.

El problema es que hay mil formas de decir las cosas y otras mil diferentes de comprender

las palabras emitidas.



Lila se sentía muy mal por lo ocurrido. Necesitaba a su madre más que nunca y sin embargo no sabía cómo estar con ella sin sacar a relucir todas las cosas que había callado hasta ahora. Era como si dentro de ella hubiera un volcán en erupción preparado para explotar en cualquier momento quisiera o no. Eran muchos los años callando cómo se sentía porque no quería quejarse ya que debía dar gracias por existir.

Pidió unas pizzas y viendo que su madre no regresaba, y que ya era tarde, la llamó.

—Hola —dijo Dalia.

—Mamá... —«Perdóname», pensó, pero el orgullo era un mal aliado, por lo que solo dijo —: He pedido dos pizzas. Una como a ti te gusta... Se están enfriando y he pensado que si quieres, podemos comerlas en tu cama viendo la tele aprovechando que la abuela no está...

Dalia se lo pensó solo un instante, llevaba horas sentada en el coche perdida en alguna parte sin saber qué hacer.

—Ahora voy a casa. No te las comas sin mí.

Lila sonrió y esperó a su madre, quien no tardó en llegar.

Ambas se miraron y, aunque había cientos de cosas por decir, decidieron dejarlas para luego. Tal vez para cuando explotaran sin remedio.

—La abuela se ponía de los nervios cuando comíamos en la cama —comentó Dalia acomodada ya con el pijama al lado de su hija viendo una peli y comiendo pizza.

—Nos echaba una gran bronca...

—Tal vez todo hubiera sido diferente si te hubiera educado yo sola... Tenía que ser hija y madre a la vez todo el rato. Era un poco cansado.

—Como si ser hija fuera fácil...

—¿Y qué complicaciones tenías tú? Lo tenías todo. —Dalia se dio cuenta de la mirada de su hija y cambió de tema—. Da igual. Lo importante es que ahora estamos disfrutando de estas mega pizzas juntas.

—Sí.

Se comieron la pizza y luego fueron a por helado a la nevera.

La primera en quedarse dormida fue Lila.

Dalia lo hizo tras tapar a su hija y mirarla, recordando como era de bebé. El tiempo no se puede parar, pero los buenos recuerdos prevalecen para siempre en tu mente, recordándote un pasado que tal vez no fue mejor, pero sí lleno de instantes irremplazables.



Lila se había despertado temprano y se puso a hacer trabajos.

Dalia estaba recogiendo la casa cuando Kellan tocó al timbre. Abrió nerviosa por lo que era para ella tenerlo allí con su hija, y recordó lo que trataba de olvidar: que él tenía algo que decirle importante.

—Hola —dijo Kellan sujetando una bandeja de comida—. Espero que os guste el asado.

—Nos encanta.

Dalia se quitó de la puerta y se fue hacia la cocina.

Lo miró nerviosa a la espera de un beso o un gesto cariñoso. Algo que se vio interrumpido por la llegada de Lila que, al ver al hombre, agrandó los ojos. Algo que a su madre no se le pasó desapercibido. Kellan era el tipo de chico que le gustaba a su hija, rubio y musculado. Para lo que no estaba preparada era para la mirada de Kellan como si acabara de ver a la mujer más bella de la tierra, ni para la complicidad que surgió entre los dos tras el primer encuentro.

—¿Qué tal la universidad? Yo me desilusioné un poco cuando empecé. No era lo que esperaba.

—Te entiendo. Yo imaginaba fiestas y desmadre... y no puedo dejar de estudiar.

Dalia empezó a poner la mesa mientras los escuchaba hablar. Se entendían y se reían hasta de las mismas cosas.

Miró a Kellan cuando terminó de poner la mesa, estaba tan pendiente de su hija que no se percató de su presencia.

«¿Qué narices estaba pasando?», pensó angustiada.

Kellan era muy guapo pero aparte de que estaba con ella, casi le doblaba la edad a su hija. Pensó en sus padres, en lo que sintieron al verla al lado de alguien tan atractivo como Kellan, cegada por eso, y se le empezó a retorcer la tripa.

Los miró una vez más y vio que Lila se sonrojaba, y como Kellan la miraba con una dulzura que le dio asco.

Dijo que ya estaba todo listo y se pusieron a comer.

Una vez más la ignoraron.

Lila, ajena a su madre, sentía una complicidad extraña con Kellan. No era algo sexual, era otra cosa. Al mirarlo a los ojos era como si lo conociera de toda la vida y al hablar como si pudiera leer su mente. Se parecían mucho. Al fin estaba disfrutando de su vuelta. Kellan lo ponía todo más fácil.

Estaban tomando el café, riéndose de las anécdotas de la universidad, cuando su madre dejó caer sobre la mesa la caja de pastas.

—¿Qué mierdas está pasando aquí?! —soltó Dalia mirando a Kellan.

Este, tarde, se dio cuenta de su error.

—Dalia...

—¡Es una niña!

—¡Mamá no me avergüences!

—¿Que no te avergüence? ¡Te está mirando de una forma que no sé cómo descifrar!

—Dalia...

—¡No! No estoy loca. No la miras como a alguien que acabas de conocer...

—¡Mamá, para! ¡Yo no soy como tú! Yo no me enamoraría de un hombre mayor y me iría a la cama con él por un puñado de palabras bonitas.

Dalia notó los dardos afilados de sus palabras como si de verdad fueran puñales.

—¡Parad de haceros daño! —gritó Kellan entre las dos—. Existe una explicación. —Miró a Dalia a los ojos—. No te dije antes la verdad porque no pensaba quedarme... Solo estaba cumpliendo una promesa. Pero entonces te conocí y me quise quedar... Quise ser parte de tu mundo. Del de Lila...

—No entiendo nada —indicó Dalia.

—Lila es mi sobrina. —Dalia estaba asimilando esas palabras cuando habló de nuevo—. Mi hermano mayor era tu padre —comentó mirando a Lila.

Dalia sintió que todo se repetía, que una vez más había sido la tonta que se dejaba llevar por un gesto de amor. Notó que todo se tornaba negro y su mundo se hacía pedazos. Lo último que escuchó antes de caer al suelo desmayada fue a su hija llamarla angustiada.

El destino una vez más se reía de ella.

Capítulo 14

Lila miró a su madre en la cama.

Kellan, sentado a su lado, en un butacón, no tenía mejor cara. Se notaba que todo esto le hacía sufrir.

—Se pondrá bien...

—Tu madre me importa —dijo el hombre—. Solo vine para cumplir una promesa y nada más. No tenía pensando enamorarme de ella, y sabía que si descubría qué sangre corría por mis venas, se alejaría de mí.

—La misma que por las mías. No entiendo muy bien tu historia. Quiero saberla... Nunca conocí a mi padre, ni a nadie de su familia, y ahora tengo un tío que no se le parece en nada.

—Ya lo sé. Lo vi en las fotos de Internet.

—¿Fotos?

—Me gustaría contaros mi historia a las dos.

Lila asintió. Tenía que volver a su casa pero no podía irse ahora.

Por suerte su madre se despertó pronto.

—Puedes empezar por el principio ya...

—¡Mamá! —Lila se sentó en la cama y cogió su mano.

—Estoy bien, pero quiero la verdad ya. Y no entiendo como mi padre te dejó cerca sabiendo eso. Porque lo sabía, ¿no?

Kellan asintió.

—No te he mentado en nada. Solo te he ocultado eso.

—Ah... bueno... Usted perdone.

—Tanto tus padres como yo sabíamos que de saber la verdad, no confiarías en mí. No dejarías que me conocieras por quién soy y no por la sangre que corre por mis venas.

—¿Y qué más daba lo que yo pensara?

—Quería conocer a mi sobrina...

—¿Por qué ahora y antes no? —le interrogó Dalia a la defensiva.

—Yo no me crié con mis padres. Mis padres eran unos ladrones que iban de un sitio a otro. Llegaron en caravana a las afueras de la ciudad donde mi abuela tenía su casa, un poco alejada de los demás vecinos. Fue ahí donde conocieron a mi abuela, al pasar unos días cerca de su casa, mientras mi madre daba a luz. Me tuvieron y caí enfermo.

»Mi abuela les había dado comida y como es muy cotilla, había estado investigando quiénes eran porque no le daban buena espina. Los estaba observando escondida en su ventana cuando los vio dejarme junto al contenedor de basura una noche de lluvia y marcharse corriendo en la caravana.

»Estaba claro que me querían muerto. —Kellan sonrió con tristeza—. Mi abuela me cogió entre sus brazos y me dio un hogar. No denunció a la policía porque sabía que al lado de mis padres, acabaría muerto y tal vez tardarían mucho en darme una familia, cuando ella podía darme una. No hizo bien, pero esa mujer me salvó la vida y no puedo reprocharle que fuera contra la justicia.

»Se inventó que era el hijo de su hija que, como salía poco de casa y estaba algo rellenita, además de ser muy rara, nadie lo vería extraño. En el Registro conocía a un hombre, que no haría muchas preguntas porque se sentía culpable por presentarle a su marido a la mujer con la que luego le fue infiel, y la dejó por ella.

»Nadie sospechó nada porque mi abuela era de por sí rara, y esto solo era una más de sus excentricidades.

»Supe la verdad desde pequeño, y no quise saber nada de mi pasado. No quería saber nada de la gente que me quiso muerto. Mi abuela nunca me dijo mucho más de ellos hasta que hace poco, cuando le dio una angina de pecho y se vio muy mal, me reveló sus apellidos y me hizo prometer que si no los buscaba a ellos, sí debía encontrar a alguien de la familia, a alguien que pudiera ser como yo... bueno y honesto... para que, si ella faltaba, no estuviera solo. Se lo prometí y usé Internet para saber de ellos.

»Descubrí que mis padres murieron tras un atraco mientras eran perseguidos por la policía y que mi hermano murió en la cárcel, tras ser detenido por pederasta al abusar de una joven que tuvo una hija. Tiré de ese hilo y di con vosotras.

—Y decidiste venir a ver si éramos como tus padres y así no tener que cumplir tu promesa —dijo Lila.

—En parte, sí. Me cuesta hacer amigos, porque cuando se cuelan en mí, me aterra perderlos. Por eso tengo pocos... Si eras como ellos, no te quería cerca porque solo me harías daño al no poder cambiarte y no poder evitar quererte —comentó sincero.

Lila asintió.

—Y se lo contaste a mis abuelos.

—No. Vine y supe que buscaban a alguien para trabajar. Era la ocasión perfecta. He estudiado Biología y mi abuela es una amante de las plantas... Todo eso era verdad —señala mirando a Dalia—. Tu abuelo me investigó... y le conté la verdad. No sé qué vio para confiar en mí, sabiendo de donde venía.

—Yo sé lo que es que tu sangre te dé asco y miedo por si eres igual de cruel y la maldad corre por tus venas.

Dalia observó a su hija. Era la primera vez que su pequeña decía algo así, y Kellan asintió comprendiéndola.

—No elegimos de dónde venimos, solo hacia dónde queremos ir. No lo olvides —dijo el hombre—. Para mí, saber la verdad no me cambió, solo me dio curiosidad de descubrir cómo eras tú. Cuanto más sabía de ti por tu madre, más ganas tenía de conocerte. Ya te quería antes de hoy... Es raro, ¿verdad?

—No —dijo Lila acercándose al hombre y dándole un abrazo que ambos deseaban.

Dalia los miró. No estaba bien. La herida que había tratado de cerrar se había abierto. No le importaba de quien fuera hermano Kellan, solo que la mintió; que había llegado lejos con ella sin dejarle decidir si, tras saber su pasado, querría estar a su lado.

Ahora entendía su mirada triste. Él sabía que ella no iba a estar feliz con su mentira.

—Gracias por decirnos la verdad —dijo fría—. Ahora si no te importa, quiero estar sola.

—Mamá... tiene mi sangre. La sangre no cambia quién es él. No cambia nada.

—No, pero sí que por segunda vez me he ido a la cama con alguien que no me decía la verdad.

Lila agrandó los ojos aunque ya se lo imaginaba.

—Es mejor que me vaya —indicó Kellan sabiendo que ahora mismo no podía decir nada para cambiar las cosas.

—Me voy contigo —anunció Lila a Kellan—. Ya me voy luego a mi casa desde allí.

Dalia asintió. Entendía a su hija, su curiosidad por saber de su tío, y además quería estar sola para poder romperse en mil pedazos sin que nadie fuera testigo salvo las viejas paredes de la casa que una vez más presenciaban como su corazón remendado se rompía en mil pedazos.

La puerta de su casa se cerró y Dalia dejó que el dolor que sentía saliera en forma de lágrimas.



—Mi madre quería estar sola para llorar —le contó Lila—. Deberías haberle dicho la verdad antes de acostaros —regañó a su tío—. Veo difícil que ahora te perdone. No ha estado con nadie desde lo de tu hermano...

—Joder... No lo había planeado así, de verdad. —Kellan abrió la puerta de su casa y dejó entrar a su sobrina—. No pensaba besarla antes de decirle quién era y si no lo dije antes fue porque la conocía lo justo para saber que me alejaría de ella. Como hará ahora...

—¿Y qué vas a hacer?

—Seguir aquí. Ya te he dicho que cuando alguien me importa, no me gusta estar lejos.

—Espero que no te vayas lejos. Me alegra tenerte en mi vida y me da igual quién fuera tu hermano. Sabíamos lo de tus padres por mi abuelo. Investigó y supo de quién era hijo esa buena pieza por si querían venir a reclamar sus derechos como abuelos conmigo. Nunca pienso en ellos. Ni en mi padre.

—No eres como ellos. La maldad no se hereda.

—Ya... pero la gente que no tiene en su familia a alguien así, no te entiende. —Kellan asintió—. Si yo hago algo malo, por pequeño que sea, alguien pensará: es como su padre, y eso hace daño.

—Te entiendo, pero por suerte nadie conoce de donde vengo. No hasta ahora.

—¿Y cómo lo supo mi abuelo?

—Me investigó y no encontró nada, pero al ver lo insistente que podía ser, le conté yo la verdad —dijo Kellan con una sonrisa—. No quise engañarlo. Me dijo que me pondría a prueba para el trabajo y en esa semana que estuve, nos conocimos más. Es un gran hombre.

—¿Y por qué no decir la verdad a mi madre de primeras?

—Cuando conocí a tu madre, estaba tan agobiada por ser la dueña de todo, que no era el momento. Tenía que ayudarla. Casi desde que conocí a tus abuelos y sabía más de ti, quería conocerte, pero al callar, cada vez la pelota se hacía más grande y nunca era un buen momento.

—Te entiendo.

—¿Qué quieres saber de mí? Pregunta lo que quieras.

Y Lila lo hizo, mientras tomaban un café con galletas y cuando la llevó a la universidad en su coche, igual. Les encantaba hablar al uno con el otro, descubriendo que tenía mucho en común.

—Ya hemos llegado. Tienes mi móvil. Puedes llamarme cuando quieras.

—Lo haré. ¿Vas a hablar con mi madre?

—Ahora iré a verla. —Kellan miró hacia afuera apenando—. No creo que cambie nada.

—No lo sé. Mi madre se ha pasado muchos años aislada por lo sucedido. Lo mismo ahora ha aprendido de aquello y resuelve esto pronto... o se encierra en sí misma otra vez.

—Esperemos que no. No me voy a rendir con ella. Me ha costado mucho encontrar a alguien que me hiciera sentir de nuevo.

—Se me hace raro... Mi tío y mi madre.

—La vida es así de graciosa.

—Pero me alegro por los dos si esto sale bien.

—Lila, sé que algo te pasa. Se te nota en la mirada. No te aísles como no quieres que lo haga tu madre.

—Estoy bien... Es solo que hacerse mayor es más duro lo de que imaginaba.

—Sí, date tiempo. No quieras cambiar de golpe. Los cambios llegan solo si tienen que llegar. No te fuerces.

—Lo tendré en cuenta, y ahora me marcho que tú tienes que ir a hablar con ella. Dile que me has traído y estoy bien, si no estará preocupada.

—Lo haré. Nos vemos pronto.

Lila dio un abrazo fuerte a su recién descubierto tío antes de bajarse del coche. Lo acababa de conocer y ya sentía por él algo muy especial. Un vínculo que solo se daba con algunas personas, ya fueran familiares o no; que las mirabas una sola vez y ya sentías que serían parte de tu vida para siempre porque tu vida era mejor con ellas cerca.



Kellan regresó pensando en cómo arreglar las cosas con Dalia y sabiendo que no sería fácil.

Tocó a la puerta de la mujer y por su mirada sintió que lo esperaba.

—He llevado a Lila a la universidad.

—Gracias.

Dalia lo dejó pasar y miró al suelo incapaz de hacerlo a los ojos. Estaba muy dolida.

—Quiero que sepas que lo siento pero sabía que cuando supieras de quién era hermano, te alejarías de mí... No entraba entre mis planes todo lo de este fin de semana... No puedo cambiar de quién soy hermano.

—Pero sí tus decisiones. —Dalia lo miró a los ojos—. No me importa de quién seas hermano, mi hija tiene su sangre también. Pero hace años me entregué a un hombre que me engañó y ahora me dejó llevar... por otro que también me ha ocultado cosas quitándome mi poder de decidir si quería o no estar con él... sabiendo quién eres en verdad.

—No quería perderte... y las mentiras no contadas no hacen más que engordar hasta estallarte en la cara.

—Lo sé, pero no puedo mirarte a los ojos de la misma forma y no porque él fuera tu hermano... Es porque no confío en ti. Me siento una tonta por no darme cuenta de que me

engañabas, de que pese a lo sucedido hace años, siga siendo tan ingenua... Tan tonta y tan incapaz de ver la maldad de la gente...

—No callé para hacerte daño, Dalia...

—No, lo hiciste por si te marchabas un día sin mirar atrás.

—No puedo evitar ser como soy —se excusó el hombre.

—Ni yo pensar esta vez en mí. No quiero saber nada de ti en el plano sentimental. De todos modos nunca hemos hablado de amor —soltó con tristeza—. Si antes no sabía qué sentía, ahora no quiero saberlo.

Kellan sí sabía lo que sentía y si no lo tenía claro, solo tenía que escuchar como su razón se retorció produciéndole un gran dolor en el pecho al darse cuenta de que la estaba perdiendo.

—No voy a irme... pero entiendo que no quieras trabajar a mi lado.

—No te voy a despedir. Sé separar el trabajo del placer, pero te pido que solo me trates como a tu jefa.

—Como quieras. —Kellan empezó a irse sintiendo que no solo había hecho mal al callar, sino que ahora no estaba eligiendo las palabras adecuadas. Tal vez por eso antes de irse se giró y la miró—. Yo... yo sí sé lo que siento por ti, pero no creo que sea el momento para decírtelo.

—Nunca será un buen momento, Kellan —indicó fría Dalia.

Kellan se dio cuenta de que Dalia estaba a punto de derrumbarse y que necesitaba estar sola.

La puerta se cerró.

Dalia se derrumbó de rodillas en el suelo.

Kellan notó el escozor de las lágrimas en los ojos y la amargura de sentir que tal vez por mucho que pasara el tiempo, este nunca lo volvería a pasar a su lado.



Dalia no se sentía bien. Se había abierto de nuevo al mundo, y, a la primera de cambio, otros habían decidido por ella ocultándole la verdad. Quería creer que Kellan no era como su hermano, pero ahora mismo no podía confiar en él.

Ahora mismo solo pensaba en que en su burbuja nada de esto pasaba, porque cuando te expones al mundo, al final te expones a una herida mortal, de esas que no se ven pero que no dejan de sangrar.



Dalia, aunque seguía triste y dolida, se sentía más fuerte que hace años. Tal vez la edad o las experiencias vividas... No lo sabía.

El dolor era diferente.

Estaba triste porque lo que sentía por Kellan era más real que lo que sintió hace años por su hermano; y en ese tiempo, lo peor fue descubrir el engaño y el asco por saber que había estado

con un pederasta. Eso la traumatizó todavía más.

Ahora el dolor era por un amor perdido, por alguien que estaba empezando a dejar entrar en su maltrecho corazón.

No le gustaban las mentiras. Las odiaba. Le hacían sentir frágil, alerta y, cuando estas con alguien, no deben existir los secretos.

Kellan se había acostado con ella sin darle la opción a elegir. Había visto la cara de dolor del hombre, pero el miedo a perdonarlo y que le mintiera una y otra vez era lo que le angustiaba.

No confiaba en él.

Ahora mismo se preguntaba si lo vivido con él, era real. Si existían más mentiras calladas. Le costaba pensar en él y verlo como antes, como alguien bueno y noble... Alguien transparente. Todo eso se había venido abajo por sus engaños.

Tal vez por eso o porque necesitaba tener su mente ocupada en algo, llamó a Kellan temprano y le dijo que se iba a tomar el día libre para hacer unas cosas.

Este no le pidió explicaciones, indicándole que él se encargaría de todo.

Dalia se vistió y se fue a la inmobiliaria. Cuando les dijo la casa que quería, la miraron como si estuviera loca, y quizás lo estaba. Comprar una casa que hay que reformar entera, era una locura, pero era una en la que ahora mismo necesitaba sumergirse para no pensar.

La de la inmobiliaria le enseñó la casa y le informó de todas las cosas que había que cambiar y mejorar. No estaba haciendo muy bien su trabajo de convencer al cliente.

—Tengo otras casas mejores.

—Quiero esta y como me has indicado un sinfín de problemas, quiero que le digas al dueño que voy a pagarle la mitad de lo que pide. Lleva muchos años a la venta y nadie la quiere. Hay que modificar muchas cosas e invertir en ella. Llámalo y hazle mi oferta.

La de la inmobiliaria le dijo que llamaría y en mientras Dalia se fue al banco para ver si le concedían el préstamo. Tenía el dinero para pagar la oferta que había ofrecido por la casa, pero no era tonta y quería lo máximo que el banco le pudiera dar porque había que invertir mucho en reformar la casa.

El director del banco le dijo que en unos días se sabría seguro si le daban el préstamo pero que la respuesta casi sería que sí.

Se sentó en la cafetería a desayunar y, sin hambre, comió mientras esperaba la llamada de la inmobiliaria.

No tardó en llamarla. El dueño aceptaba una bajada pero no por la mitad.

Dalia se lo pensó y les dijo que entonces nada, que las dos sabían que pagar más de lo que iba a dar, era una locura.

No lo daba todo por perdido cuando colgó. Sabía que si cedida, estaría haciendo lo mismo de siempre: aceptar las cosas sin más. Por eso, aun sabiendo que tal vez podía perder la casa, fue dura con sus decisiones.

Salió de la cafetería y dio una vuelta hasta que fue al trabajo. No podía retrasarlo más.

Al entrar vio a Kellan con una clienta. Le sonreía con esa sonrisa ladeada que tanto le gustaba. Su corazón se retorció de pena y su cuerpo ansiaba su abrazo, pero lo dejó todo a un lado. Tenía que ser fuerte y no ceder, y si un día lo hacía, que fuera sabiendo que no tenía miedo a dejarse llevar por él.

La clienta se fue y Dalia se acercó a Kellan. Abrió la boca para hablar y solo pudo hacerlo

de trabajo.

Todo había cambiado entre los dos... o no. Su corazón seguía latiendo con fuerza ante él. Su presencia seguía alterando sus sentidos como nadie y ahora era peor tras haber estado entre sus brazos. Dalia quería huir, salir corriendo, esconderse... pero no lo hizo, porque eso solo retrasaría los problemas. No los eliminaría.

Tenía que aprender a vivir con ese dolor y con esas ganas de perdonarlo sin estar preparada para hacerlo todavía.

Nada iba a ser fácil a partir de ahora.

Esperaba que a su hija todo le fuera mejor que a ella porque este fin de semana la había notado muy cambiada... y triste. Muy triste. ¿Qué le estaba pasando que la tenía así? Tal vez debería ir a verla, ver con sus propios ojos qué sucedía. Con esa idea siguió su día sin poder evitar mirar a Kellan cuando él no se daba cuenta.

Kellan por su parte no podía evitar sentirse mal por sus decisiones. Su miedo los había llevado a estar así de lejos aun compartiendo la misma estancia o no... porque quizás si lo hubiera sabido, estarían las cosas de igual modo. Se sentía mal, por no haberle dejado elegir, pero si lo único que tendría de ella sería ese fin de semana, donde solo existieron ellos sin pasado que los cambiara, habría merecido la pena.

Había que dejar correr el tiempo aunque cuando amas y esperas, este parezca que se detenga.

Capítulo 15

Lila no sabía qué sentía por Josh pero se dejaba llevar sin darse cuenta de que cuanto más cerca estaba del chico, más cerca estaba de perderse ella misma al querer encajar con su mundo.

Vera se había dado cuenta pero no podía vivir preocupada constantemente por sus compañeras de piso.

Marta ahora llevaba el pelo más corto porque se lo había quemado, y en vez de aprender de ello, seguía haciendo vídeos estúpidos que solo la metían en problemas. Si salía un reto, ella era la primera en ir hacia él de cabeza.

A Vera le daba miedo hasta donde estaba dispuesta a llegar para conseguir nuevos seguidores y no perder los que ya tenía, muchos de los cuales habían llegado comprando en una aplicación por su necesidad de conseguir todo de manera inmediata.

Tal vez por eso, que notara a Lila rara, era la menor de sus preocupaciones, porque Marta se llevaba toda su atención.

Lila estaba con Josh... o eso creía ella. Nunca habían hablado de lo que eran mientras se perdían entre los labios del otro. No habían llegado a nada más y Lila era consciente de que era por su culpa. Pero no podía dar más por mucho que intentaba gustarle cada día más y más.

En ese instante miraba las historias de su amigo donde siempre salía Ailén. Se notaba que estaban juntos y, mientras los miraba, no podía evitar sentir dolor. Cuanto más se alejaba de su amigo, más se acercaba a Josh para suplir en cierta forma las carencias que le dejaba la ausencia de Brennan.

Esa noche tenía una cena romántica con Josh en su casa. Era viernes pero ese día este libraba y como sus amigos se iban de fiesta, por separado, decidió invitar al chico y prepararle algo.

Se levantó de la cama y se fue hacia la cocina. Mientras cocinaba algo para la cena, sacó las velas que había comprado y las encendió por el salón tras poner la mesa.

Josh llegó con un precioso ramo de rosas.

Lila las miró y las olió antes de darle un beso en los labios.

Este vio la mesa puesta y las velas, y se enterneció con ella.

—Hace tiempo que nadie me preparaba algo así. —Lila se sintió infantil—. Me encanta —añadió el chico al ver la incomodidad en sus ojos.

—Me alegro. Ahora verás qué cena más rica te he preparado.

—Y eso que no sabes cocinar muy bien.

—Vera me dejó algo... Solo lo he terminado de preparar.

Josh le dio un beso y dejó sus cosas en la entrada mientras veía a Lila perderse en la cocina.

Estaba muy nerviosa. No sabía qué esperaba Josh de esa noche, y ella no tenía claro de poder dar un paso más aunque tal vez debería dejar de dar vueltas al asunto y dejarse llevar sin más.

Estaba sacando la cena cuando el timbre de la puerta sonó.

—Abre tú —le dijo a Josh.

Este al abrir se encontró a una mujer rubia, muy guapa, un poco más mayor que él.

—¿Hola? —dijo dudosa la recién llegada—. ¿Está Lila?

—Sí. En la cocina. ¿Y eres?

—Dalia, la madre de Lila —indicó viendo las velas y sintiendo que había llegado en mal momento o tal vez sí había llegado en el momento justo, pensó al ver al joven que era claramente mayor que su hija.

Notó un nudo en la garganta pues ahora entendía los cambios en su hija, quien trataba de encajar con él, parecer más madura. Se regañó por no haberlo visto, ya que estaba tan metida en sus tonterías que su hija se estaba perdiendo mientras trataba de cambiar para encajar con alguien que estaba claro le doblaba en experiencia.

Lila salió y al ver a su madre casi se le cayó la bandeja de comida.

—¿Qué haces aquí?

—No me vas a presentar a tu...

—Mi amigo —acabó Lila por ella, pero la cara de Josh dejaba claro que no le gustaba ese término.

—Amigo especial por lo que veo —señaló Dalia.

Le faltaba el aire. ¿Y si este hombre estaba tratando de engañar a su hija? ¿Y si la historia se repetía?

—¿Qué años tienes? —preguntó Dalia.

—Casi veintiséis —dijo el chico amable.

—Vamos que le sacas seis años y yo a ti siete. Qué raro todo, ¿no?

—¡Mamá! ¿Puedes parar ya de ridiculizarme?

—Si no he dicho nada...

—¡Como si no supiera qué tratas de hacer! Josh no es como mi padre. Si así fuera, yo lo sabría. No soy tan tonta...

—Como yo. Vamos no te cortes.

—No quise decir eso... pero no me puedes condenar por tus errores.

—No te condeno, eres tú la que estás cambiado.

—Es lo que tiene madurar. Tú también lo estás haciendo.

—Pero porque cada vez me quiero más a mí... no por otra persona. —Dalia miró a Josh—.

Lo siento pero ella no es así...

—¡No era así! Ahora soy así. ¿Tanto te cuesta mirarme y ver que estoy madurando?

—Hija, yo solo quiero que seas feliz y no lo eres...

—Sí, lo soy. Que Josh sea más mayor que yo, no me hace una insensata.

—La edad es un grado, quieras aceptarlo o no.

—Ya vale, mamá... Me estás ridiculizando.

—Yo solo quiero que...

—Que no sea como tú, que no me acueste con alguien que solo me quiere para vender mis imágenes. Lo sé. Llevo toda la puñetera vida tratando de no ser como tú y pagando por tus errores. Pidiendo perdón en silencio por nacer y ser la hija del hombre que te jodió la vida; teniendo que dar gracias porque renunciaras a todo por mi existencia.

Dalia se sintió tremendamente herida. Al fin la bomba había explotado y lo callado ahora les estallaba en la cara de la peor forma posible.

—Yo siempre te lo he dado todo. ¿Y me lo pagas así?

—¡¿Te escuchas?! ¡Yo no pedí nacer! ¡No pedí arruinarte la vida! ¡Fue tu culpa por no usar

condón y ser engañada! ¡No es mi culpa que tu vida haya sido una mierda!

Lila lloraba y Dalia no podía respirar.

—Es evidente que en todos estos años te he dado una imagen equivocada de todo...

—Tal vez porque no hacías nada por vivir y demostrarme que no te amargué la vida. Siempre has parecido más un alma en pena cuando creías que no te miraba, que una persona alegre. Solo eras diferente cuando... —Lila se calló. No era el momento para decir aquello.

—¡Lo hice por ti!

—¡No! Me usaste como excusa para no volver a cagarla y tener que cargar toda la vida con tus errores.

—Tú no eres mi error...

—Pues es lo que siento. Porque si no fuera así, hubieras avisado antes de aparecer en mi casa, pero has venido para pillarme y, al verme con Josh, has empezado a verme como tú y a sacar conclusiones porque no has superado lo que pasó. Yo he madurado, pero tú no.

Lila sabía que se estaba pasando pero estaba muy dolida. Su madre la estaba acusando de no saber elegir con quién se juntaba, como si ella hubiera cometido un error imperdonable, como si no supiera de quién puede o no enamorarse.

Dalia por su parte sentía que su hija tenía mucho dolor dentro y lo más triste es que ella hasta ahora creía que lo había hecho bien, que su hija pese a todo, era feliz.

Había fracasado como madre.

—Me marchó.

—Es lo mejor —dijo Lila.

Dalia se fue sin mirar a Lila antes de cerrar la puerta. Ahora mismo solo pensaba en que hizo mal para llegar a ese punto donde su hija le tiraba a la cara todo ese rencor.

Lila escuchó la puerta cerrarse y se echó a llorar. No quería decir todas esas cosas y tal vez en verdad las tenía que haber dicho mucho antes.

Josh la abrazó pensando en lo sucedido y sabiendo que Dalia tenía razón en una cosa: la Lila de ahora no se parecía en nada a la chica inocente y dulce de colores llamativos y alegre que conoció esa noche. Había cambiado por él y eso no le hacía feliz.

Dalia cogió el coche muy nerviosa y, aunque pudo tener algún que otro percance, llegó a casa sana y salva.

Aparcó y salió a la acera. Lo hizo sin mirar, sin esperar que en ella se encontrara un peligro. Tarde se dio cuenta de que un chico montando en patinete eléctrico iba hacia ella. Lo miró un segundo antes de que impactaran y, del fuerte golpe, cayó al suelo. Su cabeza golpeó con el duro asfalto. Los que estaban por allí la miraron con la sensación de que algo muy malo había pasado.

Cuando la ambulancia llegó, no se sabía si ya era tarde para esa mujer inconsciente con lágrimas secas en los ojos.



Lila llegó al hospital acompañada de Josh. Estaba con él cuando Kellan la llamó.

El hombre, al ver la ambulancia cerca de la casa de Dalia, fue hacia allí y se la encontró.

Kellan notó en ese instante que su vida se le iba detrás de ella. Era como si todo su mundo se detuviera en el instante y no pudiera ir para adelante, ni para atrás.

Estela también había salido al escuchar la sirena y gritaba, y lloraba, abrazando a su hija.

Habían ido al hospital en el coche de su marido, y Kellan con ellos porque no era capaz de conducir.

Dalia se había dado un fuerte golpe en la cabeza y la habían inducido el coma. Las próximas horas serían cruciales para ella.

Lila vio a su tía y fue hacia ella.

—Todo es mi culpa, como siempre... Yo soy la causante de todos sus males... No debería existir...

—Para, niña —dijo su tío acariciando su cabello—. Tu madre es fuerte, mucho más de lo que ella siempre ha creído. Va a salir de esta. Lleva mi sangre —señaló.

—Es mi madre... mi mami... —lloró Lila rota sintiéndose muy pequeña de golpe—. No la puedo perder...

—Lila...

Esta salió de los brazos de su tío y vio a Brennan allí. Lo miró a los ojos y fue hacia él. Los amigos que hasta ahora estaban separados por su orgullo y tal vez por no comprender que madurar no es perder a quien más quieres, se fundieron en el abrazo que tanto tiempo llevaban añorando.

—No la puedo perder...

—No la vas a perder —dijo Brennan secando las lágrimas de su amiga—. Vamos, tranquila. Todo va a salir bien.

Lila asintió perdida en los ojos de su amigo.

Josh los vio juntos, y por la forma de mirarse no necesitaba un traductor. Tal vez Lila no supiera verlo, pero Brennan no solo era su mejor amigo. Con tristeza y sabiendo que allí no pintaba nada, se marchó. Lo más triste es que nadie reparó en su partida, y eso lo dejaba todo bien claro.



—Va a estar bien —dijo Brennan con Lila sentada sobre él.

—No lo sabe nadie...

—Ya, pero cada minuto que pasa y sigue luchando, es un batalla ganada.

—Odio los patinetes —soltó Lila—. Se han puesto de moda y salen de cualquier lado. Ya en las aceras teníamos que tener cuidado con las bicicletas, y ahora encima con los monopatines. ¿Es que nadie se da cuenta de que la gente tiene derecho a ir por ellas sin temer que te salgan de cualquier lado?

—Ya... No es el primer accidente que sucede con un patinete eléctrico. El otro día a mí casi me llevó otro por delante en la universidad.

Lila sintió un escalofrío de miedo y lo miró a los ojos.

—¿De verdad?

—He dicho casi, no te angusties por algo que no ha pasado.

Lila se apoyó en el pecho de su mejor amigo. No quería salir de sus brazos. Necesitaba su fuerza ahora que la suya estaba fallando.

Los que estaban allí no vieron nada raro en la actitud de los jóvenes porque siempre eran así cuando estaban juntos; solo esperaban que la separación autoimpuesta de los chicos se hubiera acabado.



El tiempo pasó muy lento.

Llegó la hora de irse a abrir la tienda y Kellan tuvo que marcharse con todo el dolor de su corazón. No soportaba irse ahora mismo, pero debía ser responsable por Dalia y seguir con el negocio por ella.

Lila se había quedado dormida entre los brazos de su amigo y ahora que empezaba un nuevo día, se despertó para rogarle al médico poder entrar para ver a su madre. Entendía los protocolos, pero era su madre y estaba sola pasando por eso. Quería estar a su lado.

Al final, tras mucho insistir, la dejaron entrar a ella sola.

Al entrar y ver a su madre entubada, y con la cabeza vendada, se derrumbó. Le costó ir hacia su progenitora pero lo consiguió y cogió su mano.

—Hola, mamá... Que estoy diciendo... —Lila notó que las lágrimas mojaban su cara—. Mamá, no puedes dejarme. No sé vivir sin ti... Eres mi todo. Mi mundo no sería lo mismo sin ti, porque tú me das la tranquilidad de saber que si las cosas se ponen feas, siempre estarás ahí para abrazarme... Siento todo lo que te he dicho. He vivido siempre con el miedo de ser lo mejor y lo peor para ti y... nunca te lo he dicho... Ese ha sido mi mayor error, no sentarme a contarte que aunque era feliz, una parte de mí vivía pagando el precio de mi nacimiento... Lo siento.

Lila se secó las lágrimas y se metió en la cama de su madre. La abrazó como pudo, como cuando eran niñas.

—No dejes de luchar, mamá, porque te necesito para siempre en mi vida. Sé que para siempre es mucho tiempo, pero los padres deberían ser eternos. Cuesta imaginar un mundo sin ti.

Lila se acurrucó más y lloró sobre su madre mientras le decía te quiero sin parar y esperaba que abriera los ojos.

El médico entró a por la joven y la sacó con mimo, y cuidado. Trató de ser positivo y animar a la chica mientras la llevaba con su familia.

Brennan la esperaba en el marco de la puerta de la zona de espera para poder abrazarla antes de que Lila se derrumbara, y eso hizo nada más verla.

Lila lloró entre sus brazos destrozada por no saber si iba a volver a estar con su madre.



Dalia iba mejorando y los médicos decidieron despertarla. La habían dormido porque el

cuerpo se recupera mejor mientras uno duerme, y ahora había que esperar el resultado para comprobar si la enferma despertaba y así ver el alcance de las secuelas que dejaba el golpe.

Dalia abrió los ojos y vio a su hija llorando en su cama. No entendía nada, pero su instinto fue el de consolarla, el de acunar a su pequeña para que no sufriera olvidándose de su propio dolor.

—Hija... No llores...

—¡Mamá! ¡Mamá! —Lila abrazó a su madre entre lágrimas y risas—. Voy a avisar al médico. Por favor no te duermas.

Dalia sonrió con pocas fuerzas pero tratando de parecer fuerte. Cuando Lila se fue, aprovechó para mirar a su alrededor, recordando lo sucedido. Le invadió el miedo y trató de moverse.

—Está bien que intentes escapar y que te muevas. Son buenos síntomas —indicó el médico nada más entrar—. Y ahora estate tranquila que vamos a seguir cuidando de ti.

Dalia asintió e hizo todo lo que le dijo, no pensando en ella sino en su hija, en que su pequeña estaba sufriendo porque ella estaba mal. No podía soportar ver triste a Lila y por eso sacó fuerzas de donde ni sabía que tenía. Una fuerza que ya descubrió que poseía cuando nació Lila.

Ahora iba a hacer lo mismo. No podía dejarse invadir ni por el miedo ni por el dolor.

La recuperación fue mejor de lo esperado.

Las ganas de luchar de Dalia hicieron que todo fuera más rápido.

Estaban a punto de acabar las visitas por ese día cuando Kellan tocó la puerta y entró.

—Necesitaba verte. Ver que estás bien —dijo el hombre a modo de saludo, acercándose con dudas a Dalia.

—Estoy bien...

—La verdad. Conmigo no tienes que hacerte la fuerte.

—Me duele mucho la cabeza y estoy algo asustada por lo que podía haber pasado.

Kellan sonrió porque le contara la verdad. Se sentó en la cama y acarició su mejilla.

—¿Me creerías si te digo que me he preocupado mucho por ti? —Dalia negó con la cabeza y notó que una lágrima se escapaba de sus ojos violetas—. Pienso luchar por recuperar tu confianza, pero hasta que eso ocurra, quiero que sepas que estoy aquí. Y por la tienda no te preocupes. Yo me encargo de todo.

—Gracias.

—Tu tía no sabe si avisar o no a tus padres.

—Mejor que no sepan nada hasta que me recupere. Esto solo les haría regresar antes de estar listos para hacerlo.

—Te entiendo pero tú también callas por no hacer daño a quien quieres... —Dalia abrió la boca para decir algo cuando se dio cuenta de lo que había afirmado Kellan—. No era mi intención confesarlo en estas circunstancias, pero la vida nos recuerda que si buscas el momento perfecto, tal vez nunca llegue. No puedo negarte la verdad... Aunque no me creas —dijo el hombre con tristeza—. Me marcho. No te preocupes por nada. Solo cuídate.

Dalia asintió y vio como Kellan se alejaba con lágrimas en los ojos. Dalia se tragó un *yo también te quiero* que casi se le escapó. No podía negar lo evidente, pero tampoco podía ocultar que no confiar en él hacía que todo lo demás no fuera suficiente.

Dalia pasó mala noche por los dolores pero gracias a los calmantes pudo dormir.

A la mañana siguiente se despertó y al abrir los ojos, vio allí a su madre mirándola con cara de preocupación.

—Hija... —dijo su madre entre lágrimas.

—Estoy bien, mamá —le indicó mientras esta la abrazaba—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Vosotros, no. Eso seguro. ¿Acaso no merecía saber lo que te había pasado?

—No queríamos preocuparos y hacer que volvierais.

—Es lo que tenía que hacer, hija. Mi sitio estaba a tu lado.

—Ahora estás aquí. ¿Quién te lo dijo?

—Nadie. Hemos regresado y al no verte en casa, ni en la tienda, preguntamos qué había pasado y Kellan nos lo ha contado.

—¿Y por qué habéis regresado?

—Porque Lila nos dijo que sabías la verdad de Kellan y que esto os había distanciado. No quería estar lejos de ti ahora... y si te soy sincera, he visto cosas maravillosas pero echaba mucho de menos a mis niñas y a mi casa.

Dalia la entendía.

Su padre entró con el médico y abrazó a su hija. Estaba muy preocupado y necesitaba tenerla entre sus brazos para dejar de sentir ese miedo tan paralizador.

El médico les dio buenas noticias: la recuperación iba muy bien.

La madre de Dalia buscó el móvil de su hija a petición de esta y lo puso a cargar mientras su marido iba a por algo de almorzar.

Dalia vio varias llamadas perdidas de la inmobiliaria, y llamó ante la atenta mirada de su madre muy sonriente. Al final el vendedor había cedido aconsejado por sus hijos y lo vendía al precio que Dalia le daba porque sabía que era eso o nada, y que como la casa se cayera, aún le darían menos por ella.

—Vale, ahora llamaré al banco para que lo preparen todo.

—¿Qué es eso de que te vas a comprar una casa? —preguntó su madre.

—Me quiero independizar... ¿Te molesta?

—No, hija. Es lo normal. ¿Qué casa has visto? —Cuando Dalia se lo dijo, su madre puso el grito en el cielo—. ¿Acaso te has vuelto loca?

—No, es lo que quiero.

Su madre la observó y vio en los ojos de su hija una emoción que hacía mucho no veía salvo cuando miraba a Lila.

—Vale, pero espero que la dejes segura y confortable antes de vivir en ella.—Es mi idea.

—¿Y Lila?

—Brennan se la ha llevado a casa para que se diera una ducha al ver que estábamos aquí contigo. Se ha quedado contigo toda la noche. Se nota que tenía mucho miedo de perderte.

—Lo vi en sus ojos... Me dijo que ella era la culpable de dejar de lado mis sueños... que todo lo malo que me pasara era por su culpa. No sabía que ella estaba tan mal, creía que era feliz. No vi el peso tan grande que cargaba. ¿Acaso una madre no lo sabe todo? ¿Qué clase de madre soy yo?

—Hija, aunque no te lo creas, los padres a veces somos ciegos ante lo que le pasa a nuestros hijos. Nos cuesta admitir que, aunque daríamos lo que fuera para que sean felices, no lo son.

Cuesta aceptar que tus hijos son desdichados por mucho que tú des la vida por ellos.

—¿Alguna vez es fácil ser madre?

—No, y abuela tampoco. —Su madre la besó—. Nunca se deja de aprender. Un hijo o un nieto nunca te dejan de enseñar algo nuevo. Piensas que tú les enseñas a ellos y son ellos los que te enseñan a ti un millón de cosas.

—Me doy cuenta.

Su padre entró con varios dulces y cafés. Dalia no podía comer pero disfrutó mucho con sus padres allí. Estar a su lado le daba tranquilidad, pero había aprendido que vivir escondida no era vida.

Todo había cambiado. Ella estaba cambiando.



Lila se dio una ducha y corriendo se fue a buscar a su mejor amigo. Tal vez porque temía que se hubiera vuelto a la universidad... pero seguía allí. Su tía la dejó pasar y la informó de que Brennan estaba todavía en la ducha.

Lila estaba ahora en la cama de su amigo esperándolo, pero lo que no esperaba es que Brennan apareciera ante solo con una toalla en la cintura.

Lila notó que su respiración se agitaba. Había visto miles de veces a su amigo en calzoncillos. Cambiarse delante de él era algo normal desde niños, pero ahora, al mirarlo, no lo vio como siempre. Se fijó más en su pecho marcado y en la piel aún perlada por el agua de la ducha. Sintió deseo de acariciar su piel y apretó los puños. Le costó tragar, y, al mirar a los ojos a Brennan, sintió que este estaba incómodo con su escrutinio.

—Te espero en el jardín.

Lila salió casi corriendo del cuarto del chico y se sentó en los escalones con el corazón aún acelerado. No quería entender qué le había pasado a ella pero comprendía que Brennan pudiera estar incómodo porque ahora tenía una novia o alguien especial.

—No te esperaba en mi habitación —dijo Brennan sentándose a su lado en los escalones con un chándal gris.

—Antes no te importaba.

—Hemos cambiado.

—Sí y nos hemos alejado. ¿Vamos a seguir así de lejos el uno del otro?

—¿Tú qué quieres?

—¿Y tú? —Lila miró a su amigo.

—Te toca contestar a ti. Me alejé porque era lo que tú querías —recordó.

—Estaba equivocada. Tenía miedo de no poder explorar todo aquello si me refugiaba en ti... pero nunca fue así. Yo no me ocultaba estando a tu lado, a tu lado siempre he sido más yo misma que nunca. Ahora me doy cuenta...

—¿Por qué ahora?

—¿Acaso no has visto cómo he cambiado? Mi madre tenía razón y no ha sido hasta que te he visto, cuando nos he visto tan iguales y tan diferentes, que no sé por qué ha pasado esto.

—A mí me ha venido bien estar lejos de ti, aunque no quiero estarlo más —comentó al ver la cara molesta de la chica—. Desde niño siempre he pensado más en los demás que en mí para no dar problemas y, por primera vez, pensaba en mí y dejaba de ser perfecto.

—Tú eres perfecto, seas como seas. ¿Por qué sentías que debías serlo?

—Por mi padre, no quería parecerme a él —reconoció—. Cuando era pequeño y hacía cosas mal, mi madre me decía que era como mi padre. No era consciente del daño que eso me hizo hasta estos meses que recordé esos momentos al pensar en lo feliz que era aquí y lo mucho que echaba de menos esto. Creo que, sin darme cuenta, traté de ser todo lo contrario al hombre que hizo tanto daño a mi madre y que a mí me abandonó. Creía que si era perfecto...

—No acabarías siendo como él.

—Sí, y ahora mismo estoy descubriéndome. Tal vez no te guste como soy ahora.

—Puede ser. Tal vez esta separación nos haya hecho incompatibles como amigos —bromeó la chica pero temía que fuera verdad.

Brennan pasó su brazo por los hombros de Lila y la abrazó.

—Todo irá bien —le dijo y esta sonrió.

—Me gustará conocer cómo eres ahora. ¿Puedo?

—Claro y a mí me gustaría conocer como es tu vida ahora... con Josh.

Lila pegó un bote. No se podía creer que no se acordara de él y que no le hubiera dicho nada tras llevarla. Estaba tan metida en la recuperación de su madre que no era consciente de nada más, y llevaba desde entonces sin pensar en él. ¿No se supone que le gustaba?

—¿Qué pasa? —preguntó su amigo.

—No le he llamado... Debe estar preocupado. ¿Te importa si lo llamo?

—No, claro. Voy a coger algo para picar en la cocina.

Brennan entró en la casa y vio a su madre, por su cara sabía que lo había escuchado todo. Estela no era consciente del daño que se hacía sin querer con palabras que salen fruto del enfado o más bien del cansancio.

—Hijo...

—Mamá, no pasa nada.

—Sí, pasa. Yo te decía esas cosas sin querer hacerte daño. No elegí bien las palabras pero es inevitable que tengas algunas cosas iguales que tu padre, aunque no eres como él. Él nunca ha sido fiel a nada ni a nadie, y tú te desvives por las personas que quieres. Que tengas gestos o comportamientos como tus padres, no te hace igual a ellos, ni quiere decir que vayas a cometer sus errores.

—Lo sé... pero no era capaz de ver que estaba obligado a ser perfecto.

—Yo sí, pero no sabía la causa. —Estela le abrazó y juntos miraron hacia fuera, donde estaba Lila hablando por el móvil—. No está enamorada de ese chico.

—No, pero ella cree que sí —respondió Brennan a su madre.

—¿Tú sigues enamorado de ella?

—Por desgracia, sí —indicó apenado el chico—. No sé si podré ser su amigo y verla con él, más sabiendo que no es feliz y que cambia por él.

—Va a ser duro.

—Sí. No puedo estar sin ella pero ahora mismo estar a su lado en estas circunstancias, me mata.

—Gracias, hijo. —Brennan se giró y miró a su madre sin comprender—. Por contarme lo que te preocupa.

Brennan se dio cuenta entonces que era cierto. Se había abierto a su madre. Asintió y, tras coger una bolsa de patatas, salió a buscar a su amiga.

—¿Todo bien?

—Sí —dijo Lila algo triste—. Quiere que hablemos cuando regrese. No puede ser bueno.

—No adelantes acontecimientos. ¿Te vas a quedar hasta que tu madre salga del hospital? —Lila asintió—. A mí me gustaría pero no puedo faltar mañana. Me iré esta tarde.

—Vaya...

—Cuando vuelvas, iré a verte a tu casa o puedes venir a la mía cuando quieras —dijo el chico al ver que su amiga se ponía triste con su partida.

—Me da miedo que te pierda otra vez.

—Bueno, la primera vez fue por nuestra culpa, ahora sabemos los errores que no debemos cometer.

Lila asintió y lo abrazó. No soportaba la idea de que todo cambiara y sabía que lo haría. Aunque fueran amigos, ya no eran los mismos chicos que se despidieron antes de empezar la universidad.

Lila regresó al hospital tras despedirse de Brennan. Lo miró antes de perderlo de vista y sonrió. Esperaba de verdad que encontraran la forma de ser los que eran, porque en este tiempo separados, se había dado cuenta de que perderlo para siempre, hubiera sido el mayor error de su vida.

Capítulo 16

A Dalia le dieron el alta en el hospital, pero le dieron la baja.

Regresó a su casa entre mil atenciones de su familia.

Kellan hacía días que no iba a verla, centrado como estaba en el trabajo para que sus padres tuvieran más tiempo para estar con ella. De momento iba a seguir allí hasta que ella se recuperara, luego no se sabría.

Si era sincera, lo echaba de menos. Sus charlas, las miradas cómplices y estar cerca de él...

—Tengo que ir a ver mi casa.

—Tu mierda de casa —espetó su padre que estaba algo enfadado por la compra de su hija y andaba de morros.

—Voy a estar a solo dos calles. No pongas esa cara de acelga. —Dalia besó a su padre en la mejilla—. Necesito mi espacio.

—Lo sé —dijo el hombre serio.

—¿Vamos juntas? —pidió su hija.

—Vale. Estaremos aquí para la hora de la comida.

—Si esa casa no os ha escalabrado antes —rumió su padre.

Dalia sonrió y cogió sus cosas antes de marcharse con su hija. La casa no quedaba lejos pero sí era cierto que estaba hecha un asco. Lila miró a su madre ilusionada con todo aquello mientras ella pensaba que era un gran error esa compra.

—¿Por qué esta casa y no otra?

—Porque por primera vez he visto algo difícil de lograr y he asumido el reto sin miedo.

Lila entendió entonces la emoción en la mirada de su madre. Se había enamorado de esa casa y no pensaba abandonarla por muy descuidada que estuviera.

Entraron a verla y Dalia le habló de todas las cosas que quería hacer.

—Aquí más o menos estará tu cuarto cuando la levanten de nuevo —dijo Dalia al abrir una puerta del primer piso—. He pensado que esté abajo para darte intimidad... para que puedas estar en tu casa pero sentir que eres libre...

—Gracia, mamá.

—¿Crees que todo hubiera sido diferente de vivir solas? —preguntó Dalia a su hija.

—Seguramente sí, pero después de nuestro enfado, me di cuenta de que no quería cambiar nada de mi pasado.

Dalia abrazó a su hija feliz y sacó del bolsillo una cadena con un camafeo donde dentro había lilas violetas.

—Esto es para ti. Se lo pedí a Estela... —Lila lo cogió—. Es para que nunca olvides quién eres tú y qué quieres en la vida. Si haces lo que deseas y no te dejas llevar por lo que otros pueden querer, vivirás la vida sin sentir que el peso que soportas es muy pesado.

—Gracias, mamá. Me gusta mucho. —Lila se lo puso y lo miró—. No sé qué voy a hacer con Josh.

—¿Lo has echado de menos estos días? La distancia a veces nos ayuda a ver las cosas con otra perspectiva.

—La verdad es que no... pero no he podido dejar de pensar en Brennan y en lo que pasará cuando lo vea en la universidad. Se me hace raro pensar tanto en mi mejor amigo.

Dalia vio que a su pequeña le costaba aceptar que se había enamorado de su mejor amigo. Lo quería tanto desde que eran pequeños, que ahora le costaba ver que la línea del amor estaba entrelazada con la de la amistad.

—Si no quieres perder a Brennan, lucha por él.

—Lo haré y ahora que estamos hablando... ¿No piensas perdonar a mi tío? Estos días que he estado a su lado, he visto que es una gran persona.

—Lo es... pero no confío en él.

—Pero te mueres por sus huesos —dijo Lila alzando las cejas.

—Puede que un poco sí...

—Del todo. Nunca te he visto mirar a nadie así, mamá. No lo dejes escapar por tus miedos. Eso es algo que podéis resolver juntos y que solo estando a su lado aprenderás a confiar en él de nuevo.

—No sé qué haré. Ahora me quiero centrar en mi casa. Voy a ir a solicitar presupuestos de todo lo que hay que hacer. Creo que solo se puede salvar la fachada... ¿Me acompañas?

—Claro, así te cuido —dijo Lila cogiendo del brazo a su madre.

—Estoy bien...

—Ya, claro, como si no te doliera un poco la cabeza... Pones esa cara de acelga cuando hablas. Siempre lo haces cuando estás mal. A mí no me engañas por mucho que vayas de súper madre.

Dalia sonrió porque ella de verdad pensaba que estaba fingiendo muy bien y su hija no se enteraba de nada.

Miraron presupuestos y se fueron a comer para seguir por la tarde antes de que Lila se fuera de regreso. La iba a llevar su abuelo.

Dalia no se encontraba bien tras tanto trasiego y, aunque Lila quería irse lo más tarde posible, al final acertó su partida para que su madre descansara y dejara de fingir que todo iba bien.

Dalia abrazó a su hija con fuerza y su madre hizo lo mismo abrazando a las dos. Esto hizo reír a Lila.

—Vendré pronto. Lo prometo —dijo Lila.

Dalia asintió, sentía que esta despedida era diferente a la primera. No había ya cosas guardadas para luego que solo las separaba y Lila al fin empezaba a comprender lo que quería y lo que no, y que avanzar no era sinónimo de no dejar a tu lado lo que más quieres en tu vida, al contrario, es conservarlos para siempre cerca de ti.

Kellan fue a ver a Dalia a la salida del trabajo pero su madre le informó que se había quedado dormida.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó el padre de Dalia—. A menos que prefieras cenar solo en tu casa.

—Ya ceno solo muchas veces. Me apunto y así os comento una cosa.

Kellan se quedó a cenar y les comentó que tenía que irse unos días para ver cómo estaba su abuela, que por teléfono la había notado algo cansada y estaba preocupado.

—Puedes tomarte una semana libre e ir a verla —dijo la mujer.

—Gracias. Vendré lo antes que pueda.

Dalia se había despertado y había ido a la cocina al escuchar la voz de Kellan. Acababa de escuchar que se iba y temía que no tuviera motivos para regresar una vez volviera a su mundo.

Regresó a su cuarto sin ser vista hasta que escuchó que Kellan se marchaba y lo llamó desde su habitación.

El hombre entró y la vio sentada en la cama.

—He escuchado que te vas —dijo Dalia.

Kellan se sentó a su lado.

—Voy a regresar, aunque no quieras —bromeó—. Mi sitio está aquí. —La miró a los ojos y calló *un contigo* que se moría por decir en voz alta.

Dalia solo asintió.

—Espero que tu abuela esté bien.

—Y yo, aunque muchos de sus problemas son por su hija. No hace nada por su vida y siempre le exige más y más a su madre. Si puedo, me la voy a traer y tal vez haga espabilar a la inútil de su hija... Rosa, así se llama la que aparece como mi madre en el Registro. Creo que si está lejos de su hija, mejorará. Ya le dio una angina de pecho y nos asustó mucho, pero como se hizo la fuerte enseguida, Rosa no ha cambiado nada con ella. Lo mejor es que esté lejos de ella.

—Le costará dejar a su hija.

—Menos si piensa que es por su bien. No puede tratarla como una niña toda la vida. Es hora de que deje de hacer todo lo que le pide porque teme que la deje de querer.

—Qué triste...

Kellan asintió.

—Mi abuela pasa por una gran depresión por culpa de su hija. Su marido la dejó por otra y su hija es como su marido... egoísta como ella sola. Cuando yo llegué, creo que me acogió entre sus brazos para salvarnos a los dos. Más de una vez me ha dicho que yo le di la vida. La quiero mucho.

—Has tenido mucha suerte de tenerla.

—Sí, descubrir quién era mi familia me afectó mucho. No esperaba saber que eran así de horribles. Sabía que me abandonaron pero no todo lo demás. Tal vez por eso me costó tanto decirte la verdad... Temía que me vieras como eran ellos y no como soy yo.

Dalia asintió.

—Llámame si necesitas hablar y me encantará conocer a tu abuela.

—Sí, y tú por favor, ten cuidado con las reparaciones de tu casa nueva. No estás bien. No te hagas la fuerte.

Dalia asintió. Tal vez no confiara en Kellan, pero a su lado no tenía que fingir que todo era perfecto y eso la calmaba mucho.

Kellan dudó, pero al final se animó a abrazarla.

Dalia se dejó llevar y se perdió entre los latidos acelerados del hombre, esos que hablaban de lo mucho que ella le importaba y daban voz a sus sentimientos.

Los de Dalia latían con la misma fuerza.

—Nos vemos pronto.

Kellan se fue sin ganas, pero sabiendo que debía alejarse para poner su vida en orden y regresar con más fuerzas para luchar por la mujer que amaba.

Capítulo 17

Lila había quedado con Josh en su casa. En la universidad no se habían visto y por eso iba por la tarde a su casa. No sabía qué le iba a decir. Solo sabía que sus ganas de verle no eran tantas como las de reencontrarse con su mejor amigo Brennan.

Josh le gustaba, pero nada más. Se había dejado arrastrar por esa emoción de conocer a alguien y sentir que eres deseada ante sus ojos. Pero nada más. Cuando te enamoras de alguien, no tienes que obligarte a pensar en esa persona, piensas en ella a cada instante porque te encantaría que los viviera todos contigo.

Llamó al timbre y Josh le abrió enseguida.

Subió a su casa sintiéndose triste por la charla que iban a tener y cuando lo vio, se sintió la peor persona del mundo.

—No pasa nada, Lila —dijo este al ver que Lila estaba casi a punto de llorar—. Nunca hemos dejado de ser amigos. Nunca hemos hablado de amor.

—Me gustabas mucho... pero nada más.

—Lo sé.

—¿Por qué lo sabes?

Josh miró a la chica y no supo si decirle lo que vio ese día entre los dos amigos.

—La distancia me ha abierto los ojos.

A Josh le gustaba mucho Lila pero sabía que lo suyo estaba destinado al fracaso desde que cambió para estar con él, y él la dejó hacerlo porque en el fondo deseaba que fuera perfecta para enamorarse... El amor no entiende de perfecciones, solo de sentimientos perfectos para ti.

—No quiero perderte como amigo.

—No me vas a perder. Estoy aquí para cuando me necesites, pero por favor, la próxima vez que te guste alguien, no cambies por esa persona. —Josh miró la ropa colorida y mal conjuntada de la chica.

Lila se rio.

—Tengo un estilo un poco... llamativo.

—Me gusta. Nunca debiste cambiar por mí.

—Ahora lo sé. —Lila acarició el collar que su madre le había regalado—. ¿Me invitas a merendar?

—Eso está hecho.

Estuvo allí hasta que llegó la hora de que Josh debía arreglarse para ir a trabajar. Lila se fue sabiendo que era su amigo y lo sería siempre, pero ya nada sería igual.

Estaba llegando a su casa cuando Brennan le mandó un mensaje para invitarla a ella y a sus amigas a una fiesta en su casa. Le dijo que iría y notó como los nervios se arremolinaban en su estómago. Los adjudicaba al miedo por ver si podían ser amigos o no.

Al llegar a su casa se lo dijo a Vera y se apuntó, pero Marta no ya que estaba muy ocupada pensando en su próximo vídeo para Internet.

A Lila le costó mucho encontrar el modelito perfecto.

Al final es puso una camiseta de media manga violeta con una falda de tubo negra.

Vera se apoyó en la puerta y notó que su amiga estaba muy nerviosa. Nunca la había visto así.

—¿Qué te pasa?

—Me da miedo que Brennan pase de mí... Tener que aceptar que hemos cambiado y en esta vida no podemos estar juntos.

—No seas melodramática. Es tu mejor amigo y me alegra que hayas dejado de hacer el tonto con Josh, y que hayas hecho las paces con Brennan. Espero que Marta también deje de hacer el idiota.

—Lo veo difícil —dijo Lila tras escuchar a Marta cantar fatal con tal de que la gente se riera de ella y su vídeo se pudiera hacer viral.

Vera negó con la cabeza y recogió sus cosas para irse con Lila a casa de Brennan.

Fueron andando.

Lila cada vez estaba más y más nerviosa, y cuando llegaron a la casa e iban a entrar, notó que los nervios no la dejaban tragar.

Entraron al piso donde había mucha gente y la música no les dejaba entenderse, y buscaron a Brennan. Mientras lo hacían Vera encontró a un amigo suyo al que había invitado, y se fue con él tras sonreír a Lila dejando claro lo mucho que le gustaba ese chico.

Lila siguió buscando a su amigo y al final lo vio al fondo. Reía al lado de dos chicas preciosas que se lo comían con los ojos. Su amigo estaba bebiendo y se le notaba en su ambiente... Antes no era así. Odiaba las fiestas o... lo hacía para no ser como su padre al que le encantaban, además del descontrol.

Sintió celos por como miraba a esas chicas y se sintió rara por sentirlos, pero ahí estaban y no podía negarlos. Fue hacia Brennan notando que sus piernas no le respondían. ¿Qué le sucedía? Era su mejor amigo, su querido amigo... Todo era como siempre...

Entonces Brennan alzó la vista la vista y vio, y Lila se perdió en sus ojos y cuando la sonrió, solo a ella se dio cuenta por primera vez en su vida que nada iba a ser igual: estaba enamorada de Brennan.

¿Cuándo había pasado? No lo sabía. Solo sabía que en un punto del camino, dejó de verlo solo como a su mejor amigo y empezó a amarlo. Tal vez llevaba tiempo sintiendo eso, pero era más fácil llamarlo amigo que aceptar que lo amaba y lo que implicaba amar a quien es tu mejor amigo.

Había estado ciega... ciega porque era más fácil vivir en tinieblas que ver la realidad.

Llegó hasta su amigo y no supo si darle un abrazo o dos besos. Temía que cualquiera de los dos gestos revelaran los sentimientos a los que acababa de darle nombre.

—Te esperaba —dijo Brennan con esa sonrisa que tanto gustaba a Lila—. ¿Quieres beber algo?

—Lo que tú tomas estará bien —indicó cogiendo su vaso. Dio un trago y lo miró con cara de asco—. Mejor uno más dulce. ¿Te quieres emborrachar con un solo vaso?

—No me sube con facilidad. Me gusta fuerte.

—No hace falta que lo jures. Yo soy más de bebidas más dulces.

—Esas suben sin que te des cuenta, porque entran mejor.

—Lo sé, pero la noche es joven. Siempre me puedo colar en tu cuarto y dormirme ahí.

—Mientras no te importen mis ronquidos...

—Nunca me han importado.

Brennan sonrió y Lila hizo lo mismo. Todo era como siempre... si quitaba las cientos de mariposas que no paraban de volar por su tripa.

Lila se mordió el labio y siguió a su amigo a por algo de beber.

Brennan le preparó algo que podría gustarle y se lo tendió. Estaba preciosa esa noche, bueno... para él siempre, pero hoy parecía que sus ojos brillaban de una forma especial. Nunca le habían parecido más hermosos que en ese instante mientras le contemplaba y no entendía qué había cambiado.

—¿Y Ailén?

—Se fue de la casa cuando lo nuestro no salió bien...

—Ah... —Lila sonrió—. No puedo decir que no me alegre... Bueno... quiero decir que no me gustaba la pareja que hacíais.

—Como si a mí me gustara Josh y me lo tengo que comer con patatas.

—No estamos juntos... ¿Bailamos?

Lila se bebió su vaso de un trago y lo dejó en la mesa antes de hacer lo mismo con el de su amigo, tirando de Brennan hacia la improvisada pista de baile donde otras parejas bailaban.

Lila bailó con su amigo como tantas veces habían hecho o eso era lo que creía que hacían hasta que se dio cuenta de que estaban muy pegados y que sus manos jugaban con el pelo negro de este. Las manos de Brennan estaban en su espalda, produciéndole un sinfín de escalofríos.

Nada era igual.

Todo había cambiado.

Bailaron al son que sus miradas tocaban, una danza que solo entendían los que se atrevían a mirarlos un segundo, algo que hizo Vera antes de seguir hablando con su amigo. Un chico de su clase que le gustaba mucho pero con el que no había pasado nada porque solo la trataba como a un colega, como la llamaba él.

—Eh... colega, ¿nos pillamos algo más para beber?

—Vale. —Vera lo siguió y dejó de prestar atención a su amiga.

Tal vez su amigo, Oriol, no se había dado cuenta de que era una chica o sí. Siempre era lo mismo... Se llevaba muy bien con los chicos, tenía muchas cosas en común con ellos y al declararse, la veían siempre como una amiga a la que querían mucho y que seguro que un día alguien apreciaría. Estaba algo cansada de ser solo la amiga perfecta.

Con Oriol no sabía cómo acabaría la cosa. Se llevaban muy bien, eran muy parecidos y siempre andaban juntos. Por su forma de llamarla, estaba claro que él la veía como un amigo más, por lo que tenía dos opciones: tirar la toalla o dejarse de tonterías e ir a por él.

Quizás había llegado el momento de dejar de irse por las ramas y así, si salía mal, dejar de perder el tiempo enamorada de alguien que solo la quería como amiga.

Lila por su parte sugirió a Brennan ir a por algo de beber. Tenía mucho calor... Estaba ardiendo, y todo era por estar cerca de su amigo.

Brennan observó que se había acabado la bebida que le gustaba a Lila, y cogió la mano de su amiga para llevarla a su habitación. Estaba cerrada con llave para evitar que se colara alguien.

Lila entró y se sorprendió al ver en el corcho de la pared algunas fotos de los dos.

—¿Las has puesto ahora que hemos hecho las paces?

—No, llevan desde el principio. Eres parte de mi vida.

Lila sonrió y miró el cuarto de su amigo. Era sencillo aunque grande. Se fijó en una montaña

de camisas limpias, como si le hubiera costado elegir una para esa noche. Al final se había decantado por una verde que resaltaba sus ojos y unos vaqueros.

—¿Querías estar guapo para alguien? —preguntó Lila cogiendo una de las camisas.

—Puede ser... —Brennan sacó un par de botellas y vasos.

—Menudo alijo de bebidas.

—Estas las pagué yo. No pensaba dejar que se las bebieran unos desconocidos.

—Antes no te gustaba beber.

—¿Te molesta el cambio?

—No, es parte de ti. Cuando quieres a alguien, aprendes a amar sus cambios... como amigo...

Lila se dio cuenta de su metedura de pata.

Brennan no le dio importancia, que Lila le amara como él lo hacía, era algo que ni se le pasaba por la cabeza. Lo veía imposible... Aunque cuando se ama, siempre hay una esperanza de ser amado, aun en batallas totalmente perdidas. Tal vez por eso decían que el amor era ciego, porque nos hacía ciegos a la realidad.

Brennan salió a por refrescos y preparó un par de bebidas para cada uno.

—¿Nos lo tomamos aquí o salimos fuera?

Lila quería responder que prefería quedarse ahí con él, pero como eso podía provocar que se notara lo mucho que le gustaba, dijo de salir fuera para bailar con el resto.

Esta vez Lila bailó sola ante la atenta mirada de su amigo.

Brennan pensaba en cómo era posible amar tanto a alguien que no sentía lo mismo.

Lila se disculpó para ir a buscar a su amiga, hasta que vio que Vera se estaba liando con Oriol.

Regresó con Brennan, al que ya se le había acercado una morena preciosa que se lo comía con los ojos. Le pasó el brazo por la cintura antes de mostrarle una sonrisa que decía: ¿Te pierdes?

—No sé si salgo ganando con tenerte otra vez como amiga —dijo Brennan pasando su brazo por la cintura de Lila cuando la morena se fue—. Me espantas a los posibles ligues.

—¿Te gustaba? —preguntó dudosa.

—No, no es mi tipo.

—Pues así ahorras saliva hablando con alguien que no te gusta y ella no pierde su tiempo contigo.

Brennan solo sonrió. Lila nunca había hecho algo así. Era otro de los cambios que habían experimentado en ese tiempo separados o eso creía él.

Siguieron bebiendo aun sabiendo que deberían parar.

Vera se fue de la fiesta con su amigo tras preguntarle a Lila si le importaba pedirse un taxi luego sola. Lila le dijo que no y le hizo prometer que luego le contaría todo.

Lila en verdad no tenía pensando pedir un taxi. Iba a quedarse en el cuarto de su amigo a dormir, y por eso cogió la llave del bolsillo de Brennan y, cuando empezó a irse la gente, se coló en su habitación para esperarlo.

Se cambió de ropa y se puso una camiseta, y un pantalón de algodón del chico.

Cuando Brennan entró, Lila estaba subida sobre su cama y en cuanto lo vio, empezó a imitarlo con voz de hombre. Mucho había tardado en hacerlo.

—Soy el perfecto Brennan... El más sexi y buenorro del campus...

—Yo nunca diría algo así.

—Tú lo dices cada vez que abres los ojos y miras a las titis.

—¿A las titis? Eso desde luego nunca lo diría —señaló Brennan divertido.

—¿No te cambias? Esa ropa es incómoda para dormir —indicó Lila tirando de la camisa de su amigo, y luego puso voz de Brennan—. A menos que ahora Brennan duerma en pelotas y se corte por mí.

—No duermo en pelotas y en caso de hacerlo, como te has invitado a mi casa tú sola, te aguantarías.

—No me importaría —dijo Lila con voz dura.

Brennan puso los ojos en blanco y cogió su pijama para ir al aseo a cambiarse. No tardó en volver y Lila seguía despierta sentada en su cama.

—Hemos bebido mucho... mucho... —comentó la chica. Brennan se sentó a su lado, y Lila alzó la mano hasta su boca—. Me encantan tus labios. Son tan grandes y gorditos... Dan ganas de besarlos...

—Bésame —dijo el chico sabiendo que ella no lo haría.

—Pues la verdad es que me gustaría... —Lila se mordió el labio y luego se acercó.

Miró a su amigo, a un suspiro de sus labios.

—No te atreves —la retó, sintiendo que su corazón se salía del pecho por la intensidad de sus latidos.

—Pues sí lo hago.

Lila se sentía valiente por lo ingerido y por eso no dudó en acercarse a su amigo y besarlo. Tal vez nunca tuviera otra oportunidad de saber a qué sabían sus besos.

El primer roce dejó a los dos con ganas de más. Era como un choque de dos nubes cargadas de agua que, tras encontrarse, el impacto era tan fuerte que formaba un potente rayo capaz de desatar una torrencial lluvia que arrasaba todo lo que pillaba a su paso.

Lila se separó aturdida tras ese primer contacto y se perdió en los ojos verdes de Brennan, esos en los que le encantaba verse reflejada. ¿Por qué le había costado tanto ver que nunca se trató de amistad, sino de una forma de amar llamada compañero?

Se acercó de nuevo a sus labios y esta vez entrelazó sus dedos en la cabeza del chico por miedo a que saliera corriendo.

El segundo beso fue mucho más devastador que el primero, dejando al descubierto cientos de sentimientos callados incapaces de quedar ocultos tras la pasión arrolladora que los arrastraba.

Ahora quedaba saber si el alba los silenciaría porque eso era más fácil que aceptar que cuando se ama y se arriesga, puedes perder el corazón para siempre.

—Será mejor que nos acostemos...

—Sí...

Lila se metió en la cama tentada de pedirle un siguiente beso. Se hizo un ovillo en la cama tensa, lo hizo hasta que Brennan se tumbó a su lado y la abrazó. Si esa noche estaban locos, lo estarían del todo.

Brennan no quería dormirse. No quería que llegara el amanecer pero este llegó y el miedo a que Lila la rechazara, hizo que se callara el *te quiero* que se moría por decirle y le quitara importancia al beso.

—Solo fue un beso de amigos —dijo el chico cuando Lila se despertó.

—Hablas como si me acordara... —indicó Lila que estaba pensando hacerse la tonta pero al final lo miró a los ojos y, en la medida de lo posible, fue sincera—: Mejor no hablar de ello y no darle importancia... ¿no?

Brennan se moría por hablar del beso, por hablar de verdad con ella, dejar de callar el único secreto que había entre los dos... que la amaba, pero al final solo asintió y salieron a por algo para desayunar.

Los dos trataron de fingir que nada había cambiado pero la realidad era que sí lo había hecho y hay sentimientos tan fuertes que ocultarlos solo retrasa el momento en que la verdad salga a luz y te toque afrontar los acontecimientos que hoy crees que tienes el poder de ignorar.

Capítulo 18

Dalia se sentía mejor pero aún no le habían dado el alta. Seguía de baja sin poder trabajar, pero por suerte no había tenido que volver al hospital. Ahora mismo se estaba vistiendo tras una ducha para ir a su casa para ver cómo iban las obras. Al final iban a tirar todo menos la fachada porque costaba menos eso que rehabilitar el interior de lo mal que estaba.

Su padre le había presentado gente y estaban ahora trabajando en la demolición.

Tenía los planos de cómo quería que fuera su casa pero al mirarlos sentía que había partes que no le encajaban. Ahora veía demasiada casa para ella sola. Salían varias habitaciones que no sabía cómo llenar y si era sincera, desde que Kellan se marchó, todo le molestaba. Estaba muy irritable desde que la semana siguiente a su partida, llamó para despedirse, para decirles que regresaría pero que su abuela estaba ingresada y no quería dejarla sola. Al final la mujer estaba cansada porque tenía un problema del corazón.

Dalia se mensajeaba con él cada día pero pensaba que no regresaría y que de hacerlo, sería solo de visita para estar con Lila.

Cuando pasaba por la casa alquilada de Kellan esperaba ver el cartel de que se alquilaba de nuevo.

La desazón en el pecho porque no regresara, crecía con cada día que pasaba.

Lo echaba terriblemente de menos.

Salió a la cocina y vio a su madre.

—Vaya cara... ¿Te pasa algo?

—¿Qué me va a pasar? —respondió molesta porque no tenía ganas de hablar y menos con alguien que era capaz de ver y saber más de lo que ella había querido aceptar.

—Vale, hija. No me hables así. Y ahora me marcho que tengo prisa. Tengo que hacer entrevistas.

—¿Para sustituir a Kellan? —preguntó Dalia.

—Sí. Él dijo que vendría y le quisimos creer... pero ha pasado un mes y es mejor aceptar que de venir, será de visita y no a vivir aquí.

Dalia vislumbró esa posibilidad y se vino un poco más abajo.

—Me marcho para ver cómo van las obras.

—Vale, ten cuidado y alegre esa cara.

—Claro.

Dalia se marchó y su madre vio a su hija triste porque no fuera capaz de aceptar que quería a Kellan en su vida y que por miedo, lo estaba perdiendo. La vida no solo era sentir, era luchar por lo que se siente.

Dalia llegó a la que sería su casa y nada más verla, el jefe de obra le dijo cientos de cosas y le explicó muchas otras. Una vez más le preguntó si le gustaba el plano o quería cambios.

—Necesito más tiempo para pensarlo.

El hombre la miró mal y le recordó que necesitaban saberlo cuanto antes.

Dalia asintió y se fue para dar un paseo. Pasó por la casa de Kellan y como si sus temores cobraran vida, vio que colgaban el cartel de que se alquilaba.

Ella sabía que eso acabaría pasando.

Vio como lo colgaban recordando las miradas cómplices con Kellan allí, como la amó ese día y como la miró con dolor cuando le dijo que tenía algo que decirle. También recordó cuando le contó todo y esa mirada que había visto en su hija cuando discutieron, en la que se reflejaba que tenía miedo por ser como las personas de una familia a las que no admiraba.

Kellan no le había contado la verdad porque él mismo sentía vergüenza por lo que otros hicieron llevando su misma sangre.

Dalia se dio cuenta de que sin darse cuenta lo había perdonado porque lo comprendía. Si no había dado un paso hacia él, había sido por el miedo que tenía a que una vez más la felicidad se le escapara de las manos en lo referente al amor.

Fue a la tienda de sus padres y estaba en el huerto, cerca de su madre, cuando Lila la llamó.

—Hola, hija. ¿Qué tal?

—Mal...

—¿Te ha pasado algo? ¿Has tenido un accidente? Voy para allí.

—¿Qué pasa?! —dijo su madre asustada—. Vamos a por ella.

—Parad las dos —gritó Lila al ver que su madre no la escuchaba—. Estoy bien.

Dalia respiró tranquila. Había imaginado cientos de cosas malas. Le temblaban las piernas y a su madre igual, por lo que se sentaron en unas sillas que había cerca.

—Pongo el altavoz —dijo Dalia al ver que su madre le hacía señas para que lo hiciera—. ¿Qué pasa hija?

—Me he besado con Brennan —soltó Lila de golpe.

Necesitaba consejo y, cuando pensó con quien hablarlo, la primera persona que le vino a la cabeza fue su madre. Tal vez porque esta entendería que no quisiera hacer nada.

Ambas mujeres ante la confesión, agrandaron los ojos.

—Te has besado con Brennan... —repitió Dalia aguantando su risa de felicidad—. ¿Y por qué estás mal?

—Dudo que sea porque el chico besa mal y si es así, enséñale cómo te gusta. A ver si te crees que tu abuelo sabía besar al principio. Parecía un besugo...

—Os estoy escuchando —dijo el aludido—. Y ya que me habéis metido en la conversación ¿qué te pasa, pequeña?

—No sé si debemos hablar de ello o hacer como si nada. Esta mañana hicimos como si nada al despertar... Creo que lo mejor es no hacer nada. Todo puede salir fatal y lo perdería. ¿Verdad, mamá? Tú me entiendes.

Dalia sabía que su hija no lo decía para hacerla daño, solo la buscaba como cómplice porque había dejado escapar a Kellan por miedo.

Dalia tragó el nudo que tenía y una vez más su pequeña le enseñaba una valiosa lección: que huir por miedo no es la respuesta.

—Te entiendo... pero si te callas lo que sientes, al final puede que lo pierdas y un día mires atrás y te preguntes cómo hubiera sido tu vida si te hubieras arriesgado a perder. Tal vez un día lo veas con otra y al mirarlos veas que lo vuestro sigue ahí, anclado en un pasado que no volverá jamás...

—Vaya, mamá... Así no me quedo más tranquila...

—Pequeña... —dijo su abuelo hablando con su nieta pero mirando a su hija—. Si la vida

estuviera escrita, perdería el placer de vivirla.

Dalia se secó una lágrima.

—No sé qué haré, pero gracias abuelo. Os quiero mucho... Gracias por estar ahí.

—Aquí siempre estaremos para ti —dijo su abuela. Dalia no podía hablar.

Su madre colgó y la miró a los ojos.

—¿Qué te pasa? —preguntó una vez más.

—Que echo de menos a Kellan —admitió al fin ante su madre—. Lo he perdonado sin darme cuenta mientras lo extrañaba, y ahora seguramente no regrese...

—¿Y de quién es la culpa? —dijo su madre—. Tuya porque no le has dicho lo que sientes. Te has alejado de él y has dejado que se fuera sin saber que lo quieres. Así que si lo pierdes, es por tu culpa.

—Y si lo has perdido también —indicó su padre, y Dalia los asesinó con la mirada—. ¿Qué? No voy a decirte lo que esperas oír. Si quieres saber lo que él siente, vas y lo buscas, y dejas de esconderte que has cambiado de ropa y de peinado pero sigues huyendo de los problemas por mucha casa que estés arreglando. Vivir con nosotros nunca fue el problema de que no avanzaras, Dalia. Siempre fue tu problema porque no querías hacerlo.

—Si no lo dices revientas —le regañó su mujer.

—Tiene razón —dijo Dalia—. Me marcho...

—Ya era hora. Y como no puedes conducir, te lleva tu padre y nada de decir que no... o mejor te llevamos los dos.

—¿Os vais a quedar también cerca cuando hable con él? —preguntó Dalia.

—Si nos dejas, sí —señaló su madre.

—No. Eso es cosa de ellos —dijo su marido—. Y ahora voy a prepararlo todo para irnos esta tarde.

Dalia asintió nerviosa y lo estuvo todo el viaje. No podía respirar, le dolía el estómago y pensó mil razones para no hacer aquello, para vivir aceptando el fracaso y no con el miedo a perder a quien amas, si todo salía mal.

Cuando llegaron, su madre le dijo de acompañarla pero su padre le dijo que no, que esto era algo que tenía que hacer sola.

—Nos vamos de vuelta. Hay una pensión allí que tiene buena fama en Internet. —Que su padre hubiera buscado referencia, no le extrañaba—. Si todo sale mal... mañana vendremos a por ti. Si no, simplemente disfruta y aprende a vivir con miedo.

—Eres madre Dalia —dijo su madre—. Sabes lo que es sostener tu vida entre tus brazos al mirar a tu hija y sentir desde que nace que tu muerte no te aterra tanto como el hecho de que a quien más amas, le pueda pasar algo. —La mujer se emocionó al mirar a su hija—. Amar es lo mismo. Vivir cada día con el miedo a perder a tu compañero, a esa persona que te quiere por mucho que cambies, por mucho que evoluciones, por mucho que al pensar como eras, se dé cuenta de que poco queda de como eras, porque juntos habéis cambiado y por suerte seguís siendo perfectos el uno para el otro. —Miró a su marido—. Ahora ve y prepárate para el fracaso porque así, si todo sale bien, valorarás lo que tienes y darás gracias por lo encontrado.

—Gracias por los consejos. —Dalia abrazó a sus padres—. Gracias por estar ahí aunque no siempre he sabido apreciar cuánto os necesitaba y lo mucho que me dais siempre en silencio.

—Para eso están los padres —señaló su padre—. Y ahora vete antes de que nos pongamos

más melodramáticos que esto solo es una confesión amorosa, no un juicio a vida y muerte. Y ten claro que si te rechaza, si no te quiere, es porque él no era para ti.

Dalia miró a sus padres y pensó en que siempre le habían dado buenos consejos, el problema es que las palabras se las lleva el viento cuando no quieres escuchar lo que te dicen.

Dalia se fue hacia la casa de Kellan y tocó al timbre más nerviosa que nunca en su vida. La puerta se abrió y apareció una mujer de la edad de su madre, que la miró con cara de pocos amigos. Intuyó que era Rosa.

—Hola, ¿está Kellan?

—No, no creo que tarde en llegar. ¿Eres?

—Dalia, una amiga.

—Ah sí, ha hablado de ti. Pasa y espéralo. Yo me tengo que ir a trabajar.

La mujer se fue y dejó la puerta abierta sin mirar siquiera si Dalia entraba o no a la casa. Kellan le había contado que pasaba un poco de todo y ahora se daba cuenta de que era cierto.

Dalia miró por la ventana y vio un pequeño jardín muy cuidado, se podía imaginar a Kellan ahí con su abuela aprendiendo a cuidar las plantas. Se fue hacia el salón y se quitó el abrigo antes de ponerse a mirar las fotos. En todas se veía a Kellan con una mujer mayor muy sonriente. La falsa madre de Kellan salía de fondo sin prestar atención al momento. Todo era como se lo había contado, y, aunque tenía claro que todo lo que sabía de él era verdad, le relajó confirmarlo.

Estaba tan nerviosa que no podía sentarse.

Entonces escuchó la puerta abrirse y al mirar vio entrar a una mujer mayor y, tras esta, a Kellan que al verla se quedó petrificado.

Dalia no sabía si por la grata sorpresa o porque no quería verla.

—Hola... Me ha dejado pasar su hija —dijo a la mujer que la miraba curiosa—. Ella se fue...

—Sí, ahora está trabajando... en una hamburguesería. Se ha dado cuenta de que no voy a vivir eternamente con mi enfermedad. La primera vez se lo tomó a risa pero ahora le ha visto al fin las orejas al lobo.

Kellan no decía nada. Solo cerró la puerta y dejó sus cosas, y las de su abuela, en la entrada.

—Soy Dalia —se presentó yendo hacia la mujer.

—Lo sé. Te he reconocido por las fotos que me ha enseñado mi nieto.

—No sabía que tenías fotos mías —dijo Dalia mirando a Kellan.

—Alguna que otra —comentó este emitiendo la primera sonrisa—. ¿A qué has venido? —preguntó al fin.

—Quiero hablar contigo, y no me pienso ir hasta hacerlo.

Kellan observó en la mirada de Dalia una determinación que no había visto hasta ahora. Le gustó y lo temió al mismo tiempo. Desde que la había visto su corazón se había acelerado y sus ganas de acortar las distancias eran cada vez más grandes a cada segundo que pasaba. Temía hacerse ilusiones y que solo estuviera allí para hablar de algo que no fuera un nosotros.

—Bien, podéis iros a dar un paseo y yo me quedo haciendo algo de cena, porque supongo que te quedas a cenar dadas las horas que son.

—Sí, gracias.

—No deberías cocinar...

—Estoy bien. Ya has escuchado al médico —dijo la mujer con una dulce sonrisa—. Ahora a

pasear y a hablar. Luego me lo contáis todo.

La mujer sonrió y Dalia supo que Kellan había tenido mucha suerte al encontrarse con ella. Era su destino.

Dalia se puso el abrigo y salió de la casa con Kellan.

Anduvieron en silencio un rato.

Dalia no sabía por dónde empezar.

—¿Has venido a hablar o a estar en silencio? —bromeó el hombre.

—Es que no sé por dónde empezar.

—Di lo primero que se te pase por la cabeza.

—Has dejado el piso... Lo han puesto en alquiler. ¿No vas a volver?

—Te dije que iba a volver y lo voy a hacer, pero no puedo estar pagando el alquiler de un lugar en el que no estoy. Cuando regrese buscaré otro sitio.

Dalia sintió alivio pero supo que no podía conformarse, debía luchar por lo que quería.

—Me alegro de que vuelvas... porque no me gusta mucho mi vida contigo lejos.

Kellan notó que su corazón daba un vuelco ante sus palabras y se paró para mirarla a los ojos.

—¿Por qué?

—Me enfadé contigo porque no me dijeras la verdad, pero lo he usado como excusa porque me daba miedo arriesgarme a amar. A tu hermano nunca lo quise en verdad. Ahora lo sé. Deseaba crecer rápido, y él me decía lo que yo quería escuchar. Jugué a ser adulta sin serlo y me quemé, pero no me arrepiento de lo que pasó, ya no, porque eso hizo que tuviera a mi hija. Tal vez no era mi momento, pero era el de mi pequeña y ella siempre ha sido y será mi regalo más grande. Me centré en mi dolor porque si no me arriesgaba a amar a nadie, no podían hacerme daño. Entonces llegaste tú y sin quererlo, me enamoré de ti. Me costaba admitir mis sentimientos y cuando pasó todo aquello, me refugié en que me habías engañado porque era más fácil vivir así que arriesgarme a perder cuando más te amaba.

—¿Y ahora? —preguntó el hombre casi sin voz.

—Ahora quiero vivir y tú eres vida para mí. Te quiero Kellan y no encuentro razones para callarme más, salvo mi miedo a perderte, pero podré con ello... Soy más fuerte de lo que siempre he creído.

—Eres muy fuerte, sí —Kellan la miró un segundo a los ojos.

Dalia estaba temblando y no era por el frío sino por haber expuesto sus sentimientos por primera vez de esa forma.

—¿No vas a decir nada? —Los dientes le castañeteaban por los nervios.

—Estoy guardando este momento para siempre en mi memoria. Nunca esperé que vinieras a buscarme. Me costaba verte así, porque creía que de verdad huirías de lo que sentías. Ahora soy muy feliz... como no esperaba serlo nunca más.

Acarició la mejilla de Dalia.

—¿Entonces te tienes a vivir conmigo? Tengo una casa por diseñar y no soy capaz de encontrar el diseño perfecto... ¿Te acabo de pedir que vivas conmigo? —Dalia se sonrojó y Kellan se rio—. Creo que voy muy rápido... ¿Pero sabes qué te digo? Que a la porra con todo. Quiero que vivas conmigo y dejar de buscar excusas para no hacer lo que quiera. Es ir muy rápido, lo sé. Es una locura, de las grandes, pero quiero vivirla y ver hasta dónde nos lleva... ¿Te

estoy agobiando? ¿Puedes por favor dejar de reírte y decirme algo? O puede que diga más tonterías. Lo mismo hasta acabo por pedirte ser padre...

Kellan se rio tan fuerte y tan alto que Dalia se calló. Se dio cuenta que lo hacía porque era muy feliz.

—Sí a todo. Si es que me dejas elección...

—Eso siempre —dijo Dalia con una sonrisa—. Te dejo cada día la elección de poder decidir si quieres o no seguir conmigo un día más y así hasta que seamos viejos.—Me encantará elegirte de nuevo cada mañana. Te amo, Dalia.

Dalia sonrió y Kellan acercó sus labios a los de la mujer para besarla y robarle esa sonrisa de amor que acariciaba sus rojos labios.

Se besaron con todo el amor que sentían. Uno que no pidieron sentir, que no esperaban, que los sorprendió y les hizo creer que cuando menos te lo esperas, miras a alguien y sientes que tu vida tiene un antes y un después de esa mirada.

Ya nada iba a ser lo mismo desde que sus caminos se entrelazaron.



Se dieron cientos de besos antes de ir a la pensión para reservar una habitación para Dalia. Esta no quería quedarse en la casa de Kellan, estando allí su abuela y por mucho que este insistió, no logró convencerla de lo contrario.

Llegaron a la casa sin poder dejar de tocarse y mirarse de reojo.

—Me siento como una niña —dijo Dalia mientras Kellan abría la puerta de su casa—. El amor no tiene edad.

—No, no la tiene —respondió el hombre.

Su abuela los esperaba con la cena ya puesta.

—Por vuestras caras deduzco que todo ha ido bien —dijo la mujer—. Me alegro mucho. —Abrazó a Dalia—. Este hombre parecía un alma en pena y he perdido la cuenta de las cosas que me cuenta de ti. ¿Es cierto que pones voz de hombre cuando te emborrachas?

Dalia se sonrojó, Kellan se rio y levantó los brazos inocente.

—Sí, mi hija hace lo mismo. Un día emborracharé a mi madre para ver si ella también —comentó la joven.

La mujer no dejaba de mirar a Dalia. Veía a su nieto más feliz que nunca. Los ojos le brillaban y cuando se miraban hablaban un idioma solo reservado para los amantes, esos que son capaces de conversar en silencio.

Se emocionó al verlos y se relajó. Quería que su nieto encontrara un hogar por si a ella le pasaba algo y sentía que al final lo había encontrado. Al fin podía descansar tranquila y disfrutar de la vida sin temer que su pequeño se quedara solo.

Kellan se despidió de su abuela y le dijo algo al oído que hizo sonreír a la mujer. Le había informado de que seguramente se quedaría con Dalia para pasar la noche.

—Si te necesito, te llamo —dijo la mujer antes de abrazarlo y darle un beso en la mejilla.

Se fueron hacia la pensión y nada más entrar en la habitación se fundieron en un beso que

tenía la pinta de no acabar en toda la noche.

—Se me hace raro estar así contigo —señaló Dalia pasando sus dedos por la barba incipiente de Kellan.

—A mí no. No pensaba rendirme contigo.

—¿Y si no te quisiera?

—Entonces me iría, pero tú nunca dijiste que no me querías. Solo que no confiabas en mí y por eso iba a demostrarte que soy de fiar.

—Me lo has demostrado. Confío en ti —dijo haciendo que el hombre respirara tranquilo.

Una relación sin confianza no puede existir.

Kellan la besó sin prisas aunque se moría por hacerle el amor.

Dalia sintió que se emocionaba con ese beso tan dulce, tan tierno, tan cargado de amor.

No esperaba amar de nuevo, pero las cosas que no esperas son tal vez las que más te sorprenden, por eso dicen que la vida es mejor no planearla porque si lo haces, te pierdes la emoción de las gratas sorpresas.

Kellan quitó la ropa de la mujer y besó cada centímetro de su piel. Acarició su piel como el alfarero acaricia la arcilla hasta que cobra vida.

Dalia no podía dejar de besarlo, de perderse en sus ojos... De amar cada gesto, cada caricia, cada suspiro que ese hombre le robaba mientras la amaba.

Kellan acarició sus pechos una vez sus cuerpos estuvieron desnudos, disfrutando con las respuestas de Dalia. Era tan receptiva que le encantaba provocarle gemidos de placer.

Se llevó uno de sus pezones a la boca y lo besó, lo devoró, lo endureció hasta que le dolió de placer.

Dalia estaba a punto, con solo el roce de sus cuerpos y su lengua sobre sus cimas. Kellan lo notó y buscó su cartera, pero ella le detuvo. Se miraron a los ojos y entendió lo que le decía. Lo pensó solo un instante antes de seguirla en esta locura. Una que quería vivir más que nada en el mundo con ella.

Se adentró en ella sintiendo su piel, cubriendo su sexo sin que nada los separara.

No dejaron de mirarse a los ojos mientras entraba y salía de ella.

Entrelazaron sus manos y cuando el orgasmo los arrolló a los dos, Dalia no pudo evitar llorar de felicidad. Algo que solo le había pasado una vez, cuando tuvo a su pequeña en sus brazos.

Kellan se separó y secó sus lágrimas con mimo.

—Te quiero —le confesó con sencillez.

Pero los dos sabían que un *te quiero* era de todo menos simple.

—Te quiero —respondió la mujer abrazándolo con fuerza.

Se dejaron caer en la cama entrelazados. Sin prisas y sin ganas de separarse.

Dalia tenía miedo, cuanto más lo quería más miedo tenía de perderlo, pero sabía que el miedo a perder va ligado al amar, porque solo se teme perder lo que más se quiere.

Capítulo 19

Lila abrió la puerta de su casa y se quedó de piedra al ver a su madre con Kellan y a una mujer que no conocía de nada.

—Hola —saludó su madre muy feliz.

Era domingo y no entendía qué hacían allí pero sí sabía lo que habían venido a contarle. Solo había que mirarlos a los ojos.

—Podéis pasar. Estoy sola. Vera ha quedado con su novio y Marta... ni idea de dónde estará. Su madre entró y la abrazó.

—¿No has quedado con Brennan? —preguntó curiosa su madre.

—Tenía partido con los amigos... Tal vez luego lo llame para quedar.

Kellan abrazó a Lila y le presentó a su abuela.

—Es tan bonita como me dijiste. Por cierto, puedes llamarme abuela o Agnes, como más te guste, aunque abuela suena muy bien. —Lila sonrió—. Gracias por aceptar a mi nieto. Es lo mejor de mi vida.

—Tengo mucha suerte de tenerlo, abuela —respondió la joven mirando al hombre con cariño.

Como era la hora de la comida decidieron pedir algo y comer allí juntos.

Le contaron a Lila lo que ya se imaginaba, que estaban juntos y que iban a empezar una vida sin pensarlo mucho. A ella le pareció genial. Se conocían desde hacía meses y, aunque ahora se dijeran te quiero sin miedo, llevaban tiempo aprendiendo a estar juntos y ser perfectos el uno para el otro.

—Y ahora déjame un folio y un bolígrafo —pidió a Lila su madre en el café. Lila se lo dio y vio como su madre dibujaba algo—. Así es más o menos el plano que me han diseñado para la casa... no me convence.

—¿Que no te gusta? —preguntó Kellan.

—No lo sé. Lo veo muy grande.

—Siempre puedes tener un montón de hijos y así se te queda pequeña en nada —dijo Lila risueña.

—Claro, cómo no se me ha ocurrido antes... —Dalia sacó la lengua a su hija.

Kellan miró el plano y lo hizo todo más diáfano, haciendo que la casa se viera grande pero quitando tantos pasillos y puertas cerradas en la primera planta.

—¿Te gusta más así? —preguntó el hombre aunque por la sonrisa de Dalia sabía la respuesta.

—Le encanta —dijo su hija.

—En serio, no sé para qué les pago si tú diseñas mejor —respondió la mujer.

—Es lo que tiene que a mi abuela le encanten los programas de reformas de la tele.

La aludida se rio.

Se quedaron un rato más antes de irse a su casa. Kellan había convencido a su abuela para que pasara allí unos días. Se notaba que no se quería separar de la mujer. Iban a ir a un hotel hasta que pudiera alquilar la casa donde antes vivía.

Lila quedó con ellos en ir pronto a verlos.

Cerró la puerta de la casa y fue a buscar su móvil que estaba cargando en la habitación. Al cogerlo vio que tenía una llamada perdida de Brennan.

Se la devolvió sin perder tiempo.

—Hola, ¿haces algo esta tarde? —preguntó el chico.

—Nada... ¿Quieres venir a mi casa para ver series y atiborrarnos a dulces y palomitas?

—Como en los viejos tiempos... —respondió el chico.

—Sí, las buenas costumbres no deben perderse. ¿Vienes?

—Voy para allá.

Lila lo esperó nerviosa y Brennan llegó demasiado pronto.

No había decidido si se maquillaba o se cambiaba de ropa, y al final no le quedó más opción que abrirle la puerta con la ropa que llevaba tan poco glamurosa y por supuesto nada sexi. Tal vez fuera lo mejor, él podía notar que si se arreglaba, lo hacía por algo.

Se miraron a los ojos. Era la primera vez que se veían tras su beso. Tras ese beso que calentaba su piel con solo recordarlo.

La tensión reinaba entre los dos, pero ninguno parecía querer dar el paso de hablar de lo que sentían. Era más fácil vivir fingiendo que todo seguía como siempre.

Lo prepararon todo para ver series en el dormitorio de Lila.

Se sentaron en la cama como tantas otras veces y se taparon con la manta. El capítulo empezó y ninguno de los dos era capaz de enterarse de nada, eran demasiado conscientes de la persona que tenían al lado. De los cosquilleos de su piel cada vez que se tocaban y de esos roces inocentes que tanto ansiaban para estar cerca de la otra persona.

Lila pensó que todo aquello era una tortura.

Brennan estaba acostumbrado a vivir así. Llevaba media vida queriendo a su mejor amiga, pero era cierto que, tras besarla, todo era mucho peor, porque quería y deseaba más.

—No está mal la serie —dijo Lila para romper esa tensión que había entre los dos.

—No, pero no es de las mejores que hemos visto.

Lila asintió y le contó que su madre estaba con Kellan.

Brennan se alegró mucho por Dalia. Se merecía ser feliz.

Y sin más se quedaron sin nada que decir por toda las cosas que callaban.

Era la primera vez que les pasaba que el silencio era incómodo entre los dos, y eso los puso tristes.

Brennan estaba pensando qué decir, cuando Vera llamó a Lila y gritando le dijo que pusiera las noticias de la tarde en la tele.

Lila fue corriendo hacia la tele escuchando a Vera llorar y sintiendo que algo iba muy mal.

Puso la tele y vio que su amiga Marta salía en ella. Su Instagram era noticia.

—La instagrammer Marta-la, se ha caído de un quinto piso mientras hacía un directo desde la cornisa del edificio. El momento fue grabado y visto por miles de usuarios. Ahora mismo está siendo atendida y se teme por su vida.

Vera siguió llorando y Lila empezó a hacerlo también. Brennan la abrazó con fuerza mientras Lila pensaba que Marta había conseguido ser reconocida como instagrammer y ser vista por millones de personas, pero el precio había sido muy alto.

Su abuelo siempre le había dicho que había que tener cuidado con lo que deseas, que los deseos siempre hay que expresarlos bien o se pueden cumplir, pero no de la forma que esperas.

Se fueron al hospital donde había medios de comunicación para ver la evolución de su amiga.

Lila entró y vio a Vera. Se abrazaron llorando.

Los padres de Marta no tardaron en llegar. Estaban destrozados. Seguían a su hija por redes pero pensaban que era lo normal en esos tiempos. Ellos tenían cuentas desde hacía muchos años y las usaban con mucha frecuencia. No eran conscientes de cómo se le estaba yendo a su hija de las manos todo aquello; de hecho, veían bien que su hija hiciera tantas tonterías porque ellos también las hacían desde hace años. La única que lo había visto venir fue Vera, pero no sirvió de nada. Marta había llegado tan lejos porque quería, porque para ella todo valía con tal de tener millones de «me gusta».



Marta iba a salir de esta pero para volver a caminar, tendría que hacer rehabilitación y tener mucha fuerza de voluntad porque no iba a ser un camino fácil. Lo contaba gracias a que cayó sobre el techo de un coche y este había amortiguado el golpe lo justo para salvarle la vida.

Lila y Vera entraron para ver a Marta en cuanto dejaron que tuviera visitas.

Al entrar vieron una escena que Vera ya conocía pero Lila no. En la cama estaba Marta con los ojos llenos de lágrimas mirando a su madre y alzando una mano hacia ella, mientras su la mujer mayor miraba el móvil y se reía por las chorradas que publicaban en él. Entonces lo cogió y se hizo un *selfie* con cara triste y se puso a escribir con cara sonriente.

Lila entendió de repente muchas cosas. Marta solo quería ser como su madre, o tal vez como sus padres, porque también había visto a su padre haciendo lo mismo.

Marta quería encajar en su familia porque era lo que le habían enseñado, que si eras popular, eras el mejor.

Lila cogió la mano de Marta y la apretó con cariño. Marta la miró impactada. En verdad no conocía mucho a Lila. Llevaba pasando de ella muchos meses. Tal vez por eso le sorprendió cuando Lila la abrazó y Vera la siguió.

—No estás sola —dijo Vera—. No pienso dejarte sola nunca.

Marta no podía moverse mucho por las escayolas y el cuerpo dolorido, pero por desgracia sí podía llorar y se puso a llorar desconsoladamente. Su madre la vio llorar y le hizo una foto que subió a las redes para que sus seguidores tuvieran pena del momento que vivía ella como madre.

—Si os quedáis con ella, me marcho a darme una ducha y para comer algo.

—Claro. No nos vamos a mover de su lado —dijo Lila con frialdad.

La mujer asintió y se marchó.

Marta vio irse a su madre con el corazón roto. La necesitaba más que a nadie en el mundo y esta no era capaz de darse cuenta.

—Tengo miedo —confesó la joven.

—Lo sé. Pero no pienso dejar que te hundas —dijo con firmeza Vera.

—Ni yo tampoco —apuntó Lila que ahora que entendía más a Marta. No pensaba dejarla más sola de lo que ya estaba.



Lila se centró mucho en la recuperación de Marta. Se daba cuenta, al ver la frialdad de los padres de su amiga, de la suerte que ella tenía al tener a su madre y a sus abuelos siempre a su lado. Había juzgado a Marta mal porque no conocía toda la historia, pero ahora entendía la tristeza en la mirada de Vera y por qué no podía ser feliz viendo que su amiga no le hacía caso.

Al parecer la madre de Marta era una influencer famosa, y su padre también, por subir fotos de sus viajes. Cuando empezó todo esto de subir fotos a las redes sociales subieron miles de fotos de todo lo que hacían en su vida con su hija Marta, hasta que un día Marta puso una cara súper graciosa no teniendo más de ocho años y su cara se viralizó y se convirtió en un meme que Lila había visto cientos de veces.

Marta no conocía otra vida porque sus padres le habían enseñado eso y cuando fue mayor de edad, decidió tomar ese camino y hacerlo sin decir quién era y de quién era hija. Quería demostrar a sus padres que ella podía ser mejor que ellos y así lograr que le hicieran un poco de caso.

Marta se encontraba un poco mejor, aunque seguía sin poder mover las piernas. Las tenía escayoladas pero sentía que no le respondían como deberían. Era una situación angustiosa. Si no se hundía, era por Lila y Vera que estaban allí cada día con ella en el hospital, pues aún no le habían dado el alta.

Cogió su móvil y lo miró. No lo hacía caso. Solo lo tenía encendido por si le llamaban sus padres, los que se habían ido de viaje porque no podían cancelarlo. Miró su Instagram y vio que tenían más de cien mil seguidores. Al fin era más reconocida, pero no sintió la felicidad que esperaba. Leyó los mensajes y en casi todos se burlaban de ella, de como el móvil grabó su caída y las caras de pánico que puso. ¿Cómo podía la gente encontrar gracioso eso? La gente la etiquetaba en fotos de su cara donde se burlaban sin dar importancia a que eso casi la mató.

Tenía miles de amigos falsos que a la hora de la verdad no eran más que humo. Ella estaba sola en un hospital donde solo dos de las personas de su vida, dejaban todo para estar a su lado.

Por primera vez fue consciente de que aun teniéndolo todo en las redes, en la vida real no tenía nada.

Se borró de todas las redes sociales y dejó el móvil en la mesita antes de romper a llorar por la soledad que sentía.

Capítulo 20

A Marta le iban a dar el alta poco antes de las fiestas de Navidad. Sus padres tenían planes y no podían ir a por ella. Vera y Marta vivían muy lejos y un viaje tan largo podía ser doloroso para ella ya que todavía tenía escayolado el pie derecho, que fue el que más sufrió en la caída.

Lila habló con su madre y enseguida le dijo que sí, que podía pasar las fiestas en su casa. De hecho Kellan lo organizó todo para que el traslado de Marta fuera lo más cómodo posible.

Marta se quedó impactada por cómo lo habían organizado todo y por el cariño que le brindaron desde que salió del hospital hasta llegar a la casa. Los abuelos de Lila la llenaron de atenciones y su tía Estela también, quien le regaló una de sus bufandas.

Cuando Marta se quedó sola en el que sería su cuarto, rompió a llorar porque sabía que no se merecía todo esto. Había pasado meses pasando de Lila, sin conocer a la gran persona que tenía delante y, ahora que se daba cuenta de lo que se estaba perdiendo, se daba cuenta de lo tonta que había sido.

Tocaron a la puerta y dijo que podían pasar.

La puerta se abrió y apareció Brennan, el mejor amigo de Lila que también se había pasado muchas tardes a verla y a hacerla compañía con Lila. Entendía como a Lila le gustaba tanto. Era un chico diez.

—Hola, quería saber cómo estabas.

—¿La verdad?

—Claro —dijo el chico sentándose en la cama, cerca de donde estaba la silla de ruedas.

—Me siento impotente...

—Pero la vida es así. Hoy nos toca cuidarte y mimarte a ti, y otro día te tocará cuidarnos a nosotros. No te sientas mal por lo que seguro que harías por tus amigos.

—Ahora sí... Antes no lo sé. Vivía en mi mundo de fantasía.

—Le pasa a mucha gente. Nos ha tocado vivir con eso y aprender a diferenciar la falsa realidad.

—Ahora lo sé.

—Lila está preparando un atracón de dulces para ver series. Yo me apuntaría, pero mi madre me quiere hacer fotos para los regalos de Navidad.

—Por suerte tu madre cuando deja de hacerlas, está ahí —lo dijo porque había visto a Estela y el cariño en su mirada para con ella, nunca lo había visto en su familia.

—Es una suerte, sí. Todo es bueno si se sabe usar. Si una cosa te crea adicción, es cuando deja de ser bueno y pasa a ser peligroso.

—No lo olvidaré. Tengo cicatrices que me lo recordarán.

—Las que más duelen no se ven. Esas son las que más tardan en cicatrizar. Pero sabes que estaremos a tu lado.

Marta asintió justo cuando tras la puerta apareció Lila con un montón de comida y esa sonrisa suya que, cuando la mirabas, te hacía sentir que todo iba a salir bien.

Brennan se fue tras mirar a Lila como solo un buen entendedor de corazones enamorados podía entender.

Marta sonrió y vio como su amiga miraba la puerta donde antes estaba su mejor amigo.

—Entiendo por qué te gusta tanto. Es el chico diez. —Lila se puso roja y negó con la cabeza hasta que vio la mirada de Marta que dejaba claro que no la creía.

—Vale, sí, me encanta, pero solo somos amigos.

Desde el beso y tras lo sucedido a Marta, casi no se habían visto fuera del hospital. Lila pensaba que Brennan de verdad lo había olvidado para siempre. Ella por el contrario cada vez que lo veía, tenía que refrenar sus ganas de lanzarse a por otro beso.

Vieron la serie hasta que Marta tuvo que pedir ayuda para ir al servicio.

Lila la ayudó y cuidó. Había descubierto, con sus visitas a Marta, que le gustaba cuidar a los demás. Había empezado a mirar los estudios de Enfermería y cuanto más descubría de ella, más ganas tenía de cambiarse de carrera. Humanidades era una buena carrera, pero no era para ella.

A Marta la forma en la que Lila la trataba, la relajaba, porque no la hacía sentir tan inútil como se sentía.

Llegó el día de Nochebuena y se juntaron en casa de los padres de Lila para cenar.

Kellan había invitado a su abuela y a la hija de esta, la que parecía otra persona y se estaba haciendo cargo de su madre como nunca. Esto tranquilizaba a Kellan, ahora que vivía más lejos de ellas. Su abuela le tenía preparada una sorpresa: ella y su hija se iban a cambiar a vivir allí cerca. Iban a vender la casa y tenían ya un posible comprador. Querían estar cerca del hombre y ser parte de la nueva vida que se estaba creando a su alrededor.

Lila no podía dejar de mirar a su madre en toda la cena. Era tan feliz que la felicidad le desbordaba.

Brennan y Lila se fijaron en que Dalia no bebió nada de alcohol y por las miradas que compartieron los jóvenes, ambos pensaron lo mismo: Dalia estaba embarazada. También se fijaron en como Estela y Dalia querían emborrachar a la abuela de Lila.

—Que no quiero beber más...

—Pues no bebas —dijo Dalia de manera inocente.

—¿Se puede saber para qué quieres emborracharme? —preguntó la mujer.

—Queremos saber si también te da por hablar con voz de hombre —dijo Estela con una sonrisilla.

—Por supuesto que no. A mí eso no me pasaría.

Su marido sutilmente acercó su copa de vino a su esposa. Esta la miró y al final decidió probar que el alcohol le sentaba mejor que a las mujeres de su casa.

En solo media hora estaba imitando a su marido mientras el resto se reían. Al final era como su hija y su nieta.

—Lo hago aposta... No se me ha subido nada de nada —pero todos sabían que mentía y más porque luego se puso a reír sin parar.

Marta estaba muy cansada y pidió a Lila que le ayudara para acostarse la primera. Estaba ya en la cama cuando miró a Lila y se atrevió a decirle lo que se le pasaba por la cabeza.

—¿No piensas decirle a Brennan lo que sientes?

—No, no quiero perderlo cuando me rechace y por no hacerme daño, se aleje. Ya sé lo que es estar sin él y no quiero pasar más por eso. No me completa, porque para eso no necesito a nadie, pero completa el mundo en el que quiero vivir. No sé si me entiendes...

—Te entiendo pero si no luchas por él, tal vez sea porque no te gusta tanto como dices. Si

algo he aprendido es que la vida es una lucha constante. Antes luchaba para que mis padres me hicieran caso... —admitió al fin—. Y ahora por volver a caminar. Y cuesta mucho pensar el largo camino que me queda...

—Lo lograrás.

—Lo fácil sería rendirme...

—Y es lo que yo hago. Lo pillo.

—Vete a dar una vuelta con él. Dale su regalo de Navidad... y quién sabe. Lo mismo dejas que él decida qué quiere hacer, en vez de pensar qué hará.

Marta sabía que a Brennan le gustaba Lila, se le notaba, pero ninguno de los dos parecía querer dar el paso y arriesgarse a perder al otro.

—No quiero dejarte sola...

—Voy a dormir. No te preocupes por mí y mañana me lo cuentas todo.

—Vale... pero si me necesitas, me llamas.

—Lo haré.

Lila salió y vio a su madre y Kellan en el pasillo dándose un beso. Kellan miró a su madre con amor antes de acariciar la tripa de esta. Lila notó que temblaba al pensar en tener un hermano o una hermana a estas alturas. La idea no le disgustaba, pero temía no estar a la altura al llevarse tantos años. Sintió vértigo y entendió a su madre cuando se enteró siendo más joven que ella, que iba a ser madre.

Su madre se dio cuenta de que Lila los estaba viendo y fue hacia ella.

—¿De cuánto estás? —preguntó Lila sin irse por las ramas.

—Acabamos de enterarnos esta semana que esperamos un bebé. Te lo quería decir en persona... ¡Sorpresa! —dijo Dalia—. ¿Te molesta?

—No, por qué me iba a molestar...

—No lo sé. —Dalia tiró de ella hacia su cuarto—. No lo querré menos que a ti, pero todo será diferente ahora. No lo que sienta por esta personita.

—Lo sé, mamá. A mí no me esperas y a este bebé tal vez sí. —Su madre asintió—. Le daremos mucho amor. El mismo que he tenido yo. Solo cambiará que tendrá un padre que lo quiera, pero yo también tendré a un tío que me adora. Ganamos todos.

Dalia abrazó a su hija emocionada.

Lila salió del cuarto de su madre y fue a buscar a Brennan. Lo encontró cerca del árbol de Navidad escribiendo una torpe nota. Llevaba varias escritas, ya que no sabía si poner te quiero por miedo a que entendiera que en verdad hablaba de amor.

Lila se asomó sobre su hombro sin que el chico lo notara y vio como escribía:

**Te deseo una Feliz Navidad.
No olvides que te quiero...**

Luego la arrugaba y la guardaba en su mano.

Escribió de nuevo:

Te deseo una Feliz Navidad, y espero que nada nos separe... nada... Te quiero...

La arrugó otra vez y Lila ya carraspeó para llamar su atención. El chico estaba tan concentrado eligiendo las palabras adecuadas que no se había dado cuenta de la cercanía de su amiga.

La miró cortado.

—¿Qué pasa? —dijo Lila al no entender tantas notas arrugadas.

—No esperaba verte ya. Te quería dejar una nota.

Lila cogió las notas arrugadas de la mano de su amigo divertida y las empezó a abrir. Brennan tarde se dio cuenta de que la primera que escribió decía todo lo que callaba. Trató de quitárselas por si le daba por abrir esa, pero el destino, que a veces es juguetón, hizo que Lila la abriera antes de que este pudiera recuperarla:

No sé cómo decirte que te amo.

Lila notó que le daba un vuelco el corazón y miró a su amigo. Este le quitó la nota y fue hacia la puerta.

—¿Damos un paseo? —Lila miró hacia la calle donde estaba nevando.

Brennan asintió.

Las líneas del joven no dejaban de repetirse en su mente. Se abrigaron y salieron a la calle. Hacía mucho frío y eran los únicos valientes que se atrevían a pasear a esas horas por esas calles, decoradas con cientos de lucecillas, que los habían visto crecer.

Lila pensó que había arrugado la nota porque se había equivocado y en vez de poner te amo, quiso escribir te quiero, pero ese te amo no se le borraba de la mente.

—¿Qué tal está Marta? —dijo Brennan que temblaba y no por el frío.

—Bien... dentro de lo que cabe.

—Es la primera vez que tienes amigas.

—Es cierto... y tú —indicó Lila—. Nos centramos tanto en ser solo los dos que nos olvidamos que podíamos seguir siéndolo por mucha gente que entrara en nuestra vida.

—Sí, nos ha venido bien esta separación.

—Sí, así conociste a Ailén...

—Y tú a Josh.

Se hizo el silencio llegando al pequeño parque cerca de sus casas, donde Lila iba siempre que tenía problemas.

—Mi madre va a ser madre otra vez. Está feliz.

—¿Y tú? —preguntó Brennan.

—Sí, mucho, pero me aterra no ser suficiente buena para ese bebé.

—Lo serás.

—Creo que sigo siendo virgen porque tenía miedo de quedarme embarazada del chico equivocado —dijo de repente Lila, una confesión que le costaba menos que preguntarle por la nota, por esas palabras arrugadas que temía preguntar por si no eran ciertas.

—Entonces con Josh no pasó nada...

—No. Sigo siendo virgen. ¿Y tú? —Brennan la miró con tristeza y negó con la cabeza—. ¿Ailén?

Brennan asintió.

—Tenía que olvidarme de algo importante.

—¿El qué? —preguntó Lila con lágrimas en los ojos. Imaginar a Brennan con otra en la cama dolía mucho.

Brennan tomó aire y por primera vez decidió ser valiente. No podía vivir de hipótesis, era hora de vivir de realidades.

—De lo que has leído en la nota... Tenía que olvidar que te amaba.

Lila notó que su corazón dio un vuelco, al tiempo que un aire frío se levantó entre los dos. No lo dudó y, buscando calor, se acercó a su amigo como tantas veces habían hecho en su vida.

—¿Y me olvidaste?

—No.

Lila notó que su corazón estallaba de felicidad, y empezó a reír como una loca.

—¿Que yo sepa no has bebido?

—¡No! ¡Nada! —Lila rio más fuerte y al final se tiró contra su amigo para abrazarlo haciendo que del impacto cayeran al césped que había cerca de los columpios del parque.

—¡Estás loca! —dijo el chico acariciando su mejilla.

—Sí, por ti. Lo más triste es que llevo toda la vida sin saberlo y cuando lo supe, me convencí de que si hablaba, te perdería.

Brennan la miró pensando que era un sueño. Había imaginado ese momento miles de veces, pero vivirlo era más intenso.

—¿Acaso no lo sabes? Nunca podrás perderme, porque pase lo que pase, soy tu mejor amigo.

—Tenía miedo...

—Sé lo que es eso. Llevo años enamorado de ti pero tú no sentías lo mismo.

—No... o mejor dicho, no me había dado cuenta. ¿Ahora no viste el cambio?

—Hemos estado separados y has cambiado... hemos cambiado. Me daba miedo que lo que veía solo fueran mis ganas de que me amaras.

—Qué tontos hemos sido... —dijo Lila acariciando los labios de Brennan—. ¿Puedo besarte?

Este asintió.

—Y puedes también no dejar de hacerlo nunca.

Lila sonrió un segundo antes de besar a su mejor amigo y al hombre que amaba.

Sus labios se acoplaron como si de un puzzle perfecto se tratara. Otra vez esa descarga de energía fuerte e intensa recorrió sus cuerpos y esta vez sin que los efectos de lo bebido nublaran su mente.

Lila se perdió en los labios de su amigo, el que ahora iba a pasar a ser su novio, embriagada por su sabor.

Brennan sentía que estaba viviendo un sueño, uno que se repetía en su cabeza desde hacía mucho tiempo. Se separó un segundo y miró enamorado a la chica.

—He sido un cobarde.

—No —dijo Lila acariciando la mejilla de su amigo—. Creo que esto ha llegado cuando era su momento, aunque, desde que nos besamos, sí hemos sido unos idiotas por callar...

Brennan se rio y se dio cuenta de que Lila tenía razón. Tenía que pasar todo lo que había sucedido para que este momento llegara. Lila había tardado más que él en comprender que lo amaba. Precipitar las cosas solo te puede llevar a un desenlace que de no haber tenido paciencia, hubiera sido diferente.

Lila y Brennan se levantaron y fueron a la casa del chico aprovechando que los padres de este seguían de fiesta en la casa de Lila. Seguramente, como cada año, estarían echando una partida de cartas. Siempre hacían lo mismo y les daba casi el amanecer con sus partidas.

Entraron el cuarto del chico y cerraron la puerta con pestillo, algo que hacían desde niños. Ese lugar los había visto crecer y enamorarse sin que ellos comprendieran la fuerza de sus sentimientos.

Los jóvenes se miraron a los ojos y entre besos robados, y dulces caricias, se quitaron la ropa antes de caer sobre la cama donde tantas veces habían dormido juntos.

Lila sintió miedo cuando se dio cuenta de lo que iban a hacer, hasta que buscó la mirada del chico, y se perdió en los ojos verdes de Brennan. Este, como si leyera su mente, la besó con ternura diciéndole sin palabras que si pasaba algo, él siempre estaría a su lado.

Lila se relajó y solo disfrutó del placer de tener a Brennan desnudo rozando su piel y colmando cada uno de sus sentidos.

Brennan bajó un reguero de besos por el cuello de la chica hasta llegar a sus turgentes pechos. Los acarició con ternura hasta que se endurecieron para metérselos en su boca y degustarlos como si la vida se le fuera en ello.

Lila nunca había experimentado aquella sensación de quemazón y a la vez de electricidad entre sus piernas. Era todo tan intenso que por un lado quería parar para respirar y por otro no quería que esas descargar se acabaran nunca.

Brennan se separó y buscó un condón en su cajón antes de ponérselo.

Lila sonrió y, cuando este la miró a los ojos para ver si estaba lista, asintió sonriente.

Brennan entró en ella sin dejar de besarla y acariciarla. Dolió un poco al principio, pero solo fue un dulce quemazón antes de empezar a sentir el placer de tenerlo por entero dentro de ella.

Entró y salió de su cuerpo hasta que el orgasmo los arrastró a los dos.

Brennan la abrazó con fuerza y Lila hizo lo mismo con él.

—Te quiero —dijo Brennan secando las lágrimas de su chica.

—Y yo... No te imaginas cuánto. Me da miedo quererte así...

—Eso es que me quieres de verdad y temes perderme. Yo siento lo mismo.

Lila se acercó a los labios de su chico y lo besó. No pensaba salir de su cobijo. Le había costado llegar hasta ese punto, pero, como habían dicho antes, ahora era el momento perfecto. El momento en que dos corazones destinados a amarse desde hace años, entendían que estaban hechos el uno para el otro.

Capítulo 21

Dalia se estaba tomando una manzanilla en la cocina cuando su hija entró en la casa. Al ver a su madre, fue hacia ella.

Dalia la miró y sin que su hija dijera nada, supo lo que había pasado esa noche.

—Espero que hayáis usado precaución...

—¡Mamá! —Dalia se rio y Lila no pudo evitar sonreír—. Ha sido mágico... perfecto...

—Me imagino. —Dalia abrazó a su hija. Ya no existían las excusas a los miedos para no hacerlo.

—Soy feliz, mamá.

—Lo veo en tus ojos, y eso me hace a mí muy feliz.

—Yo también lo veo en los tuyos... ¡Es increíble! Vas a ser mamá, otra vez.

Dalia asintió y se sentaron a la mesa de la cocina.

—Estoy algo nerviosa... Me siento nueva, pero hay cosas que no se olvidan. —Cogió la mano de su hija—. Un día serás madre y entenderás que hay muchos tipos de amor pero ninguno tan fuerte como el que se siente por un hijo.

Lila asintió emocionada.

—Pero para eso todavía queda mucho tiempo. Quiero mucho a Brennan, pero no quiero ser madre tan joven. —Dalia se rio—. Lo haremos bien. Yo también tengo que ser la mejor hermana del mundo. Me da un poco de miedo no conseguirlo.

—Solo sé tú misma, y te querrá.

—¿De reunión de chicas sin mí? —dijo la madre de Dalia mirando a Lila a los ojos—. Por fin. Ya era hora de que te liaras con Brennan.

—¡Abuela! —gritó Lila.

—Me alegro mucho por los dos —dijo la mujer abrazando a su nieta.

—Y yo. Y os tengo que contar algo más... —Las dos mujeres se miraron nerviosa y esta vez fue Lila la que se rio—. Es sobre mi carrera. No quiero seguir estudiando Humanidades. Ahora ya sé lo que quiero...

—Ser enfermera —indicó su abuela.

—¿Y cómo lo sabes? ¡Si no lo sabía ni yo!

—Ya, pero soy la más vieja de las tres y por lo tanto la más lista. —Guiñó un ojo—. Desde niña he visto como cuidabas a los demás y, al verte con Marta, lo he tenido más claro —explicó—. Por cierto... ¡Marta ha movido un poco los dedos de los pies!

—¡Eso es genial! —dijo Lila—. Voy a verla.

—Se ha dormido tras acompañarla al aseo —indicó su madre—. Lo va a conseguir. Estaremos todos a su lado. Tal vez no tengamos su sangre, pero podemos ser su familia también.

Lila asintió emocionada. Seguro que eso a Marta le pondría muy feliz.

Dalia miró a su hija y a su madre, las dos mujeres más importantes de su vida y las abrazó.

—Os quiero —dijo sin más.

—Y yo a vosotras —respondió la abuela, al mismo tiempo que Lila.

Desde la puerta un abuelo emocionado miraba la escena sin querer interrumpir, pensando en

lo que había costado llegar a ese momento, uno donde lo callado no separara a las personas más importantes de su vida, y es que a veces es más fácil huir, que asumir un problema, sin darnos cuenta de que nuestra imaginación puede ser más cruel que la realidad. La solución de todo empieza, por algo tan sencillo como contarlo, porque quien más te ama, nunca se irá de tu lado por mucho que un día existan cientos de excusas para no acortar la distancias.

Así es el amor... tiene cientos de matices, miles de formas, pero en resumen un mismo latir.

Epílogo

—Antes de que abras la casa... —dijo Kellan a Dalia en la puerta de su nuevo hogar, tendiéndole unas semillas—, son para que las plantemos juntos. En nuestro jardín. Son unas dalias.

—Y yo que pensaba que nunca me las regalarías.

Kellan se rio y la besó.

—Para todo hay que buscar el momento adecuado... y el nuestro era este.

Dalia lo besó emocionada ante toda su familia antes de centrarse en su nueva casa.

Al fin la obra se había acabado y decía al fin porque habían tardado casi dos años entre unas cosas y otras.

Miró hacia su gran salón y se sorprendió al ver que ya estaban los muebles.

Miró a su marido Kellan y a su hija Lila.

—¡Sorpresa! —dijo esta última al lado de Brennan que sostenía a uno de sus mellizos. El otro estaba en los brazos de su madre.

Su embarazo trajo mellizos y, aunque esto la asustó mucho porque de golpe serían dos los niños que traería a ese mundo, sintió que podría con todo y vaya si podía... Había días que no descansaba más que unas horas o minutos robados cuando conseguían dormir a los pequeños a la vez, pero era muy feliz.

Miró a su madre al lado de la abuela de Kellan que ya se encontraba mucho mejor y les sonrió.

Estela y su tío no estaban muy lejos con su hija, y Marta y Vera iban detrás.

Era un día especial para la familia y tenían que estar todos. Los que tenían la misma sangre y los que no.

Marta andaba ya con una muleta. No había sido fácil llegar hasta ese momento. Había llorado mucho y, sin quererlo, se había rendido alguna que otra vez, pero Lila y Vera no dejaron que lo abandonara. Al fin había conseguido volver a andar, y sin ella planearlo se había enamorado del enfermero que la cuidaba en las rehabilitaciones. Estaban juntos desde hacía más de un año.

Los padres de Marta... Bueno... Hay personas que nunca cambian por más que tú lo quieras. Una vez pasada la preocupación inicial por su hija, siguieron con sus vidas sin más.

Lila cogió a su hermana cuando se puso a llorar y la acunó contra su pecho. No se cansaba de abrazar a sus dos hermanos. Los quería mucho y a veces sentía que los trataba como una segunda madre más que como una hermana mayor. Lo hacía lo mejor que podía y ahora entendía más a su madre cuando, siendo tan joven, tenía que comportarse como una adulta ante ella. No era fácil seguir los roles cuando las cosas no son como esperas que sean... y Lila nunca esperó tener hermanos con diecinueve años ni Dalia tener una hija con quince, pero las cosas llegan cuando es su momento, no cuando tú esperas que lo sea.

Dalia fue a ver toda la casa seguida de su familia.

A todos les encantó.

Al fin había quedado como ella deseaba.

Kellan la besó feliz al ver a su mujer tan dichosa.

—Te encanta —dijo el hombre.

—Sí, pero solo son unas paredes. Lo que más me gusta es compartir este momento con mi familia.

Lila sonrió y abrazó a Brennan antes de sacarlo hacia el jardín tan bonito que había decorado su abuela.

Dalia seguía trabajando vendiendo flores en el invernadero, pero ahora había un apartado dedicado para bodas y eventos que llevaba personalmente. Era donde se sentía plenamente feliz, trabajando y creando con flores los sueños de la gente.

Kellan por su parte era profesor de Biología en el colegio. Le encantaba su trabajo. Su tía y su abuela se habían mudado a vivir allí y al fin la hija de su abuela había sentado la cabeza, cuidando de su madre y no al revés. Trabajaba ayudando a su mujer y no esperaba que estas se llevaran tan bien, pero así había sido.

Nunca era tarde para cambiar.

Los mellizos empezaron a llorar y Lila quiso salir corriendo para atenderlos pero Brennan la detuvo al ver que Kellan ya iba.

—Me cuesta mantenerme al margen —dijo la chica abrazando a Brennan.

—Lo sé. Eres una gran hermana, estés o no en cada instante de su vida.

Lila asintió. Estaba estudiando Enfermería y era una carrera muy dura; casi no le daba tiempo a volver a casa tanto como deseaba.

Vivía con Brennan, Vera y Marta. Esta última había retomado la carrera y se la estaba tomando al fin en serio.

Dalia salió al jardín cargando a uno de sus hijos y fue hacia Lila.

—¿Te gusta? —Lila asintió—. ¿Has visto tu cuarto?

—Es precioso todo, mamá.

—Es también tu casa. —Dalia no quería que su hija se sintiera desplazada.

—Lo sé. Donde tú estés, siempre estará mi hogar.

Dalia la miró emocionada y abrazó a su hija hasta que su pequeño lloró para llamar su atención.

Ambas mujeres se miraron a los ojos y sin necesidad de hablar, entendieron su mirada: te quiero pase lo que pase y vaya donde vaya porque hay lazos que nada ni nadie puede romper, y el de una madre con sus hijos es irrompible.



Lila se sentó en el banco que había en el jardín de la nueva casa de su madre al lado de la zona infantil donde había instalado columpios para los mellizos.

Su madre miraba la escena enamorada.

Kellan estaba con su pequeña y Brennan con su hijo haciendo una competición para ver quién los subía más alto mientras los pequeños no paraban de reír.

—Aún no me has dicho por qué te refugias en el parque siempre... —se interesó Dalia pasando el brazo por su hija.

—¿Y has montado uno en nuestra casa para que te lo confiese?

Dalia sonrió. Su hija estaba cambiada, pero esta vez no lo hacía por tratar de encajar con nadie. Era ella misma... más madura. La carrera de Enfermería le gustaba mucho y eso se notaba, y Brennan y ella eran perfectos el uno para el otro. Estaban evolucionando, creciendo, madurando... sin que su relación cortara las alas del otro, como siempre había sido entre ellos.

Dalia por su parte no podía dejar de querer más a Kellan cada día que pasaba. Amaba al hombre y al padre que era con sus hijos. Tenía mucha suerte de tenerlo en su vida y se alegraba de haberse arriesgado a perder porque gracias a eso, lo había ganado todo.

Lila tomó aire y se preparó para contarle a su madre el misterio.

—Tampoco es nada del otro mundo...

—Me gustaría saberlo.

—Me gusta recordar mirando los columpios, lo feliz que yo era porque mi madre no tenía nada mejor que hacer que jugar conmigo, mientras los otros niños miraban a sus padres ocupados con cientos de cosas y deseando que sacaran tiempo para ellos. Yo tenía suerte de que mi madre me enseñaba cientos de juegos, me guiara para disfrutar de ser niño... Me hacía sentir especial al mirar a los otros niños tristes esperando unos minutos con sus atareados padres. Antes de los mellizos creía que era porque eras muy joven cuando me tuviste... Ahora, al verte con ellos, me doy cuenta de no, que tú eres así.

Dalia la miró y se dio cuenta de que ella lo hacía porque desde que sus hijos nacieron no quería perderse un instante de su vida. Lo demás podía esperar, pero los niños crecen tan rápido que si los dejas para luego, tal vez luego sea muy tarde y ellos hayan aprendido a jugar sin ti y no te necesiten.

Se dio cuenta de que eso lo hacía porque sus padres lo habían hecho con ella. Era un espejo de lo que aprendió, de lo que sabía que le gustaba que hicieran con ella.

—Simplemente me pongo en vuestro lugar. Pienso en lo que me gustaría que hicieran conmigo, y luego también pienso que donde más feliz estoy, es a vuestro lado.

—Tenía y tengo suerte de tenerte, aunque a veces me ha costado verlo, ahora sé que nada sería lo mismo sin ti. Tú eres mi guía en la oscuridad, mamá. A tu lado todo está en calma.

—Yo siento lo mismo cuando os tengo cerca, que todo lo demás se detiene porque tengo todo entre mis brazos. Sois y siempre seréis para mí, el regalo más grande que me pueda dar la vida.

Carta a mis lectores y seres queridos

Gracias por estar ahí en cada libro, por vuestros comentarios en redes sociales que me animan mucho y en días de bajón son una fuente de energía para no dejar de luchar por mi sueño.

Gracias por vuestro cariño, porque nada de esto sería lo mismo sin vosotros, sois el motor de mis libros y un libro no sería lo mismo sin vosotros que le dais vida y le hacéis volar.

También gracias a mi familia, por seguirme en todo, por apoyarme sin descanso, en especial a mi marido y a mi hijo que son todo mi mundo.

Gracias a Merche por estar siempre ahí, por tus palabras y sinceridad.

Y a mi editorial Ediciones Kiwi porque tras tantos años juntos peleando por cada libro ya son parte de mi familia y de mi vida.

Un abrazo muy fuerte a todos y espero nos encontremos en mi siguiente historia.

Instagram: @moruenae

Twitter: @moruenae

Facebook: @MoruenaEstringana.Escritora

E.mail: moruena@moruenaestringana.com